

Segundo libro de la
Serie Escoceses



DUNCAN

EMMA MADDEN

DUNCAN

Segundo libro de la Serie Escoceses

EMMA MADDEN

Le encantaba estar en San Sebastián, en casa de la familia Aramburu, más aún para ejercer de madrina del primer hijo de su mejor amiga, el pequeño James, que era un bebé precioso.

Levantó la vista de su plato y observó a la orgullosa mamá, Andrea, sentada a la cabecera de la gran mesa junto a su marido, mientras no perdía de vista a su bebé, que a esas horas de la tarde ya estaba agotado de la atención excesiva, y los mimos y los cariños de parte de todos sus familiares y amigos. Vio cómo al fin se levantaba y lo cogía en brazos para llevárselo dentro de la casa y respiró más tranquila, porque se estaba agobiando de verlo de brazo en brazo como si fuera un trofeo o un peluche.

Le sonrió a la abuela materna, que le indicó la tarta para que se la comiera, y asintió pensando en escurrirse discretamente también porque necesitaba descansar y echar, a ser posible, un sueñecito.

Hizo amago de levantarse, miró al frente y se encontró de pleno con los ojos oscuros y enormes de ese tío, Duncan Harris, mirándola como si fuera algo suyo. Sin querer frunció el ceño y él le sonrió con su talante habitual.

Tiró la servilleta encima de la mesa, se giró y desapareció de allí antes de acabar rompiéndole un vaso de champagne en la cabeza.

—¿Inés?, ¿va todo bien?

—¿Qué? —se giró para mirar a Andrea y ella la observó en silencio con su bebé en brazos—. Estoy bien, ¿qué tal tú?

—Bien, voy a subir a mi cuarto para darle el pecho. ¿Seguro que estás bien?, no has abierto la boca en todo el día.

—¿No?

—No. ¿Quieres contarme algo? Con todo el lío de gente y... ¿Inés?

—¿Qué?

Dio un paso atrás y se la quedó mirando sin hablar, porque hacía semanas que quería contarle algo, pero en ese preciso momento ya no le apetecía nada.

Respiró hondo y observó al bebé, que era rubito y tenía unos ojazos azules muy inteligentes. Era igual que su padre, y por un segundo pensó en lo feliz que haría a Andrea esa circunstancia, es decir, que su precioso hijito fuera idéntico al amor de su vida. Tragó saliva decidiendo que era idiota por pensar eso, hizo amago de abrir la boca para decir algo, pero su amiga la interrumpió, ahorrándole un montón de explicaciones.

—Sube conmigo, me acompañas mientras come y así charlamos, ¿quieres?

—No, Andy, mejor hablamos luego. Estoy súper cansada, solo necesito una siesta y estaré como nueva. ¿Vale?

—Vale, pero...

—Amor, subo contigo. Yo también necesito un respiro —Andrew apareció por su espalda, se adelantó, le quitó al niño y se lo comió a besos subiendo las escaleras—. ¿Andy?

—Sí, ya voy —volvió a mirarla a ella y le acarició el brazo—. Cuando se vaya la gente nos tomamos algo tranquilas y charlamos, ¿ok? Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Le sonrió y los observó subir hacia su cuarto con un poco de alivio, porque no quería abrir la caja de los truenos, al menos no ese día, y giró hacia la parte trasera de la casa dónde le habían dejado una habitación para ella sola. Entró y cerró con pestillo antes de tirarse encima de la cama y cerrar los ojos pensando en todo lo que le venía ocultando a Andrea, la única persona a la que jamás había mentido o escondido algo en toda su vida, desde hacía ya demasiado tiempo.

Desde todo punto de vista era inadmisibile, pero no había podido evitarlo, porque en el fondo le daba mucha vergüenza. Vergüenza contarle lo que estaba pasando y vergüenza porque no eran unas crías y ya no estaban en edad de andar enredando con tíos y amoríos absurdos que no iban a ninguna parte.

1

—Anularemos todos los conciertos hasta nueva orden, esto ya es una pandemia y no podemos oponer resistencia... ¿Duncan?

—¿Cómo? —Miró a su *manager* a través de Skype y se dio cuenta de que estaba más disperso de lo normal—. Disculpa, ¿cómo dices?

—Que anularemos todos los conciertos.

—Ok, era lo previsible ¿no?

—Pues sí. ¿Qué piensas hacer tú?, ¿dónde te vas a quedar?, porque seguramente habrá que pasar un confinamiento y será largo, al menos eso dicen.

—Me quedo en Edimburgo, allí tengo el estudio y estoy cerca de mis padres por cualquier cosa. Tú no te preocupes.

—Vale, estaremos en contacto.

—Por supuesto, Billy, y relájate, ya recuperaremos los conciertos.

—Vivien...

—Vivien se queda en Londres, en su casa. Nos organizaremos perfectamente.

—Muy bien, buen viaje.

—Gracias, adiós.

Billy Ripley, su *manager*, uno de los mejores y más famosos del mundo de la música, le colgó con cara de preocupación, por supuesto, porque anular veinte conciertos hasta nueva orden era una putada y una pérdida de dinero considerable, pero para eso estaban los seguros y su capacidad infalible para rehacer la agenda llegado el momento. Además, todo lo que estaba pasando escapaba de su control, así que no podían hacer nada. Nada salvo tranquilizarse.

Todo el planeta estaba alertado por una alerta sanitaria de dimensiones bíblicas y ellos no podían resolverlo, esa era la única realidad, por lo tanto, más les valía mantener la calma y meterse en sus casas, que era lo que tocaba. Ya volverían a hablar de conciertos y grabaciones de discos, entrevistas y posados de revistas. Ya regresarían a la normalidad, esa normalidad que lo tenía medio loco viajando constantemente y trabajando como un condenado.

Si en el fondo hasta le venía bien un parón obligatorio, decidió, estirando las piernas y cerrando los ojos, oyendo a lo lejos como su ahijado, el pequeño James, se ponía a llorar un poquito. Se incorporó y miró hacia el final del *jet*, donde el único dormitorio disponible del aparato continuaba con la puerta cerrada. Se lo había cedido a Andrew, a Andrea y al bebé para que viajaran más cómodos de vuelta a Edimburgo, y la idea de tenerlos tan cerca lo reconfortó, porque le encantaba esa familia que había formado su mejor amigo y a la que consideraba prácticamente suya.

Se repantigó en su asiento y pensó en el bautizo que acababan de celebrar en España y en los dos días estupendos que habían pasado allí.

Le encantaba ir a San Sebastián donde la familia de Andrea, de soltera Aramburu, tenía un caserío muy bonito. Le encantaba el ambiente del País Vasco, de Donostia, porque en el fondo le recordaba a Escocia, y le encantaba, sobre todo, estar con la familia y los amigos en un marco seguro y acogedor donde a nadie le importaba que fuese famoso, a nadie se le ocurría pedirle *selfies* o autógrafos, y donde era uno más. Solo uno más de los dos mejores amigos de Andrew McAllen, el afortunado escocés que se había casado con la preciosa hija pequeña de la familia hacía justo ocho años.

La feliz parejita, que había superado no hacía mucho tiempo un bache enorme en su matrimonio, eran para él el ejemplo a seguir, el matrimonio más unido que conocía, su pareja favorita, y ahora encima lo acababan de convertir en el padrino de su primer hijo, así que no podía estar más contento, ni más orgulloso. Por eso les había organizado una fiesta estupenda para su bebé y había procurado que todo fuera perfecto, maravilloso e inolvidable, y creía, sinceramente, que lo había conseguido.

Salvo por algún detalle que otro, todo había salido rodado, y eso lo hacía sentir muy satisfecho. Lástima que ese detalle que no había acabado de encajar le arruinara una parte importante de la diversión.

Un escalofrío le recorrió la espalda y se sentó mejor pensando en los ojazos verdes de Inés Allard, la mejor amiga de Andrea. Esa tía espectacularmente guapa que en público no le dirigía la palabra, aunque llevaran tiempo teniendo algún que otro escarceo sexual que a él solía afectar mucho más de lo conveniente.

Se conocían desde hacía años, porque era la amiga inseparable de la mujer de su colega inseparable, así que se venían tratando desde hacía una década, y siempre le había gustado, aunque ella lo mirara a él como a una especie de cucaracha con Síndrome de Peter Pan, o eso le había soltado una vez, cuando había intentado entrarle a saco en una fiesta.

Inés Collette Allard Quintana, hija de padre francés y madre española, era de Madrid como Andrea, habían estudiado juntas desde la primaria y se querían como hermanas, pero eran muy diferentes. Mientras Andrea era una chica con mucho carácter, pero esencialmente muy dulce, Inés se mostraba al mundo como una depredadora sin alma que triunfaba lo mismo en el trabajo que en su vida personal. Era muy segura de sí misma, acababa de cumplir los treinta y tenía un puesto muy importante en una cadena de hoteles. Hablaba como seis idiomas y tenía carrera y máster y un currículum impecable. Es decir, era diametralmente opuesta a las mujeres que él conocía, a las que estaba acostumbrado a conquistar con un chasquear de dedos, y ese hecho lo ponía a cien, para qué lo iba a negar.

Le sacaba diez años, así que cuando la había conocido le había parecido una cría con ínfulas, pero el tiempo había demostrado que tenía talento y era muy lista. Era una luchadora nata, una guerrera y una malhablada, y eso le encantaba.

Desde el minuto uno, no habían tenido demasiada sintonía, porque ella los miraba a todos, desde Andrew pasando por Ewan hasta él, como una panda de asaltacunas. Él tenía treinta y tres años cuando Andrew se había casado con Andrea, una alumna suya de la universidad, de solo veintitrés años, que lo había vuelto loco de amor en cuestión de semanas, así que Inés los observaba con distancia, pero pasado los años las edades

empezaron a dar igual y comenzaron a alternar más y a reírse juntos, y a charlar, hasta que él le había tirado los tejos y ella se había puesto hecha una furia.

Desde ese mismo momento la cosa empezó a ponerse tensa y cuando, hacía unos tres años, una crisis tremenda entre Andrew y Andrea los había pillado juntos en Edimburgo, tristes y frustrados por sus amigos, y habían pasado de consolarse a darse un beso e inmediatamente a echar un polvo desafortunado en su casa, el asunto se había vuelto muy inestable, explosivo, y su relación, otrora cordial, se había convertido en un pequeño infierno.

Desde entonces los Andys (Andrew y Andrea) se habían separado, se habían reconciliado, se habían quedado embarazados y habían tenido a James, a la par que ellos se veían, se lanzaban pullas, discutían y acababan en la cama. En ese orden. Orden que se volvía a repetir si él lograba coincidir con ella en alguna parte del mundo porque, obviamente, nunca respondía a sus llamadas y rechazaba todas sus invitaciones.

Ella se resistía, él insistía y terminaban echando unos polvos memorables, porque tenían una química excepcional, eso sí, en el más absoluto secreto, porque nadie sabía, ni imaginaba, que eran amantes ocasionales.

Así llevaban unos tres años y calculaba que se habían acostado solo una treintena de veces, y acostar era mucho decir, porque normalmente era un “aquí te pillo, aquí te mato”, sin cortejos, ni preliminares, ni siquiera una cama, y luego si te he visto no me acuerdo, porque ella solía acabar enfadada y jurándole que eso no volvería a pasar.

Le hacía mucha gracia esa actitud suya, porque sabía que, si se cruzaban, fuera donde fuera, no podrían evitar lanzarse el uno en los brazos del otro. Estaba predestinado y era una gozada, porque estaba buenísima y era una fiera.

Inés era una mujer espectacular y a veces insoportable, pero a él le gustaba, y llevaba ya mucho tiempo resignado a que lo ignorara en público o lo tratara fatal, eso era parte del juego, y lo ponía hasta cachondo. Lástima que la cosa se hubiese desmadrado bastante más de lo necesario durante el bautizo de James.

Ambos eran los padrinos del bebé, todo apuntaba a que sería un fin de semana estupendo, pero ella había aparecido la noche previa al evento en su hotel de San Sebastián para ponerlo de vuelta y media porque se había enterado de que se estaba acostando con una colega suya de Nueva York.

—Me parece perfecto que te tires a medio planeta, pero no te acerques a mis compañeras de trabajo y mucho menos les cuentes que te has acostado conmigo. ¿Sabes lo cotillas que son en mi empresa? —le había soltado en el *hall* del hotel, un minuto antes de salir hacia un restaurante donde había organizado una cena prebautizo con los más allegados.

—No sé de qué me hablas.

—¿Brittany Strong?, ¿rubia, alta y con unas tetas enormes?. Te la presenté yo, Duncan, no te hagas el ingenuo conmigo.

—Sí, la veo cada vez que paso por Nueva York, pero nunca le he hablado de ti. No le hablo a nadie de ti, lo tengo prohibido, ¿recuerdas?

—Pues ella dice que le contaste nuestro “rollo”, cuando yo no tengo ningún rollo contigo, así que, por favor, no andes soltando sandeces por ahí, porque me pueden perjudicar.

—¿Perjudicar?, ¿por qué?

—No quiero que la gente cotillee sobre mi vida privada.

—¿Qué vida privada?, ¿tienes vida privada?

—¡Vete a la mierda, tío!

Le había soltado antes de girarse para dejarlo plantado en medio de la recepción del hotel, aunque sí se había presentado en la cena para cumplir con la familia, y luego se habían ido de juerga, pero no le había permitido ni acercarse.

Y al día siguiente, antes del bautizo, cuando intentó dialogar y templar los ánimos, había sido aún peor y habían acabado la fiesta sin mirarse, ella seria y callada, con la escopeta cargada, cuando en realidad lo que seguro le apetecía, él lo sabía bien, era echar un buen polvo contra el capó de un coche.

—Hola, capullo.

—Andy, tío, ¿qué tal? —saltó y observó como su amigo se le sentaba enfrente.

—Ya vamos a aterrizar.

—Sí, ¿Jamie y Andrea?

—Ahora vienen.

—Lo he oído llorar.

—Despertó con hambre, como siempre, es un glotón impaciente.

—Se nota que es escocés —Andrew asintió sonriendo y luego lo miró a los ojos.

—¿Así que tendrás que cancelar todos los conciertos?, lo he leído en Internet. Es fantástico que el avión tenga WiFi, ¿no?

—Casi todos los aviones van incorporando el WiFi, hermano. Tú es que vives en el siglo XIX.

—Afortunadamente —le sonrió— ¿Es verdad lo de las cancelaciones?

—Sí, por la pandemia, pero en realidad no me importa. Necesito un descanso. Tengo que componer y este tiempo de reclusión me vendrá de perlas.

—Estupendo entonces, aunque no para tus fans.

—Los aplazaremos y pronto les daremos otras fechas. No hay de qué preocuparse.

—Vale y ¿qué pasó con Inés?

—¿Inés?, ¿por qué? —levantó las cejas con cara de inocente y Andrew se encogió de hombros.

—No sé, Andy está preocupada, dice que os estabais peleando justo antes de la ceremonia y como Inés terminó yéndose sin despedirse, pues...

—Lo que le hace falta a esa amiguita vuestra es un buen polvo —sonrió y oyó cómo el comandante anunciaba que estaban a punto de aterrizar.

—Siempre tan políticamente correcto, chaval.

—Políticamente correcto o no, tengo razón, créeme.

—¿Ah sí?... —entornó los ojos con suspicacia, pero se calló al ver aparecer a su mujer y a su hijo para sentarse en las butacas libres.

—¡Hola, Jamie! —saludó al pequeñajo, que en seguida le sonrió—. Eres el bebé más simpático que conozco, ¿sabes? Venga, ven con tu tío Duncan y así miras por la ventanilla. ¿Ves lo que hay ahí abajo?, ahí está nuestra casita, la bella Edimburgo.

2

—Pondremos todos nuestros hoteles de Madrid a disposición del ministerio de sanidad. Hoy haremos el comunicado oficial y te necesitaré en España, Inés.

—Claro, no hay problema...

Respondió por inercia, como siempre, porque nunca se negaba a nada, y su jefe le guiñó un ojo antes de continuar con la videoconferencia que había organizado para los responsables de todos sus hoteles repartidos por el mundo.

Desde luego, tenía el mejor jefe del planeta, porque era un tío solidario, progresista, amable y generoso, pero, por otra parte, en cuanto te cogía el tranquilo no paraba nunca de tirar de ti, y así llevaban ocho años, desde que había llegado a la empresa para hacer prácticas, y donde había acabado asumiendo demasiadas responsabilidades.

Se estiró en su butaca, oyendo las directrices generales que había tomado la compañía de cara a la pandemia por el famoso Covid19 que, ya lo tenían asumido, los obligaría a cerrar casi todos sus establecimientos, y sin querer pensó en Duncan Harris, que había anunciado oficialmente en sus redes sociales que cancelaba de momento su gira mundial para quedarse en Edimburgo componiendo y disfrutando de la vida hogareña. Eso decía el muy idiota: “Aprovecharé de disfrutar de la vida hogareña”.

¿Qué sabría él de disfrutar de la vida hogareña?, si tenía al menos tres casas y varios picaderos donde solía perderse con sus incontables ligues.

Apretó el vaso de papel que tenía en la mano y lo destrozó ante la mirada sorprendida de su ayudante, que le hizo un gesto para que prestara atención a la videoconferencia. Ella asintió y se pasó la mano por la cara intentando centrarse en lo importante, aunque lo tenía difícil, porque era incapaz de dejar de pensar en ese capullo inmaduro que le robaba demasiada energía y al que se había jurado no volver a ver en la vida.

Muy difícil se lo ponía el hecho de que fuera el padrino de su ahijado y el amigo íntimo de Andrew, el marido de su mejor amiga, pero se las arreglaría, tenía que conseguir perderlo de vista, porque no le hacía nada bien y llevaba demasiado tiempo empantanada en esa historia sexual recurrente que no le aportaba nada. Ella lo sabía, él lo sabía, y ya era hora de cortarlo de cuajo o acabaría más loca de lo que ya estaba.

Levantó los ojos y vio en la enorme pantalla de la sala de juntas la cara mega maquillada de Brittany Strong, la comercial de Brooklyn a la que Duncan se tiraba (se había enterado hacía muy poco) con regularidad, y se le revolvió el estómago.

La tía era guapísima, muy yanqui, es decir, muy desenvuelta y segura de sí misma, muy competitiva y triunfadora, y reconoció que cualquier tío querría ligársela, porque estaba como un tren. Era alta y muy llamativa, y se había vuelto loca de felicidad cuando, hacía unos ocho meses, le había presentado al gran Duncan Harris, un músico mega famoso, en un restaurante de Manhattan donde habían coincidido.

Por supuesto, ella había sucumbido al primer guiño de ojos de ese escocés irresistible y forrado, era lógico, eso no se lo podía reprochar. Lo que nunca imaginó es que ocho meses después se siguieran viendo, él las siguiera “alternando” y Brittany supiera de sus aventuras furtivas con total naturalidad.

Nadie sabía nada de lo que tenía con Duncan, no quería que nadie lo supiera, y esa tía, a la que apenas conocía, se lo había soltado con tanta frescura delante de otra compañera, que a punto había estado de sufrir un infarto.

—Me habían dicho que solo era un mito, pero al menos en el caso de este escocés en particular, es verdad. Te lo juro por Dios ¿No es cierto, Inés?

—¿Perdona? —la había mirado a través del espejo del cuarto de baño de su oficina de Nueva York y Brittany le había sonreído con malicia.

—Ya sabes, el pollazo de Duncan Harris. Es memorable.

—¿Disculpa? —parpadeó y miró a la otra chica de administración, que escuchaba la charla con la boca abierta, intentando mantener la calma.

—No te hagas la sorprendida, Inés, ya sé que te lo llevas tirando mucho tiempo.

—No sé de qué me hablas.

—Pues él sabe de qué habla y por lo que me dijo, pues...

—Disculpad, tengo una reunión.

Las había dejado con la palabra en la boca y había abandonado el servicio temblando y con ganas de hacer trocitos al puñetero Duncan Harris, con el que tenía un pacto sagrado que los obligaba a no revelar a nadie, jamás, lo que fuera que hicieran juntos, y él lo acababa de romper contando sus intimidades y encima a alguien de su trabajo, a una subalterna. Eso era imperdonable y había sido la gota que casi había colmado el vaso.

Lamentablemente, había habido una segunda gota y esa sí que había sido la definitiva.

Esa misma tarde se había puesto enferma en el hotel y había acabado yendo al hospital y la habían operado de urgencias de una apendicitis. Jamás se ponía mala y menos fuera de España, así que lo había pasado fatal sola en ese puñetero centro médico de Brooklyn donde la habían atendido con rapidez, pero con mucha frialdad, y del que no pretendían dejarla salir hasta que no consiguiera que alguien fuera a recogerla.

Antes de llamar a alguien del trabajo había empezado a valorar sus opciones y una había sido precisamente Duncan Harris, que estaba en Nueva York por un tema de promoción. De hecho, le había dejado un mensaje para quedar a cenar y ella no se lo había respondido, pero tras la operación, hecha polvo y un poco grogui, lo había llamado y le había pedido ayuda, sin embargo, él había pasado y aún seguía esperando a que se disculpara por el tema.

La dichosa operación había sido por laparoscopia, nada invasiva, y doce horas después la animaron a irse a su casa, pero no sola, y como no tenía a nadie a quién recurrir, se había tenido que quedar casi un día entero en el hospital hasta que alguien de su empresa se había dignado a ir a recogerla.

Aún sufría al recordar lo inútil que se había sentido y lo dolida, porque al fin y al cabo ese escocés inmaduro la conocía desde hacía una década, se suponía que eran amigos y además, compartían intimidad de vez en cuando, así que, que la hubiera ignorado precisamente en ese momento complicado de su vida, era lo peor que le había podido hacer.

—¿Es grave? —le había preguntado cuando al fin le había contestado al teléfono y había escuchado toda su historia, y ella se había quedado un poco perpleja.

—No, no es grave, pero necesito que...

—Ok, nena, mira, estoy en el Show de Jimmy Fallon, en el Rockefeller Center, y no puedo escaquearme, pero si no consigues a nadie vuelve a llamarme dentro de dos horas y voy a recogerte o mando a alguien con un coche. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias.

Y eso había sido todo. Ella no lo había vuelto a llamar, por supuesto, y él ni se había acordado de llamarla a ver si había solucionado la papeleta.

Lo siguiente había sido escuchar (varias veces) a Brittany Strong presumiendo en la oficina de haber acompañado al mismísimo Duncan Harris al Show de Jimmy Fallon. Perfecto. No necesitaba saber nada más.

Unas semanas después se habían encontrado en España para el bautizo de Jamie, y ella había tenido la intención de decirle cómo la había hecho sentir y lo mucho que la había decepcionado, pero lo único que le había salido había sido un cabreo monumental relacionado con Brittany Strong. Algo que él, como solía ser habitual, se había tomado a cachondeo, porque no veía ningún drama en todo ese asunto, y habían acabado discutiendo y ella largándose de San Sebastián antes de lo previsto y sin despedirse.

Odiaba montar tragedias griegas, melodramas que encima se montaba ella sola, porque nadie era consciente de lo que le pasaba, así que se lo había acabado tragando todo sola y sin ser capaz de decir lo que de verdad le dolía, es decir, la desidia y la indiferencia, el egoísmo y la falta de interés porque, encima, ni siquiera allí, delante de ella, se había

interesado por su salud o su bienestar. Al contrario, había actuado como si no hubiese pasado nada, y había intentado meterle mano y llevársela al huerto. Para matarlo.

Era un inmaduro, un tiro al aire, como decía su otro gran amigo, Ewan MacIntyre. Ella lo sabía perfectamente, pero todo tenía un límite. Todo el mundo, en algún momento de su vida, tenía que empezar a comportarse como un adulto, tenía que empezar a preocuparse por los demás, tenía que abandonar el comportamiento infantil y egoísta, y crecer. Y seguro Duncan Harris un buen día lo conseguiría, seguro que en algún momento despertaría y se transformaría en un tipo de fiar, pero estaba claro que ella ya no estaría cerca para verlo.

—Inés, ¿te vienes a comer? —preguntó su jefe sacándola de sus cavilaciones y ella asintió poniéndose de pie y descubriendo que la videoconferencia ya se había acabado.

—Sí, vamos.

—Quiero probar al nuevo chef del japonés de Velázquez. ¿Crees que puedes conseguir que nos manden un menú degustación?

—Claro, conozco a la maîtresse. Ahora la llamo.

—Eres infalible, cariño. Te espero en mi despacho.

—Ok.

Llamó a Taki, la maîtresse del Tokio Palace, la saludó en japonés y consiguió que le admitiera el pedido, luego colgó saliendo al pasillo y vio cómo le entraba un audio de WhatsApp con prefijo de Edimburgo, aunque era de un número que no tenía registrado. Lo abrió y lo escuchó frunciendo inmediatamente el ceño.

—Hola, nena, soy yo. He cambiado otra vez de número de teléfono, no sé cómo, pero me lo hackean siempre. Escucha, visto lo visto, tendremos que cancelar la fiesta sorpresa para Ewan en Santorini, es una putada, pero es lo que hay, sin embargo, me gustaría saber si puedes cambiármelo todo para septiembre. Dime algo cuando puedas. Otra cosa, pasaré el confinamiento en Edimburgo, si quieres venir y quedarte conmigo, estás invitada.

—Sí, tú espera sentado —masculló, colgando y viendo otra llamada entrante que contestó de inmediato—. Hola, guapo, tanto tiempo.

—¿Cómo estás, preciosa? —preguntó su amigo Étienne en francés y ella sonrió.

—Bien, preparándonos para cerrar hoteles y entrar en el dique seco todo el tiempo que dure la cuarentena.

—Lo sé, nosotros igual. Estoy en Madrid de paso, me voy mañana. ¿Cenamos esta noche antes de que llegue el apocalipsis?

—Por supuesto, faltaría más.

—¿Italiano?, ¿oriental?, ¿vegano?. Dime qué prefieres y lo reservo ahora mismo.

—¿Qué tal en tu hotel?, ¿estás donde siempre?. Allí el servicio de habitaciones es estupendo.

—Gran idea, Inés, tengo muchas ganas de verte. No paro de echarte de menos, *ma chérie*.

—Genial, te veo a las ocho.

3

—Invítame a Escocia, necesito verte.

—No.

—¿Perdona?

—Estamos empezando una cuarentena mundial. ¿Tú en qué mundo vives?

—No es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? —bufó y luego sonrió mirando a través del teléfono a esa chica, Brittany Strong, con muchas ganas de echarle una bronca, pero reuló y respiró hondo—. No ves mucho la tele, ni las noticias, ¿verdad?

—Vale, si hay que encerrarse, pues me encierro contigo, lo pasaremos genial. Lo sabes.

—No, gracias y voy a colgar, tengo trabajo.

—No, Duncan, no me vas a colgar porque necesito que me escuches, me mandes un puto billete y te ocupes de mí.

—No te entiendo —Se atusó la barba decidiendo en ese mismo instante que a esa tía él no la volvía a llamar, y entornó los ojos empezando a cabrearse.

—Estoy embarazada.

—Enhorabuena.

—Es tuyo.

—Imposible, yo siempre uso protección.

—Los condones también fallan.

—Sería muy mala suerte —Ni siquiera cambió de postura viendo como ella empezaba a perder los papeles, y se quedó en silencio.

—¿Qué te crees?, ¿qué me voy acostando con todo el mundo?. Es tuyo, Duncan Harris, y tendrás que hacerte cargo, porque me han dicho que es un embarazo de alto riesgo y tendré que guardar reposo y dejar el trabajo.

—Vaya, lo siento mucho por ti, pero a mí no me pidas responsabilidades hasta que hagamos una prueba de paternidad.

—¿Serás tan hijo para puta de pedirme una prueba de paternidad? ¿Quién te crees que soy?

—Desde luego, no la primera que me dice algo semejante.

—¡Cabrón de mierda!, ¡te voy a joder y te vas a enterar, de mí no se ríe nadie!

—No me río, solo te pido una prueba de paternidad y, a partir de este momento, todo lo que tengas o quieras tratar conmigo, hazlo a través de mis abogados. Ya les daré yo tus datos.

—Hijo de la gran puta.

—Adiós, Brittany.

—¡Te vas a enterar!, ¡te vas a enterar!

Oyó que gritaba mientras le colgaba y respiró hondo recriminándose, una vez más, esa tendencia suya a enrollarse con gente que no le convenía nada y que lo acababa metiendo siempre en algún lío innecesario. Si no era que le pedían dinero, joyas, viajes, una operación estética, una recomendación para un director de cine o un ejecutivo de una discográfica, eran favores personales, aspiraciones sentimentales, y el peor asunto de todos: le querían endosar un hijo.

Ya tenía en su haber cuatro demandas de paternidad. A los dieciocho años ya era conocido en el Reino Unido gracias a un *Talent Show* nacional que lo había hecho famoso en todo el país, a los veintidós ya lo conocían en todo el mundo, es decir, llevaba un total veintidós años en la cresta de la ola, y eso era un imán para personas desaprensivas e interesadas que solo aspiraban a conseguir algo de él. Por esa razón no confiaba en nadie.

No confiaba en nadie, menos en las mujeres.

Por supuesto, las cuatro demandas de paternidad las había ganado, y las seguiría ganando, porque era extremadamente escrupuloso en las

cuestiones sexuales. Jamás descuidaba la seguridad, la prevención, y no solo por los embarazos no deseados, sino también por un tema sanitario, así que era muy difícil pillarlo.

Se levantó del piano donde estaba trabajando y se fue a la cocina seguido por Luke, su perro, que desde que estaban en su casa de Edimburgo lo seguía a todas partes. Se inclinó para acariciarle la cabeza y de repente pensó en Inés Allard, la única chica con la que no se obligaba a usar profiláctico. Con ella era diferente, porque ella le había dicho que tomaba anticonceptivos y confiaba en su palabra, así que no se preocupaba de nada cuando se encontraban y acababan teniendo algún escarceo sexual de los suyos. Con ella era otra cosa, porque ella era su amiga, era una tía sensata y de fiar, tenía cabeza y jamás se la jugaría de esa manera.

Se sirvió un café y llamó a su abogado para contarle lo que acababa de pasar. Él lo escuchó, tomó nota y le pidió el teléfono y los datos de Brittany Strong, para ponerse en contacto con ella inmediatamente y solicitar la dichosa prueba de paternidad antes de hacer cualquier otro movimiento. Él le pasó todo, acabó su taza de café y luego le puso la cadena a Luke para sacarlo a pasear.

Acababan de ordenar el confinamiento de ciudadanos en todo el Reino Unido por la pandemia del coronavirus, y eso incluía a Escocia, así que había sido estupendo adelantarse a los acontecimientos e instalarse en Edimburgo antes de que lo exigiera el gobierno. En países como China, Corea, Francia, Italia o España, ya llevaban semanas con la cuarentena y el gobierno británico se había resistido, pero al final, ante semejante drama, había tenido que tomar medidas y él estaba preparado y en casa, que era lo que más le apetecía, estar en su país, que era el único rincón en el mundo al que podía llamar hogar.

Si tenías dinero, y era su caso, podías comprarte las propiedades que quisieras, donde quisieras, pero al final el hogar era solo uno, y el suyo era su casa de Edimburgo, cerca de sus padres, su familia, sus amigos, su equipo de fútbol (los Hearts), sus aficiones, sus pasiones. Todo lo que lo convertía en la persona que era, todo lo que podía hacerlo feliz.

Llegó andando a la casa de los Andys, tocó el timbre de la puerta principal y luego volvió a la acera para esperar allí a que alguien saliera a

abrir. Miró a su alrededor las calles de New Town prácticamente vacías y fue entonces cuando Andrew, con Jamie en brazos, lo saludó desde el dintel.

—Hey, tío, ¿qué haces ahí?

—No puedo acercarme, he traído a Luke, no quiero que tu gata se vuelva loca como la última vez. ¡¿Qué tal, Jamie?!, ¿cómo estás, campeón?

—Acabamos de merendar, ¿no quieres tomar un café? Le diré a Andrea que meta a Lola en nuestro dormitorio.

—No, déjalo, solo quería saludar. Tampoco está permitido que nos hagamos visitas, no quiero que me multen.

—No somos personas de riesgo, pero tienes razón —bajó los escalones de la entrada hasta su jardincito y se le acercó a una distancia prudencial, besando a su bebé en la cabeza—. Dile hola al tío Duncan, cariño.

—Lo veo más grande, crece muy rápido.

—Crece muchísimo y se ríe un montón. Ya dice papá, aunque Andy jura que no ha dicho nada, te doy mi palabra de honor de que me dijo, mirándome a mí, papá.

—Te creo, hermano —sonrió al pequeñajo y él le devolvió la sonrisa, tan contento—. Es igual que tú, una fotocopia. En fin, ¿estáis bien entonces? Yo me vuelvo a casa.

—¿Tú estás bien, tío?. Si te sientes muy solo allí, en ese casoplón, podrías venirte aquí. Ya nos arreglaremos con el perro, la gata y lo que haga falta.

—Estoy disfrutando por primera vez en veinte años del silencio y la soledad. Me paso la vida rodeado de gente que ni conozco, así que estoy en el paraíso, aunque gracias por la invitación.

—Me alegro. Van a repetir un montón de partidos de los Hibs en el canal de fútbol.

—Genial, me lo apunto. Me largo, dale un beso a tu mujer.

—Está al teléfono con su hermana, se lo diré. ¿Seguro que va todo bien, Duncan?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, te veo apagado.

—Será que estoy relajado. Me voy. Adiós, Jamie —dio unos pasos hacia su casa, pero se giró para mirarlo a los ojos—. He anulado la fiesta sorpresa para Ewan, pero le he pedido a Inés que lo cambie todo para septiembre.

—Estupendo, hasta luego. Dile adiós al tío Duncan, James. Vamos, cariño.

—Adiós.

Les dijo adiós con la mano, sintiendo de pronto un pequeño pellizco de soledad en el corazón, pero se le pasó rápido al notar que le vibraba el teléfono, se lo sacó del bolsillo trasero de los vaqueros y contestó de inmediato al ver que se trataba precisamente de la señorita Inés Allard.

—Nena, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Escucha, hemos anulado lo de Santorini y lo he pasado todo al 19 de septiembre. ¿Te parece bien?

—Perfecto, gracias.

—¿Estás seguro?, porque tienes una agenda que no conoces ni tú.

—En eso tienes razón, si quieres llama a Vivien y que ella lo compruebe. Puedes decirle que yo te he dado el Ok.

—¿Puedes llamar tú mismo a tu ayudante y solucionarlo con ella?. No tengo tiempo para esto, en serio.

—Pago una fortuna por vuestro hotel durante un fin de semana, seguro que puedes hacerte tiempo para esto.

—Muy bien, adiós...

—¡Inés!, no te cabrees, era una broma. Lo siento, no te preocupes, yo llamaré a Vivien y le diré que luego lo cierre contigo. ¿De acuerdo?

—Vale... gracias.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—¿Estás trabajando desde casa?

—Desde hace diez días, como todos los españoles.

—¿O sea que estás en Madrid?

—Sí.

—Yo me he instalado en Edimburgo.

—Lo sé. Bueno, ya hablaremos, tengo mucho lio...

—¿Ni con la que está cayendo me das una tregua?

—¿Una tregua para qué?

—No sé, para charlar. Estoy solo en mi casa y me apetece hablar con los amigos.

—No tengo mucho de qué hablar, Duncan, no hago más que trabajar y lo que hago le suele parecer muy aburrido a todo el mundo.

—A mí no. ¿Estás en casa de tus padres?

—Sí, lamentablemente, no tengo otra.

—Si quieres vente a la mía, aquí tengo mucho espacio, una tele gigante, gimnasio, jardín, la nevera y la despensa llenas. Lo pasaríamos bien.

—Muchas gracias, pero no me puedo mover de Madrid. Estamos cediendo los hoteles al ministerio de sanidad, reconvirtiendo las suites en habitaciones medicalizadas y, como siempre, me ha tocado supervisar todo.

—Vaya, qué bien que estéis haciendo eso.

—Ya, desde hace dos semanas. En serio, debería colgar, me esperan...

—Por supuesto. Cuídate y ya nos veremos, tengo muchas ganas de verte.

—Ok, adiós.

Le colgó y entró en su casa con muchas ganas de coger un avión, presentarse en Madrid y secuestrarla una semana entera en algún paraíso perdido del Pacífico sur. Inés le ponía mucho, porque era preciosa y sexy, pero le calentaba mucho más saber lo lista y ejecutiva que era. Eso era insuperable, y por un momento notó que se estaba empalmando. Movi6 la cabeza, sonri6 y volvi6 al piano para seguir trabajando.

4

—ChouChou, ven a cenar algo. Llevas todo el día trabajando y seguro que no has comido nada.

Su padre le habló en francés y ella levantó los ojos y lo miró metiendo la ropa en una bolsa de basura, aunque no sabía si ese sistema era muy ortodoxo para protegerse del dichoso coronavirus. Respiró hondo y le sonrió.

—Hemos comido muy bien, papá y, la verdad, solo me apetece meterme en la cama y dormir.

—¿Entonces por qué tienes el ordenador encendido?

—Ahora lo apago, no te preocupes.

—Mon Dieu!, te has convertido en una obsesiva del trabajo... tu madre ha hecho una tortilla muy buena y tu hermana tampoco sale de su cuarto y...

Se giró hacia el pasillo protestando muy enfadado y ella esperó a que se alejara para cerrar la puerta y sentarse delante del ordenador, porque él tenía razón, pensaba solucionar unas cosas del trabajo antes de dormir, aunque se caía de cansancio.

Transformar habitaciones de hotel en habitaciones medicalizadas era una especie de odisea y lo habían conseguido gracias al apoyo del ejército, de voluntarios y de la Cruz Roja, mientras su jefe daba órdenes y lo intentaba controlar todo desde su maravillosa casa de La Finca. Una de las urbanizaciones más caras y exclusivas de Madrid.

Él, como siempre, se llevaba las medallas, a pesar de que los que habían pringado eran sus empleados de confianza y ella misma, que se había tragado todo el marrón a la carrera, sin tener ni idea de lo que de verdad debían hacer y cargando con guantes y mascarillas, y batas de plástico que no sabían hasta qué punto los protegían realmente del contagio. De momento, había cuatro casos confirmados del Covid19 entre su plantilla, así que se podía esperar cualquier cosa, no obstante, eso no le

preocupaba lo más mínimo, porque tenía otras cosas más urgentes que resolver.

Afortunadamente, dos semanas después del inicio de la cuarentena, tenía tres hoteles trabajando a pleno rendimiento y podría quedarse en casa tranquila haciendo teletrabajo, porque lo importante ya estaba en manos del ministerio de sanidad, y ella podría pasar a la retaguardia para cumplir el confinamiento como todo el mundo.

Lo único que fallaba en la ecuación era que tenía que estar encerrada en casa de sus padres porque, a los treinta años, le avergonzaba reconocerlo, seguía sin tener un domicilio propio, y eso solo por comodidad y pasotismo.

De cincuenta y tres semanas que tenía un año, se pasaba viajando cuarenta por lo menos, así que ni se había molestado en buscarse un piso propio. Siempre era mejor llegar al hogar paterno donde estaba todo hecho, la comida que le gustaba en la mesa y la ropa planchada.

Andrea siempre le decía que esa comodidad era falsa, porque al final la mantenía atrapada en una dinámica que le impedía vivir a su manera, y tenía toda razón. Cada vez se le hacía más complicado lidiar con su madre, convivir con su hermana y dormir en su cuarto, que estaba exactamente igual que cuando iba a la universidad, porque ni los posters se había molestado en cambiar.

Es decir, seguía durmiendo en una cama de noventa centímetros con cabecero rosa y metiendo sus toneladas de ropa en un armario diminuto, pudiendo pagarse perfectamente un apartamento con vestidor y baño propio, comprarse una cama gigante y comer lo que le viniera en gana.

Pensar en eso la hizo detener el trabajo para buscar en Google agencias inmobiliarias. Debía encontrar una casa lo antes posible y así, en cuanto acabara la cuarentena y el estado de alarma, se podría mudar y empezar de cero. Ya era hora de que moviera un poco el culo y tomara decisiones al respecto, porque era una vergüenza que una directora ejecutiva como ella viviera con papá y mamá por pura dejadez.

—Me dejas seiscientos euros para comprarme una cinta andadora —Celia, su hermana pequeña, entró sin llamar y la hizo saltar en la silla— ¡Inés!

—No, trabaja y cómpratela tú.

—No seas cabrona, ¿dónde coño trabajo yo ahora?, y necesito hacer ejercicio.

—Hay mil tutoriales en YouTube para hacer gimnasia. No pienso comprarte nada.

—No tienes que comprarme nada, solo déjame la pasta.

—¿Y cómo me la vas a pagar? —giró la silla y la miró a los ojos—. Si quieres trabajar te meto en mi empresa.

—He estudiado bellas artes, hermanita, a ver si te enteras. No voy a trabajar de recepcionista en un hotel.

—¿Recepcionista?, no creo, pero de camarera o auxiliar de limpieza sí que puedo encontrarte algo.

—Estás forrada ¿Qué quieres?, ¿ser la más rica del cementerio?

—¿Y tú que quieres?, ¿vivir toda la vida de los demás?

—Vete a la mierda.

—Vale, ahora sal de mi cuarto, estoy trabajando.

—Le tendré que pedir la pasta a Gonzalo o a Nico...

—Eso, tú sangra a esos pobres capullos.

Ella, que era un bellezón de veinticinco años que se había vuelto especialista en sacar dinero y regalos a sus pretendientes o novietes, la miró con desprecio y se giró hacia el pasillo dejando la puerta abierta. Inés movió la cabeza, se levantó y la cerró pensando en la cantidad de tíos idiotas que hacían cualquier cosa por complacer a una mujer. A ella se le habían acumulado a su alrededor durante años, aunque jamás había abusado de nadie.

Era perfectamente consciente del efecto que producía en los hombres. Su madre, que había sido modelo y seguía siendo un espectáculo de mujer, había legado a sus dos hijas sus genes, y tanto Celia como ella habían destacado siempre por su físico, pero a ella, personalmente, todo eso solo le había acarreado problemas.

En el colegio ya algunos profes la miraban como un caso perdido, una niña guapa sin muchas luces, aunque sacaba muy buenas notas, y en la universidad se tenía que quitar de encima a los tíos con agua caliente (incluidos algunos profesores), y cuando fue a buscar su primer trabajo supo inmediatamente que su físico le iba a condicionar el resto de su vida, porque mientras los jefes varones no habían tardado ni un día en tirarle los tejos, las mujeres la habían mirado desde el minuto uno con desconfianza.

Gracias a Dios, en su segundo trabajo su jefe, Hugo Aguirre, que era gay y un tío con mucho mundo, le había dado la oportunidad que se merecía y por eso seguía con él ocho años después.

Hugo había valorado y aprovechado sus cualidades profesionales, y se lo agradecería toda su vida, pero en el mundo real siguió lidiando con novios de amigas que le tiraban los trastos, con tíos que le juraban amor eterno y que le querían comprar un coche o llevarla de viaje a los dos días de conocerla, y con viejos verdes que le ponían el mundo a sus pies, y eso era muy cansino, agotador, y por eso jamás había aceptado ni un chicle de nadie, y se había convertido en una “consumidora” de ligues a los que ella, y solo ella, elegía y conquistaba, y en una persona distante, desconfiada y alérgica al compromiso.

Era un poco bruja, sí, pero no podía hacerlo de otra forma. No podía utilizar sus “encantos” para sacar nada de nadie, como hacía su hermana, ni engañar a nadie, ni dar falsas esperanzas. Le parecía horrible, por eso prefería ser como era y, aunque a veces resultara intratable, era lo más seguro para todos, especialmente para esos hombres que se enamoraban de ella incluso antes de que abriera la boca.

Otra cosa hubiese sido tener la suerte de su amiga Andrea, que era una chica preciosa e inteligente que antes de que el mundo la estropeará o la desilusionara, había tenido la fortuna de conocer a Andrew McAllen, un profesor universitario estupendo y guapísimo que se había enamorado de ella de verdad, y con el que se había casado a los veintitrés años.

Andrea había tenido tiempo de nadar también en un mundo de tiburones y de pretendientes pegajosos e incansables, pero Andrew había llegado en el momento oportuno y ella se había enamorado, y eso la había salvado de muchos malos rollos posteriores.

Menos mal, porque Andy era mucho más dulce y menos dura que ella, y que estuviera casada y fuera feliz junto a Andrew y su bebé, era algo que la tranquilizaba un montón.

—Tu amiguito el famoso está saliendo en todos los periódicos ingleses

—Celia volvió a entrar sin llamar e Inés la miró con ganas de matarla.

—¿No sabes llamar?

—¿No ves las noticias?. Está saliendo en todas partes —le indicó con la cabeza el ordenador y ella se encogió de hombros—. Tu colega escocés, el amigo de Andrea, Duncan Harris, está saliendo en todos los periódicos y revistas de cotilleos.

—¿Le ha pasado algo? —el corazón se le subió a la garganta y sin querer se puso de pie.

—Una demanda de paternidad. Una tía americana le ha puesto una demanda de paternidad, porque él se niega a reconocer a su hijo, y ha contado con pelos y señales la relación que mantenía con él en Nueva York. Es muy heavy...

—¿En serio? —miró la pantalla e hizo amago de buscarlo, pero se contuvo, aunque Celia cogió su móvil y se lo enseñó.

—Al parecer ahora pasa de la chica y del bebé. Menudo cabronazo, aunque está buenísimo, yo me lo comería entero. Deberías pasarme su número de teléfono, igual hasta me caso con él y me hago famosa...

—¿Qué?

No le hizo caso y agarró el teléfono leyendo la noticia en inglés del Daily Mail. Bajó los ojos por los titulares y lo siguiente que vio fue una foto de Brittany Strong, la demandante, que acusaba a Duncan Harris de negarse a reconocer a su hijo, a pesar de llevar juntos casi un año, decía ella, y al que pretendía demandar no solo para que reconociera su paternidad, sino también por daño moral y sentimental, y por abandono.

“Nos presentó una amiga en común y desde el primer día no dejamos de vernos. En mi piso de Brooklyn tengo mil pruebas de su presencia en mi casa; ropa, fotos, recuerdos. Incluso me llevó al Show de Jimmy Fallon y me presentó como su chica. Todo el mundo sabía que era mi novio, y ahora dice que se desentiende de su hijo”

Contaba Brittany Strong a los cuatro vientos y acompañaba la declaración con dos fotos de Duncan y ella abrazados y besándose en alguna parte de Nueva York.

De repente parpadeó confusa y se le paralizó el pulso, y su hermana le arrebató el teléfono de las manos hablando sobre algo que no entendió, porque ya todo se volvió borroso y oscuro, y muy triste, y sin entender por qué, sin poder controlarlo, el corazón se le rompió literalmente en mil pedazos.

5

—Si es mío me haré cargo, aunque me espante la idea de tener un hijo con esa mujer, y fin de la historia.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Yo ya he mandado mis muestras de ADN al juzgado, ahora hay que esperar a que ella quiera colaborar y las mande también. Dice que está de catorce semanas y se pueden hacer a partir de las ocho, así que solo depende de ella, aunque obviamente, de momento, no quiere mover ficha.

—Estaré en Nueva York la semana que viene, si puedo ayudar en algo...

—Gracias, Ewan, pero creo que no podemos hacer nada —miró a su amigo a los ojos y se encogió de hombros—. Lo único que puedo hacer es impedirle hablar de mí mientras no demuestre que lo que dice es cierto, pero, aparte de eso, solo me queda esperar. Los abogados han hecho un montón de requerimientos y tiene varias demandas en su casa, sin embargo, como si lloviera, ni puto caso. Es una pesadilla.

—Tal vez, si yo hablo con ella personalmente...

—Seguro que te acaba pidiendo dinero y eso es justamente lo que queremos evitar, que pueda utilizar el tema de la pasta a su favor. Es decir, que pueda decir que yo, o alguien de mi entorno, le ha ofrecido algún dinero para...

—No pienso hablarle de dinero.

—No, pero ella puede decir que sí. No es precisamente una persona cabal, hermano, y no pienso facilitarle una excusa más para que pueda machacarme en público.

—Vale.

—Sé que eres un negociador cojonudo, Ewan, y que te metes a todo Dios en el bolsillo, pero esta mujer es maquiavélica, es una interesada, y no nos

conviene ni acercarnos a ella.

—Si le preocupa el bienestar de su hijo, seguro que puede llegar a ser razonable.

—Si de verdad le preocupara el bienestar de su hijo ya se habría hecho las pruebas de ADN y ya tendríamos zanjado este tema.

—Ok, como quieras, pero, repito, si puedo hacer algo...

—Lo sé, hermano —miró la hora—. Creo que deberíamos ir moviéndonos. Voy a ducharme.

Lo dejó en el salón principal de la casa y subió corriendo las escaleras para cambiarse de ropa, porque iban a una cena a casa de Andrew, la primera tras la cuarentena universal, y más le valía adecentarse un poco o acabarían metiéndose con él.

Entró en el cuarto de baño, pasó por la ducha, salió y buscó unos vaqueros y una camisa decente, una de esas carísimas y preciosas que su estilista le solía mandar a todas sus casas, también a la de Escocia, aunque allí salía poco y se vestía sobre todo con ropa de deporte.

En realidad, acababa de volver de un viaje relámpago a Londres tras un mes entero encerrado en Edimburgo y estaba deseando volver enclaustrarse allí, aunque aquello solo fuera una quimera absurda, claro, porque todo el mundo ya lo estaba presionando para retomar la promoción, la grabación del nuevo disco, las entrevistas y los viajes.

Su agente, su *manager*, sus productores, su ayudante... sus fans... todo Dios lo quería en marcha y activo a la primera, aunque él fuera un ser humano como los demás y necesitara de un tiempo de adaptación, y aquellas presiones lo estaban empezando a cabrear de verdad. Incluso había amenazado con mandarlos a todos al carajo, retirarse y dedicarse a vivir de las rentas como un ermitaño, en soledad y a su manera, que había descubierto, empujado por una emergencia sanitaria mundial, que tampoco era una forma de vida tan descabellada.

—¿Qué coño es esto, capullo?

—¿Qué? —la voz de Ewan lo hizo saltar y se giró hacia él agarrando las llaves y el teléfono móvil.

—Esto —le enseñó los trozos de peyote que llevaba en la mano y él se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que es, Ewan, lo probaste conmigo en México.

—Hace mil años. Creí que ya pasabas de estas mierdas, Duncan.

—Lo uso para aliviar la ansiedad, me lo han recetado.

—¿Quién te ha recetado peyote?, ¿algún chamán amigo tuyo?

—¿Nos vamos?, Andrea nos mata si llegamos tarde.

Bajó corriendo las escaleras y se fue directo a la cocina a buscar las botellas de vino que le había comprado a Andrew en Fortnum & Mason, las cogió y sintió otra vez los ojos inquisidores del gran Ewan MacIntyre encima.

—Ewan, solo lo tomo para la ansiedad y, mientras estuve encerrado aquí, me ayudó a componer y a sentirme de puta madre. Es algo natural, un cactus, no es nada grave, no me jodas ¿quieres?

—Es una droga.

—En muchas partes del mundo su consumo es legal. El uso terapéutico del peyote está completamente probado.

—Tú no deberías tomar ninguna mierda de estas. Tiene efectos psicotrópicos, es un alucinógeno.

—Ewan, no tengo veinte años.

—Recuerdo tus veinte años. Demasiado bien, me temo. ¿Qué coño haces tomando esta porquería?

—Estoy limpio, hace diez años que no pruebo las drogas, así que te agradecería que confiaras un poco en mí.

—Ya veremos.

Se metió el peyote en el bolsillo de la chaqueta y a él se le tensaron los músculos del cuello, porque ese cactus valía una pequeña fortuna y le había costado horrores que se lo llevaran a Edimburgo, pero tragó saliva y disimuló como pudo el disgusto para evitar que su amigo se pusiera en guardia y acabara castigándolo de cara a la pared.

—Sea como sea me lo llevo. Vamos, se ha hecho tarde.

—Joder, Ewan...

Masculló por lo bajo y lo siguió a la calle para hacer el pequeño trayecto a pie que los separaba de la casa de los Andys en silencio.

Era cierto que, en su juventud, que no había sido como la de cualquier chaval normal, porque a los dieciocho ya ganaba más pasta y tenía más estrés que un tío de cincuenta años, había tonteado seriamente con las drogas, había pasado por un par de clínicas de desintoxicación y había vivido una vida completamente descontrolada. Una al filo de la navaja que había horrorizado a sus padres y de la que había salido solo gracias a personas como Ewan y Andrew, sus mejores amigos desde los cinco años, que siempre habían estado a su lado y que no lo habían dejado caer, así que no podía pelearse con él o mandarlo a la mierda por inmiscuirse en sus cosas. No podía y no pensaba hacerlo.

Lo miró de reojo, siempre tan impecable incluso vestido de sport, con ese aire serio e inteligente que había tenido desde bien pequeño, y se le llenó el corazón de ternura, se acercó llegando a la casa de Andrew y lo agarró por el cuello.

—Estoy bien, colega, no te preocupes por mí.

—Eso espero o yo mismo te corto los huevos.

—¡Hey! ¿qué tal? —Andrea les abrió la puerta con James en brazos y se apartó para dejarlos pasar—. Entrad, ya está todo listo. Mi vida, di hola al tío Ewan y al tío Duncan.

—¡Hola, campeón! —Ewan se lo quitó de los brazos y entró directo a la cocina. Andrea lo miró a él y le sonrió.

—¿Va todo bien, Duncan?

—Sí, princesa, solo estaba admirando lo guapa que eres —soltó un silbido mirando sus vaqueros ceñidos y la blusa que llevaba, y ella movió la cabeza—. Eres la mamá más cañón que conozco.

—Pasa, zalamero, y lleva esas botellas al comedor, por favor.

—En serio, Andrew es un tío muy afortunado —le guiñó un ojo y entró en el comedor donde estaba la mesa preparada. Dejó las botellas, se giró para ir

a la cocina, dio un paso y se dio de bruces con Inés Allard— ¡Santa madre de Dios! Esta sí que es una sorpresa.

—Hola, Duncan —ella lo esquivó y se acercó a la mesa para poner en medio una fuente enorme de ensalada.

—Hola, nena, ¿por qué nadie me ha avisado que venías?

—¿Tenían que avisarte?, y no me llames nena o te rompo los dientes.

—Vale, yo dejo que tú me hagas lo que quieras —estiró la mano para rozarle el trasero y ella saltó—. Eh, ¿no me das ni un abrazo?, llevamos al menos tres meses sin vernos.

—Conviene mantener las distancias de seguridad.

—No conmigo.

—Déjame pasar —quiso salir y él le cortó el paso.

—¿Cómo estás?, no he sabido nada de ti desde ya ni me acuerdo. Ni una llamada, ni un Skype, ni...

—He estado muy ocupada, como tú, me imagino.

—La verdad es que sí, he estado componiendo y... en fin, muy raro todo, pero bien.

—Estupendo —le clavó los ojos verdes y él retrocedió un paso, porque siempre le impresionaba un montón verla de cerca—. Me he enterado de que vas a ser papá.

—Eso no es cierto.

—¿Ah no?, pues no es lo que he oído.

—He pedido una prueba de paternidad, cuando la tenga, ya veremos.

—Eso también lo he oído —se cruzó de brazos y él sonrió.

—¿Te parece mal?

—No me parece nada, no es asunto mío.

—Tu amiga ha vendido la piel del oso antes de cazarla.

—No creo que ninguna mujer, hoy por hoy, se atreva a mentir en algo semejante, no obstante, me da igual. Y, ella nunca ha sido mi amiga.

—Bueno, tu compañera de trabajo.

—Ahora ni eso, porque dejó la empresa en cuanto se enteró del embarazo. Dice que necesita cuidarse y que su novio tiene suficiente pasta para darse el lujo de vivir como una reina y sin trabajar.

—No sé qué novio será ese, pero desde luego no soy yo.

—... —guardó silencio sosteniéndole la mirada y él no se movió, intuyendo que el asunto le molestaba mucho más de lo que era capaz de reconocer.

—Inés...

—He hablado con Vivien y hemos cerrado definitivamente lo de Santorini, la lista de invitados, los billetes y todo lo demás, ahora solo tienes que conseguir que Ewan se apunte.

—¿Te vienes esta noche a dormir a mi casa?, así podemos charlar y ponernos al día.

—No, gracias. He venido para pasar tiempo con Jamie y Andrea.

—Pero...

—Y esta noche ya he quedado con Vivien.

—¿Vivien?, ¿qué Vivien?, ¿mi Vivien?

—Sí, de tanto hablar por teléfono nos hemos hecho amigas y ya que hemos coincidido en Edimburgo, pues...

—Ok, me voy con vosotras, mi club está abierto y podemos...

—No, no creo que le apetezca irse de copas con su jefe.

—¡Ya está!, todos a cenar —Andrew entró con la comida y los miró con los ojos entornados—. Hola, tío, no te había oído entrar.

—He vendido con Ewan.

—Ok, genial. Vamos a comer. Amor, siéntate, yo acuesto a James.

—No, déjalo un ratito con nosotros. Seguro que se duerme en seguida con el murmullo de la conversación.

Andrea los observó a los dos con atención y luego sentó a Jamie en una especie de mecedora para bebés que estaba estratégicamente colocada junto a la mesa. Él asintió sonriendo al pequeñajo y buscó un sitio frente a Inés, que enseguida se dedicó a ignorarlo, como solía ser su costumbre.

—¿En serio?! —exclamaron Inés y Ewan al unísono y él saltó en la silla, donde llevaba mucho rato perdido en sus pensamientos. Miró al frente y vio Andrew agarrando a Andrea para sentarla en sus rodillas y darle un beso en la boca.

—Sí, de ocho semanas.

—¡Enhorabuena!, es un bebé del confinamiento —bromeó Ewan, levantándose para abrazarlos y él hizo lo mismo dándose cuenta de lo que estaba pasando.

—Pues sí, tanto tiempo en aislamiento ha dado sus frutos —soltó Andrew poniéndose de pie para recibir las felicitaciones.

—¿Entonces un bebé?, ¿para cuándo? —preguntó, intentando no parecer muy despistado, y palmoteó la espalda de su amigo, que no podía lucir más feliz.

—Finales de diciembre.

—Enhorabuena a los dos, es una noticia estupenda.

—Me parece prontísimo —opinó Inés—. ¿Qué haréis con dos bebés en casa?

—Bueno, mejor todos seguidos —susurró Andrew abrazando a su mujer y acariciándole la tripa—. James en diciembre ya estará andando y se llevarán quince meses. Es una diferencia de edad perfecta, al menos a nosotros nos lo parece, y tampoco es que lo hayamos programado así que...

—Sois unos campeones, si lo hacéis tan bien con uno, lo haréis igual de bien con dos —dijo Ewan sirviendo unas copas de vino—. Vamos a brindar por mi próximo ahijado o ahijada, que esta vez me toca a mi ser el padrino. ¿Duncan?

—¿Eh?, sí, sí, claro, esta vez es tu turno.

Contestó sonriendo, aunque estaba un poco disperso, y bebió la copa de vino pensando en que el peyote que se había tomado a mediodía le estaba empezando a hacer efecto a esas horas, porque apenas podía enchufarse a la charla y porque lo único que le apetecía era tumbarse a pensar y a tocar la guitarra.

Volvió a su silla para acabar el postre, porque algo dulce le apetecía un montón, y subió los ojos para encontrarse con los inquisidores de Ewan, que no lo perdía de vista. Le sonrió y luego desvió los ojos hacia esa belleza de ojos verdes y labios gruesos que lo ignoraba con tanto ahínco.

Era preciosa Inés Allard, tan inalcanzable, siempre tan distante, y tan sexy... unas cualidades que solían calentarle un montón, y fantaseó con la idea de agarrarla por la cintura, subírsela al hombro y llevársela a su casa para siempre.

6

—¿No tienes vacaciones, Inés?

—Tengo quince días, pero los voy a dedicar a mi mudanza, no voy a salir de Madrid.

—Jo, qué lástima.

—Ya...

Miró a Susan, una de sus compañeras inglesas, y le sonrió echando un vistazo a la última auditoría interna que había pedido y que acababa de llegar, aunque llevaba dos días en Londres esperándola. Se sentó mejor en la butaca, se puso las gafas y sin querer pensó en la fotografía a todo color que se había encontrado esa mañana en la calle, en los típicos puestos de prensa, de la ya célebre Brittany Strong, embarazada y siendo portada de un tabloide británico de lo más cutre.

Desde luego, estaba rentabilizando muy bien su estado de buena esperanza, a pesar de la pandemia y la alerta sanitaria mundial, y en cuanto había podido, había viajado al Reino Unido para hablar fatal del padre de su hijo, de lo mala persona que era y de lo mal que la estaba tratando. Llevaba unos días despachándose a gusto contra Duncan Harris, que no había abierto la boca, y apareciendo en todas partes, incluso después de contar que estaba muy angustiada porque el suyo era un embarazo de alto riesgo.

Si era de alto riesgo y estaba tan preocupada nadie podía entender que viajara desde Nueva York y anduviera dando entrevistas a diestro y siniestro, pero ese no era su problema, concluyó, centrándose en los informes que tenía delante. Agarró su taza de café y bebió un trago haciendo lo posible por pensar en otras cosas que le incumbían más.

Lo primero, el trabajo, lo segundo, su mudanza, porque al fin había alquilado un pisito precioso en la calle Atocha, en pleno centro de Madrid,

y estaba encantada con él.

Antes de viajar a Londres ya había recibido los muebles que había comprado y se había llevado sus cosas de casa de sus padres. Solo le quedaba organizar librerías, armarios, montar algunas cosas, instalar Internet, llenar la nevera y empezar a vivir a su manera, que era lo que más ilusión le hacía en el mundo.

Tras superar el confinamiento con su familia, la necesidad de independizarse se había vuelto urgente, y en cuanto había podido había alquilado un piso. Aunque sin tiempo para nada, la mudanza se estaba alargando demasiado y ya era hora de coger el toro por los cuernos y ponerse las pilas, por eso había decidido dedicar sus días de vacaciones a instalarse bien. Ni siquiera iba a ir a ver a Andrea a San Sebastián, dónde estaba como cada año disfrutando del verano con su familia, ni siquiera eso, porque necesitaba ocuparse de sus cosas de una vez por todas para empezar a vivir como la gente normal, y no entre cajas de embalaje y ropa por el suelo.

Hacía un mes había estado con Andrea y sus chicos en Edimburgo, había pasado un fin de semana entero mimando y comiéndose a besos a Jamie, que era un angelito precioso y muy rico, así que podía esperar para volver a verlos. Aunque se moría de ganas de estar con ellos y charlar con su amiga, podía esperar y dejarlo para más adelante o, a lo mejor, conseguía resolverlo todo rápido y guardar unos días al final para subir hasta Donostia a abrazarlos... no lo tenía muy claro, solo sabía que la prioridad en ese momento era organizar su casa, nada más.

Cerró los ojos y pensó en Duncan Harris, que se había ofrecido a ir a Madrid para ayudarla con la mudanza y el montaje de muebles en cuanto se había enterado de que se cambiaba de casa. Siempre se había burlado de ella por vivir con sus padres, en ese tono guasón suyo, sin embargo, la había llamado muy en serio para felicitarla y para ofrecer sus “habilidades”, decía él, con el destornillador y los clavos. Había sido muy majo, aunque no había aceptado su ayuda, claro, porque sabía que antes de acabar de montar la primera librería ya estarían follando en el suelo como salvajes. Y eso era lo último que necesitaba en ese momento.

Le encantaba ese tío, no iba a negárselo a esas alturas del partido, estaba buenísimo y hacía el amor como nadie que hubiese conocido, pero era un cúmulo de problemas y, además, era un ente incomprensible e inalcanzable al que más le valía mantener a distancia.

Estrella de la música, famoso, rico, un poco loco y completamente inmaduro, Duncan Harris era la última persona de la que podías esperar algo, ya se lo había demostrado con creces, así que, aunque ya se le había pasado el cabreo por lo de Nueva York y su operación de apendicitis, no quería volver a acostarse con él. No le convenía, porque luego se quedaba tocada unos días y porque solo incrementaba ese rollo extraño que tenían y que no iba a ninguna parte.

Siempre que se veían, se le iba el aire de los pulmones al mirar sus ojos oscuros, sus pestañas largas y espesas, su cuerpazo y su sonrisa, y siempre también, él acababa tomándole el pelo, riéndose en su cara y tratándola como a una cría de quince años. En realidad, se sentía fatal cuando lo veía, porque sacaba lo peor de ella y provocaba que se portara como una bruja maleducada y contestara cosas que no quería contestar, y se comportara como no lo hacía con nadie más.

Era una sensación rara, porque se ponía a la defensiva en cuanto lo tenía delante y eso le provocaba mucha frustración. Y por esa razón era mejor dejarlo correr, total, no eran nada. Ni tan amigos, ni tan amantes, ni nada parecido, así que, tras su último encuentro en Edimburgo, dónde había estado a un tris de sucumbir a sus encantos, había tomado la firme decisión de borrarlo de verdad, esta vez en serio, para siempre de su vida.

—Inés, William Miller, nuestro nuevo director del Blue Diamond, quiere saludarte —le dijo Susan desde la puerta y ella se apartó de la mesa para mirar de frente al recién llegado, un tío guapísimo y muy alto al que había contratado por Skype hacía cuatro meses.

—Al fin, Inés, tenía muchas ganas de conocerte en persona.

—¿Qué tal? —se puso de pie escrutándolo de arriba abajo, porque era un tiarrón impresionante, y él sonrió—. Tenía pensado ir a visitaros, pero con el retraso de la auditoría...

—Lo sé, lo siento, por eso he venido. Quería disculparme personalmente y hablar un rato contigo, si es posible.

—Claro, siéntate.

—¿Qué tal comiendo?, es hora de... —miró la hora y ella hizo lo mismo dándose cuenta de que ya era la una del mediodía. Levantó la cabeza y se perdió en esos ojos enormes y preciosos que tenía.

—Me encantaría, pero a comer no puedo, he quedado con una amiga. Tal vez mañana. No tengo previsto marcharme hasta el viernes.

—¿Y qué tal una cena?, el bistró de nuestro hotel es estupendo, lo conoces y así podemos charlar sin prisas. Luego podría llevarte de copas por Londres... —la miró con intensidad y ella pensó: ¿por qué no? Hizo amago de aceptar, pero su teléfono móvil le vibró encima del escritorio y lo miró encogiéndose de hombros.

—Lo siento, pero tengo que contestar. Ahora vuelvo. Hola, Vivien —saludó a su amiga, con la que había quedado a comer, y salió del despacho para hablar en el pasillo—. ¿Va todo bien?

—No, bueno, sí, solo es que tengo que anular la comida, Inés. Lo siento mucho, pero...

—¿Qué pasa?

—Nada. No te preocupes.

—¿Qué te pasa?, tienes la voz muy rara.

—Nada, en serio.

—¿Cómo que nada?

—Bueno, eres su amiga, lo conoces desde hace siglos, así que...

—¿Qué?

—Es mi jefe. He venido a su casa porque no contestaba al teléfono, ni al email, ni a nada, y me lo he encontrado tirado en el suelo del dormitorio. No lo puedo despertar.

—¿Cómo que no lo puedes despertar?, ¿está inconsciente?, ¿respira?

—Sí, respira, pero no responde. Está profundamente dormido.

—Llama a emergencias.

—No, ¿sabes el escándalo que sería sacar a Duncan Harris en ambulancia e inconsciente de su casa?

—Me importa una mierda, si está inconsciente hay que llamar a una ambulancia, puede ser un infarto o... —notó que estaba gritando y se puso una mano en el pecho para calmarse—. Ok, yo llamo a emergencias, tú tranquila.

—No, Inés, creo que sé lo que le pasa y mientras pueda evitar la exposición pública lo haré, me paga para eso, ¿sabes? No te preocupes, luego te llamo.

—¡No!, dime qué crees que le pasa. No pretenderás que ahora me quede tan tranquila.

—Lleva unos meses tomando peyote, lo sé porque él mismo me lo contó, y creo que esto solo es un viaje más largo... solo necesita tiempo para espabilar. No voy a llamar al 112 porque respira tranquilo, solo está dormido. Estoy segura de que no le pasa nada y lo único que puedo hacer es no dejarlo solo y vigilar que no empeore.

—¿Peyote? —intentó recordar que eso era una especie de alucinógeno y se pasó la mano por la cara—. ¿Puede ser peligroso?

—En principio no, es un cactus, una planta. Eso me explicó él mismo.

—Ya, pero... ¡joder, qué capullo! —se giró para mirar a sus compañeros que seguían charlando en el despacho y decidió que ya no podría continuar trabajando, así que respiró hondo y habló sin pensar—. Voy para allá, no voy a dejarte sola con él. Mándame las señas, por favor.

—Esto es Surrey, Inés.

—Lo sé, tú mándame las señas. Llegaré en unos cuarenta minutos.

Volvió al despacho, cogió sus cosas, se disculpó con William Miller, que estaba como un queso, pero que tendría que esperar para otro momento, y salió corriendo de la oficina llamando a un Uber, con el corazón saltándole en el pecho y más preocupada de lo que le gustaba reconocer.

Sabía por Andrew que Duncan Harris había estado enganchado a las drogas de los veinte a los treinta años, y que le había costado mucho salir

del pozo negro y peligroso en el que se había convertido su vida por entonces. Al interesado nunca lo había oído hablar del tema, porque en realidad jamás se habían sentado a compartir confidencias, pero sí sabía que era muy deportista, que se cuidaba un montón y que bebía alcohol con normalidad, aunque siempre controlaba porque no le gustaba perder el norte ni la cabeza.

En eso era muy estricto, como lo era en su trabajo y con su música, así que le costaba creer que estuviera tonteando con el peyote, un cactus originario de México del que leyó todo lo que pudo en el coche de camino de su casa, y del que aprendió que era considerado por algunos como un alucinógeno curativo y por otros como una droga pura y dura.

En resumen, era un psicotrópico, “un agente que actúa sobre el sistema nervioso central, lo cual trae como consecuencia cambios temporales en la percepción, ánimo, estado de conciencia y comportamiento”, por lo tanto, una sustancia prohibida para cualquier exdrogadicto, comprendió, y empezó a barajar la posibilidad de llamar a Andrew o a Ewan para contarles lo que estaba pasando.

—Muchas gracias por venir —Vivien salió a recibirla a la entrada principal de la casa y ella la abrazó mirando de reojo la espectacular mansión y el espectacular jardín que la rodeaba.

—De nada. ¡Hola, Luke! —se inclinó para acariciar al pastor alemán de su amigo, que en seguida la reconoció, y luego miró a Vivien a los ojos—. ¿Alguna novedad?

—No ha habido cambios en esta última hora. Pasa, por favor.

—Vaya, pues, como no consigamos despertarlo ahora, pienso llamar a emergencias. Ya ha pasado mucho rato y a saber desde cuándo está así.

—La última vez que hablé con él fue a las nueve de la mañana, después ya no cogió el teléfono.

—Y son las dos y cuarto de la tarde, así que, vamos, dime dónde está.

Vivien le indicó la escalera y ella subió sin ver nada, porque solo quería solucionar la papeleta cuanto antes, ya tendría tiempo después de admirar la casa, la decoración y lo que hiciera falta.

Entró en el dormitorio, que era enorme, y se lo encontró junto a la terraza, acostado sobre una alfombra y tapado con una manta. El pulso se le paralizó un momento al ver cómo Luke lo olisqueaba y lloriqueaba a su lado, pero se recompuso rápido, tiró el bolso al suelo y se arrodilló para tocarle la cara. Notó que estaba templado, se acercó a su boca y comprobó que, efectivamente, respiraba de forma acompasada y tranquila, como cuando se duerme a pata suelta. Levantó la cabeza y miró a Vivien.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Ahí —se lo señaló y luego dio un paso atrás—. No quiero tocar a mi jefe desnudo, Inés.

—¿Desnudo? —apartó la manta y vio que no llevaba nada encima—. Es igual, no será el primer hombre desnudo que tocas, ¿no?, y no puedo yo sola con un tío de metro noventa, así que necesito de tu ayuda para meterlo en la bañera.

—No sé si es buena idea, deberíamos...

—Deberíamos hacer algo. ¡Vamos! —ordenó con autoridad y se le puso a la espalda, esperando que ella lo cogiera por los pies—. Vamos a arrástralo.

Sin querer se inclinó y le besó la cabeza, porque le angustiaba mucho verlo inconsciente, y le susurró al oído que todo iría bien, antes de desplazarlo por el dormitorio hasta el cuarto de baño, dónde tenía de todo menos una bañera.

—¿No hay bañera?

—Sí, en el ático, junto al gimnasio y el jacuzzi y...

—Da igual, mejor así. Venga.

Se metió debajo de la ducha, que estaba sobre una superficie de terracota bastante grande, y lo arrastró hasta apoyarlo contra la pared. Lo sentó con la ayuda de Vivien, se quitó las sandalias, le hizo un gesto a ella para que se apartara, lo sujetó a él con las piernas y luego abrió el chorro de agua fría a máxima potencia.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —exclamó en español al sentir el agua gélida empapando su bonito vestido de verano, pero no se movió hasta que

Duncan Harris empezó a quejarse y finalmente abrió los ojos—. Buenos días, bella durmiente.

—¡Joder! ¡¿Qué pasa?!

—No sé, dímelo tú... llevas inconsciente un montón de horas.

—¡¿Qué?! —se incorporó y miró primero a Vivien y luego a ella con la boca abierta— ¿Inés?, ¿qué haces tú aquí?

—Ya ves, pasaba por Londres y vine para darte una duchita.

—¡Mierda!. No qué me ha pasado —la miró otra vez y estiró las dos manos para acariciarle las piernas por debajo de la falda—, pero me alegro mucho de verte, nena.

—Vuelve a ser él, Vivien. Todo tuyo.

Saltó y se apartó buscando una toalla, se envolvió con ella y observó cómo Vivien le daba las dos manos para ponerlo de pie. Esperó con calma a que lo sentara en una silla junto al lavabo y le acercó más toallas para arroparlo y secarle el pelo.

—Muchas gracias, Inés.

—De nada, Vivien, pero debería ir a un médico o hablar con uno porque...

—Estoy bien, solo ha sido un mal viaje —él la interrumpió y le clavó los ojos negros—. No sé qué haces aquí, pero, de verdad, de corazón, me alegro mucho de verte.

—Había quedado con ella y la llamé para anularlo, porque tú estabas tirado en tu cuarto, así que vino a ver qué pasaba y decidió meterte debajo de la ducha de agua fría.

—Lo había visto en alguna película, no es para tanto —sonrió y Duncan la observó muy serio y con los ojos brillantes—. Sigo creyendo que debería verte un médico, porque, si no me equivoco, te has metido, fumado o bebido, un cactus alucinógeno muy peligroso.

—Estoy bien, pero...

—Vale, tú mismo. Mátate si quieres. Me voy.

—Inés...

—¿Qué? —se giró y lo miró levantando las cejas.

—No te enfades.

—¿Qué no me enfade?!, me has dado un susto de muerte, a mí y a la pobre Vivien, que no creo que le pagues lo suficiente para pasar por algo así.

—Claro que no y lo siento mucho. Lo siento Vivien, no se volverá a repetir, te lo prometo.

—Vale, voy a buscar algo de café.

La asistente desapareció camino de la cocina e Inés se quedó quieta, observando lo perdido y vulnerable que parecía, a pesar de ser un tío tan alto, y tan fuerte, y decidió bajar un poco la guardia y no ser tan cascarrabias.

—Deberías darte una ducha en condiciones y comer algo. Seguro que en seguida te sentirás mejor.

—¿Te quedas conmigo?

—¿Yo?

—No quiero estar solo. Por favor.

7

—¿No tienes ayuda doméstica en una casa tan grande?

—Sí, tengo una empresa que se ocupa de todo, incluso del jardín, pero vienen muy temprano, un par de horas todos los días, y luego me dejan solo.

Sirvió la ensalada y se apoyó en la encimera de la cocina para mirarla a los ojos.

Inés, que se había puesto un albornoz mientras esperaba que se le secara la ropa, asintió y luego se asomó al ventanal de la terraza para mirar a Luke, su perro, que correteaba tan contento por el jardín.

—Imagino que necesitas preservar tu intimidad.

—Más que preservar mi intimidad, necesito estar solo. Vivo rodeado de gente, sobre todo cuando viajo, así que, en mis casas, mientras sea posible, procuro estar a solas —miró el horno y suspiró—. El pollo estará hecho en quince minutos, ¿quieres algo de beber?

—Agua estaría bien, gracias —se giró y caminó hacia la mesa para mirar los álbumes de fotos que había dejado olvidados allí la noche anterior—. ¡Vaya!, qué bonito, sois vosotros de pequeños.

—Sí, Ewan, Andrew y yo, de pequeños y de no tan pequeños. Tenemos muchas fotos y estaba eligiendo algunas para el cumpleaños de Ewan. Le vamos a preparar un video especial ahora que hemos retrasado su fiesta.

—Joder, Jamie es idéntico a Andy de pequeño, son dos gotas de agua.

—Igualitos —Se acercó para mirar unas fotos de la guardería que ella estaba señalando, y sonrió.

—¿O sea que estáis juntos desde la guardería?

—Sí, aunque también éramos vecinos y nuestros padres se conocían de antes. De pequeños ya aprendimos a andar juntos en el parque, luego fuimos a la guardería y ya no nos separamos más. Como Andy era hijo único

y muy mimado, pasábamos mucho tiempo en su casa, donde su madre nos hacía unas meriendas de cine y nos dejaba ver la tele y comer chucherías.

—Vaya, aquí ya en el colegio. Qué guapo Andrew, ¿Andrea tendrá estas fotos?

—No lo sé, pero le puedo hacer unas copias —se apoyó en la mesa y miró a sus amigos, a los doce años y vestidos con la camiseta de los Hibs—. Aquí íbamos a un partido de los Hibs.

—¿Los Hibs?

—Los Hearts, nuestro equipo de fútbol.

—Qué monos, por Dios.

—En esta época Andrew ya empezaba a andar metido en sus libros, yo a ir al conservatorio y Ewan a ganar dinero en la bolsa, sin embargo, nunca dejamos de vernos, todos los santos días, lloviera o hiciera sol.

—¿A ganar dinero en la bolsa? —lo miró incrédula y él asintió.

—Un profe de matemáticas nos enseñó un semestre cómo funcionaba la bolsa, los valores, las inversiones y todo eso, y Ewan, que siempre fue un cerebritito, se enganchó al tema de tal forma que a los catorce años convenció a su abuelo para que invirtiera por él, ganaron mucha pasta y desde entonces empezó a funcionar como bróker aficionado.

—¿En serio?

—En serio. A los dieciocho, cuando entró a estudiar matemáticas en la Universidad de Saint Andrews, ya tenía un pequeño fondo de inversiones, a los veintidós una sociedad de inversión que funcionaba a las mil maravillas y que vendió por una fortuna al cumplir los treinta. Desde entonces no ha parado.

—Ya, desde luego, es un tío muy listo. ¿Y esto de aquí? —se encontró con una foto de él en la tele, cuando había acudido a Londres para participar en el concurso de talentos que le había cambiado la vida, y suspiró.

—The X Factor en la ITV. Me acompañó medio Edimburgo a la final, con pancartas y todo. Fue un éxito nacional. Tú eras muy pequeña, seguro que no lo recuerdas.

—Pues no, lo siento.

—Fue bestial... —respiró hondo intentando no recordar aquellos días de locura absoluta y se apartó de ella—. Tengo un helado cojonudo, me lo hacen artesanalmente en Londres, voy a poner un poco de postre.

—¿Te arrepientes de haber participado?

—¿En Factor X?... pues no, porque de otra forma jamás hubiese alcanzado tanta popularidad, pero, si te soy sincero, me hubiese gustado haberlo hecho de otra forma, ya sabes, con algo más de contención y racionalidad.

—Me imagino que fue como un tsunami.

—Exactamente, y ni mis padres ni yo teníamos ni idea de dónde nos estábamos metiendo, así que hubo mucho descontrol y abuso por parte de productores y publicistas que me estrujaron al máximo. Además, era el génesis del concurso, era una novedad para todo el mundo, así que imagínate lo que significó aquello, una locura.

—Gracias a Dios has salido indemne.

—Yo no diría indemne, pero al menos me he mantenido en la industria y sigo trabajando, así que no me puedo quejar —la miró y ella le sonrió antes de volver a concentrarse en las fotografías—. Esto ya está, ¿comemos?, voy a llamar a Vivien.

—Estupendo, me muero de hambre —dejó los álbumes y se sentó a la mesa.

—¡Vivien, ya está lista la comida! —se asomó al pasillo y su ayudante apareció colgándose el bolso—. ¿Te vas?

—Sí, he quedado a cenar dentro de una hora. Es tardísimo y ya he hecho todo lo que tenía que hacer.

—Bueno, tú te lo pierdes.

—Inés, ya nos veremos en otro momento y muchas gracias otra vez por... ya sabes —se acercó a darle un beso y luego les dijo adiós con la mano antes de salir corriendo por la puerta.

—Adiós y gracias a ti, Vivien —sirvió el pollo, le puso un plato a Inés y se le sentó enfrente—. Gracias por quedarte.

—No es nada. Llevas un montón de tiempo trabajando con Vivien, ¿no?

—Diez años, y en este negocio es un récord, así que espero que no se aburra y me deje tirado.

—Es muy maja y te adora, así que dudo mucho que te deje tirado.

—Ya veremos.

—¿No quieres que hablemos de lo que ha pasado hoy, Duncan?, porque, sinceramente, me parece bastante grave que te quedaras tirado en el suelo y...

—Mastiqué un poco de peyote a las nueve de la mañana, con el estómago vacío, y se me subió muy rápido. No ha pasado nada más, aunque agradezco mucho que vinieras en mi ayuda.

—En realidad vine por Vivien, porque estaba muy asustada y se negaba a llamar a Emergencias, así que...

—Sea por lo que sea, muchas gracias —le sonrió y ella asintió tomando un poco de ensalada— ¿No habrás llamado a Andrea para contárselo?

—No, pero si no te hubiera conseguido despertar, seguro que hubiese llamado a Andy o a Ewan.

—Afortunadamente no fue necesario. No quiero que se enteren de esto, ¿ok?

—¿Por qué?. Son tus amigos, más que tu familia.

—Sí y por eso prefiero no preocuparlos. Los dos vendrían a matarme y luego... en fin... no suelo contarles todo lo que me pasa.

—¿Te ha pasado esto alguna otra vez?

—No, desde hace muchos años.

—¿Seguro?

—Por preguntas como esa no suelo contar todo lo que me pasa.

—¿Qué?, ¿a qué te refieres?

—Cuando eres drogadicto, como lo fui yo hace una década, aprendes a mentir a todo el mundo y todo el mundo aprende a desconfiar de ti y, hagas lo que hagas después; te reformes, estés limpio y lleves una vida impoluta, siguen desconfiando y preguntándote si estás seguro de lo que cuentas. Es matemático y resulta agotador.

—Entiendo, lo siento... procuraré no volver a hacerlo.

—Gracias, Inés.

Le sostuvo la mirada con unas ganas locas de saltar la mesa y besarla, pero ella desvió la vista y no le quedó más remedio que seguir comiendo como un santo varón, porque no quería espantarla, ni romper el primer momento de intimidad que tenían desde que se conocían.

—Bueno, lo tuyo con Andrea también viene de muy lejos, ¿no?

—Sí, desde los ocho años, cuando mis padres decidieron dejar París, de dónde es mi padre, para instalarse en Madrid, de dónde es mi madre —lo miró y le sonrió— y me llevaron al cole del barrio. Era la nueva y aún hablaba español con algo de acento francés, así que estaba un poco asustada, pero Andy se me acercó en seguida, me cogió de la mano y me acompañó al recreo. Fue amor a primera vista. Todo el mundo dice que somos muy diferentes, pero lo cierto es que es más que mi hermana, nunca nos hemos alejado, ni siquiera cuando tu amiguito Andrew la secuestró y se la quedó en Escocia.

—No sé quién secuestró a quién.

—Eso es verdad.

Soltó una carcajada y Duncan siguió el gesto con mucha atención, porque no podía ser más preciosa. Carraspeó y se puso de pie para servir el postre. Sacó el helado del congelador y vio cómo ella recogía los platos y los metía en el lavavajillas.

—No hay prisa, luego los meto yo.

—No cuesta nada y así está todo ordenado —lo miró de reojo y movió la cabeza—. Lo siento, me encanta comer en la cocina, de verdad, pero mejor si está todo en su sitio o me pongo nerviosa. Soy un poco maniática.

—Eres perfecta.

—Ya, ya...

—¿No me crees?. Te lo juro por Dios, me gustas un montón y desde hoy mucho más.

—Ese helado tiene una pinta estupenda —cambió de tercio y él se quedó quieto.

—Lo digo en serio, me gustas mucho, Inés, creí que lo tenías bastante claro.

—Tú también me gustas.

—No te creo.

—¿Por qué no?, si no me gustaras yo no...

—Me tratas un poco mal en público, de cada diez llamadas me coges una...

—la interrumpió y ella se cruzó de brazos—. Y suelo ser yo el que persigue, porque tú me lo sueles poner bastante difícil, así que...

—Me gustas mucho, la cuestión es que no me gusta que me gustes.

—¿Perdona? —se echó a reír y ella sonrió.

—Es cierto, soy sincera.

—Y ¿por qué?

—Porque somos amigos, compartimos amigos, tenemos una relación casi familiar, y no me parece buena idea poner en riesgo esa amistad por una atracción física que podemos tener con cualquiera.

—La atracción que siento por ti no la siento por cualquiera.

—No es verdad, seguro que... es igual. ¿Me sirves un poco de helado?

—No, vamos a hablar.

—Duncan, tienes diez años más que yo, eres un tío famoso, rico y rodeado de oportunidades. No tenemos nada que ver, nada en común salvo Andrew, Andrea y James, por eso no me gusta que me atraigas tanto y seguramente por eso soy una borde contigo.

—¿Te atraigo tanto?, porque tú a mí me vuelves loco.

—Y esa es otra buena razón, siempre te tomas todo a cachondeo y yo tengo sentido del humor, pero no tanto.

—Estoy hablando en serio. ¿Cómo es posible que aún no me conozcas?

—Nunca sé cuándo bromeas o cuándo hablas en serio, así que por defecto doy por hecho que me tomas el pelo continuamente.

—Ok, desde hoy trataré de ser más preciso con mis palabras y mis actos.

—Perfecto, muchas gracias. No obstante, creo que deberíamos mantener las distancias por nuestro bien y por nuestra amistad, para llevarnos mejor, por Andy y por Andrea, y por todo lo demás.

—De acuerdo.

La miró de reojo y se dedicó a servir los cuencos de helado sabiendo, fehacientemente, que hablaba con la boca pequeña, porque estaba claro que lo deseaba tanto como él a ella, y que tanta palabrería solo era un escudo de protección inútil, un poco infantil e ingenuo, y esa certeza lo hizo sonreír.

—¿De verdad estás de acuerdo? —preguntó buscando sus ojos y él dejó la cuchara y la miró de frente.

—Ni de coña...

Dio un paso y la agarró por la nuca, bajó la cabeza y le plantó un beso de lleno, con la boca abierta. Ella se puso un segundo, tensa, pero respondió al beso dejando que la empujara contra la encimera y le abriera el albornoz sin mucha delicadeza.

En un segundo estaba entre sus muslos, esos muslos perfectos y sedosos que lo sujetaban siempre con tanta propiedad. Deslizó la lengua hasta su cuello y luego hacia sus pechos mientras ella le acariciaba el pelo y se le pegaba al cuerpo. Le succionó un pezón, que se endureció contra su lengua, y percibió perfectamente cómo se humedecía entera, así que la sujetó por el trasero, se abrió los pantalones y la penetró mirándola a los ojos.

—Eres preciosa.

—No se puede tratar contigo, Duncan.

—¿Ah no?, yo diría que se te da muy bien tratar conmigo, señorita Allard.

Sonrió y se le aferró cuello, así que giró con ella a pulso y se la llevó hasta la escalera, donde se detuvo varias veces para besarla y empujarla contra la pared. Luego la metió al dormitorio y la tiró encima de la cama desnudándose, sin poder de dejar de admirar lo guapa y sexy que era.

Se sentó en la cama y ella lo empujó sobre el edredón y se le puso encima, se le montó como una amazona salvaje y él se dejó hacer,

acariciándole esos pechos firmes y abundantes sin perder de vista sus ojos y esa boca suya tan carnosa, y tan deliciosa pensando, sin querer, en que ese viaje sí que era increíble y el mejor que había tenido en muchísimo tiempo.

8

—¿Cómo va eso?

—Genial, ya tengo casi todo montado —abrió la nevera y sacó una lata de cerveza mirando por la ventana el patio interior del edificio.

—Andrew se ha ofrecido a quedarse aquí con Jamie, hemos dejado la lactancia materna, así que estoy libre para bajar a Madrid un par de días y echarte una mano.

—¿Por qué has dejado la lactancia materna?

—Tiene diez meses, puede prescindir del pecho y yo tengo una anemia galopante que me está matando. La ginecóloga me sugirió que nos pasáramos a la leche maternizada y aquí, de vacaciones, lo hemos logrado con éxito, así que, aunque me da un poco de pena no darle el pecho, él está bien y yo tengo movilidad para ir a verte, ¿quieres? Mis padres y mis suegros también están aquí, ayudarán a Andy, aunque él se maneja casi mejor que yo con el niño.

—Hace un calor horroroso, Andrea, es mejor que te quedes en San Sebastián tranquila y cuidando de tu embarazo. Yo estoy bien y no necesito ayuda, ya me han ayudado bastante con lo más pesado.

Salió de la cocina y miró a Duncan Harris, que estaba sin camisa y con un pantalón de deporte, terminando de montar la librería enorme que había comprado para cubrir toda la pared del salón. Admiró de arriba abajo lo bueno que estaba y sin querer suspiró, se acercó y le ofreció la lata de cerveza. Él se la cogió y bebió un trago largo antes de ponérsela en la frente.

—¿No te han instalado el aire acondicionado?

—Hace dos horas, pero con tanto polvo y ácaro suelto, tengo las ventanas abiertas y no lo he encendido y, te lo juro por Dios, Andy, hace un calor infernal en Madrid. Cada año es peor.

—Sí, horrible, aquí también hace mucho calor, pero al menos por la noche refresca un poco.

—Sí, esa suerte que tienes, así que, quédate allí y manda un beso a todo el mundo de mi parte. ¿Cuándo te vuelves a Edimburgo? —Duncan la miró para decirle algo, pero ella le hizo un gesto para que guardara silencio.

—El 8 de agosto, aún nos quedan ocho días. ¿Tú cuándo vuelves al trabajo?

—El miércoles 12, igual me da tiempo a ir a verte a Donostia o luego me paso un finde por Edimburgo.

—Eso espero, en fin, te dejo, James va a comer y tiene revolucionadas a las abuelas. Voy a poner un poco de orden. Un beso.

—Chao —le colgó y miró a Duncan con cara de pregunta— ¿Qué pasa?

—Sobran veinte centímetros de estantería, ¿no mediste la pared antes de encargarnos?

—No... vaya... —se acercó para mirar el panorama y se encogió de hombros—. No las encargué a medida, son de Ikea y, bueno, podemos prescindir del último panel y dejar ese hueco en la pared. Ya lo llenaré con fotos o algo.

—Tú mandas —se tomó la cerveza de un trago y luego la miró a los ojos—. Y no pretenderás ocultarle por mucho tiempo a los Andys que estoy aquí contigo, porque se enterarán de todas maneras.

—Mientras tú no se lo cuentes a tu Andy, yo no se lo diré a la mía y todos en paz.

—Es absurdo —volvió a coger sus herramientas eléctricas y ella se sujetó mejor la coleta para ayudarle a acabar el trabajo—. Somos amigos y he venido a ayudarte con tus muebles, no es ningún pecado mortal.

—No, pero no quiero que especulen sobre nuestra “amistad”

—No quieres que sepan que te acuestas conmigo, ya lo sé, pero sigo sin entender por qué. Peor será cuando se enteren y entonces le tengas que explicar a tu amiga del alma que llevas unos tres años aprovechándote de mí a escondidas.

—¿Aprovechándome de ti a escondidas? —sonrió, moviendo la cabeza, y se concentró en sujetar las baldas que le faltaban—. ¿Tienes mucho calor? En

cuanto acabemos pongo el aire acondicionado.

—Esto es horrible, pero me mola el calor.

Le guiñó un ojo e Inés sintió perfectamente como el corazón le daba un vuelco.

Llevaban dos días en Madrid montando muebles y disfrutando de un tiempo genial juntos, y estaba resultando muy, muy agradable. En Londres, después de su incidente con el peyote, había pasado una noche entera en su casa haciendo el amor y charlando, y descubriendo que detrás de ese aire superficial y siempre risueño que tenía, Duncan John Harris, era un tipo sensible y lleno de sorpresas.

Habían hablado de todo y ella se había abierto con él, mucho más de lo que solía hacer con sus novietes o amigos especiales, y al final se había sentido tan a gusto a su lado y en su casa, que le había permitido volar con ella a España para que le ayudara con la mudanza, es decir, para que le ayudara a colocar muebles, retirar cajas y adecentar el piso que estaba quedando muy bonito, y muy acogedor.

Gracias a él, que de verdad era un campeón del bricolaje, tenía casi todo a punto en mucho menos tiempo del que esperaba, y encima lo había hecho muy a gusto y pasándoselo muy bien, porque él era un tío realmente simpático e inteligente, y tan guapo... y eso siempre alegraba el día a cualquiera.

Se apartó de la estantería y en lugar de mirar el resultado, fijó los ojos en ese metro noventa de hombre sano, fuerte y bien dotado, porque no lo podía negar, como al resto de sus amigos del alma, la naturaleza le había regalado un físico imponente, muy varonil, y muy llamativo y, aunque fuera vestido de mala manera y estuviera cubierto de polvo y sudor, de pronto le pareció el hombre más sexy y deseable del planeta.

—¿Qué?, ¿te gusta? —le preguntó sacándola de sus lujuriosas cavilaciones y ella asintió con una gran sonrisa.

—Me encanta, mil gracias. Jamás hubiese podido hacerlo sola.

—No es malo pedir ayuda de vez en cuando —volvió a guiñarle un ojo y se agachó para guardar sus herramientas—. Llevaba semanas diciéndote que podía venir a echarte un cable.

—Ya lo sé, pero tú tienes muchas cosas que hacer y...

—Tengo a mucha gente que hace cosas por mí, puedo ocuparme de asuntos personales de vez en cuando.

—Vale, muchísimas gracias. Ha quedado todo precioso y en un tiempo récord —giró mirando el salón y vio que su teléfono móvil vibraba sobre el sofá—. Te vuelven a llamar, Duncan. Pareces el presidente de gobierno, te llaman cada treinta segundos.

—Sí, es una pesadilla, pero esta vez es Ewan, así que voy a contestar —agarró el aparato y respondió a su amigo mientras ella le hacía gestos para que no dijera dónde estaba—. Hola, tío, ¿qué hay?... bien... aquí, haciendo un poco de bricolaje... para una amiga que necesitaba unos arreglitos... dime, ¿qué pasa?...

La miró muerto de la risa y ella decidió dejarlo solo y volver a la cocina para preparar algo de comer, de camino encendió el aire acondicionado nuevo, y antes de ponerse manos a la obra lo sintió detrás, agarrándola por la cintura.

—Madre mía, no se puede estar más buena... —se restregó contra ella y se inclinó para hablarle en el oído—. Tengo una propuesta para ti.

—No voy a echar un polvo en el ascensor, aunque a ti te dé mucho morbo.

—Vaya, qué pena, pero no se trata de eso. Mírame.

—¿Qué? —se giró, le clavó los ojos y él le miró la boca mordiéndose los labios.

—Si te tengo tan cerca no puedo concentrarme muy bien.

—Vale, pues voy a hacer una ensalada.

—No, espera —dio un paso atrás y se puso las manos en las caderas—. Una vez te oí decir que habías estudiado administración de empresas para ser capaz de gestionar y dirigir cualquier tipo de negocio, cualquier tipo de empresa, sociedad o compañía.

—Así es.

—Bueno, pues, Ewan y su equipo llevan casi año y medio implementando una fundación, mi fundación de ayuda a varias causas benéficas, y con la crisis de coronavirus, durante la cual participamos, y sigo participando a

través de muchas iniciativas sociales alrededor del mundo, todo se aceleró, y ahora acaba de decirme que ya estamos listos y que la presentaremos oficialmente en noviembre, en Edimburgo, por supuesto.

—Eso es estupendo, me alegro un montón...

—Espera —la interrumpió cruzándose de brazos—. Ewan, Andrew, yo y otras dos personas de confianza formaremos el patronato, la junta directiva, yo presidiré todo, pero necesitaré una directora ejecutiva y Ewan y yo hemos pensado en ti.

—¿En mí?

—Sí, para llevar todo el tinglado y ponerlo en marcha de forma concreta, es decir, para que lo dirijas y gestiones como estimes conveniente.

—¿En serio? —parpadeó, sintiéndose muy halagada, pero pensó en su jefe y en su trabajo, y negó con la cabeza—. Mi especialidad es la gestión de empresa hotelera y mi trabajo... pues... ya tengo una gran responsabilidad y no puedo dejarlo todo de repente. Me encantaría, pero...

—Puedes llevarlo todo desde Edimburgo o desde dónde tú quieras, porque gracias a la tecnología podrás tener tu despacho donde más te apetezca y...

—levantó una mano—. Estoy dispuesto a pagarte un sueldo obsceno, contamos con fondos y Ewan dice que vales lo que nos pidas.

—Madre mía...

—Además, podrás seguir tirándote a tu jefe —ella lo miró ceñuda y luego se echó a reír—. Venga, no me digas que no a la primera, piénsatelo y luego me respondes. Y hazme una propuesta de sueldo ambiciosa, no me asustaré con ninguna cifra.

—Si manejas así tus negocios, estamos perdidos.

—Mi dinero lo maneja Ewan, no te preocupes por mí. ¿Eh?, ¿Inés?

—Es una oferta muy tentadora y me siento muy halagada, en serio. Creo que me apetecería mucho enfrentarme a un reto así, sin embargo...

—Schhh... no digas nada ahora, consúltalo con la almohada.

—Ok.

—Perfecto... —se le acercó y la agarró por las caderas mirándole la boca—. ¿Nos duchamos o echamos un polvo así de sucios y sudados?... de hecho, ¿por qué has encendido el aire acondicionado justo ahora? No hay nada más saludable que hacer el amor a cuarenta grados de calor, es como hacer Bikram Yoga, pero desnudos.

—Bikram Yoga —movió la cabeza—. Muy bonito.

—Y caliente...

Retrocedió sin dejar de mirarla a los ojos y ella sintió como le subía la fiebre por todo el cuerpo. Observó cómo apagaba el aire acondicionado y cómo regresaba con una sonrisa para agarrarla y quitarle la camiseta. Suspiró sintiendo su lengua por encima del sujetador y enredó los dedos en su pelo ondulado mojando las braguitas, porque en media milésima de segundo ya estaba muy excitada.

Él le quitó el sujetador con los dientes, bajó su mano por dentro del pantaloncillo de deporte y se lo arrancó de un tirón haciéndola gemir. Le atrapó los pechos con la boca abierta, cada vez con más energía, y la levantó con las dos manos para acomodarla contra la encimera. Se sacó su propio pantalón y la penetró haciendo que arqueara la espalda, buscando su cara para lamerle los labios y morderle la lengua con mucha ansiedad.

En un minuto habían tirado todo lo que había encima de la mesa de la cocina y él siguió moviéndose dentro de ella con los ojos cerrados y sin decir nada, empapándola con su sudor salado y delicioso. Ese sudor que lamió como si se tratara del mayor manjar del universo.

9

—Hola, Duncan, ¿qué hay?, ¿dónde estás?

—En casa, en Edimburgo, es el cumpleaños de mi ahijado y... ¿pasa algo, Tom?

Se detuvo en la entrada de la casa de Andrew para prestar atención a su abogado americano y miró la hora: las tres menos cuarto, las diez menos cuarto en Nueva York. Respiró hondo y se pasó la mano por el pelo.

—Brittany Strong ha dado a luz ayer, se le adelantó el parto. Ha tenido un bebé sietemesino, pero está bien y la madre también.

—Ok... —dio un paso atrás sin saber muy bien cómo tomarse la noticia y Tom respiró hondo.

—Hace dos horas un notario y uno de mis pasantes se presentaron en el hospital con una orden judicial para realizar las pruebas de paternidad y ella en un principio se opuso, pero finalmente no pudo negarse a la orden de un juez, así que en este momento tenemos las pruebas en el juzgado y en dos laboratorios privados.

—¿Y eso qué significa?, ¿cuánto tardarán?

—Las del juzgado un poco más, pero las nuestras una hora como mucho. Te mantendré al tanto, pensaba llamarte ya con un resultado concreto, pero es que ha pasado algo inaudito.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Me ha llamado su abogada para llegar a un acuerdo. Se compromete a retirar la demanda de paternidad, si nosotros nos comprometemos a no hacer públicos los resultados del ADN.

—Ni de coña, ella nos ha llevado hasta aquí mintiendo y saliendo en todos los medios de comunicación, ganando pasta a mi costa, poniéndome a parir y atentando contra mi honor, así que no me comprometo a nada.

—Por supuesto, ya se lo he dejado claro, eso y que seguiremos adelante con nuestras demandas contra ella.

—Genial. Ya me avisarás, pero hazlo por escrito, por favor, estaré en una reunión familiar y no quiero...

—Espera...

Se quedó en silencio oyendo cómo Tom hablaba con alguien, observó a su alrededor y luego levantó los ojos para mirar la puerta de la casa de los Andys, dónde un enorme número uno azul y rodeado de globos, daba la bienvenida a la primera fiesta de cumpleaños de Jamie. Era muy bonito y sin querer sonrió.

—Buenas noticias, amigo. Las dos pruebas dan negativo al 99%, un negativo rotundo e inapelable —le soltó Tom de repente y él sintió perfectamente cómo se le relajaban los hombros.

—Joder, es un alivio.

—Lo sé. Tranquilo y disfruta del cumpleaños de tu ahijado. Nos pondremos con el papeleo y avisaremos a la otra parte del resultado. ¿Quieres que elaboremos un comunicado oficial?

—Sí, pero mañana y que se ocupe mi publicista, le diré que te llame, ¿ok?

—Muy bien, seguimos en contacto.

—Muchas gracias, Tom. Adiós.

Tocó el timbre de la casa y Rose, la madre de Andrew, le abrió y lo agarró por el cuello para darle un abrazo. Él se dejó querer, dejó los regalos en una mesa del *hall* y entró en el salón dónde ya estaba casi todo el mundo charlando y picando las delicias, españolas y nacionales, que había encima de la mesa al estilo bufé.

Agarró un poco de jamón serrano, sin querer pensar demasiado en la noticia que acaban de darle y que era un alivio, pero que le causaba cierta desazón, porque imaginarse a alguien tomando muestras de saliva y de sangre de un recién nacido inocente le daba mucho palo, y de pronto se sintió culpable, muy culpable, pero ya no podía hacer nada, porque había sido la madre la que había querido que llegaran hasta ese punto y ya era tarde para lamentaciones.

—Hola, Duncan, qué guapo estás. ¿Qué tal en Australia? —sintió la mano de Andrea en la espalda y se giró para mirarla de arriba abajo.

—Tú sí que estás radiante, princesa, ¿qué tal? —le dio un abrazo y levantó los ojos para buscar al cumpleañosero— ¿Mi ahijado?

—Si no lo han engullido a besos, estará en el patio tomando un poco de sol. Hace un día genial. ¿Estás bien?

—Sí, ¿qué tal el bebé? —le señaló la tripa y ella se la acarició—. Se mueve mucho, igual que James, y me tiene un poco molida, pero todo bien, gracias a Dios. Venga, vamos a la cocina y así saludas a mis padres. Ha venido todo el mundo de Madrid.

—Tú mandas.

La siguió, saludando a los invitados, y se acordó de Inés, a la que no veía desde primeros de agosto, y con la que había disfrutado de una pasada de días en Madrid.

Esa chica era una diosa en la cama, y en todas partes, y se había pasado dos semanas en Australia pensando en ella como un adolescente, así que estaba deseando verla esa tarde en Edimburgo. Aunque le había dicho por teléfono que no estaba nada segura de poder llegar a la fiesta, porque tenía un montón de compromisos profesionales, él esperaba que sí llegara y que sí quisiera quedarse en su casa, para pasar desnudos el resto del fin de semana.

—Tío, estás muy guapo —le soltó Alejandra, la hermana de Andrea, y él sonrió.

—Seguro que es el moreno australiano. Me he pasado dos semanas trabajando en Sídney y hemos podido hacer surf y estar en la playa. Una gozada.

—Qué envidia. Nosotros nos vamos ahora unos días a Menorca.

—Me encanta Menorca. ¡Hola, chavalín!

De repente vio entrar al abuelo paterno con Jamie y se les acercó con los brazos abiertos, agarró al pequeñajo y se lo comió a besos haciéndolo reír a carcajadas. Lo levantó por encima de su cabeza y lo hizo girar mientras él gritaba de felicidad.

—Estás muy mayor, James, tu papá dice que ya andas un montón, ¿quieres andar conmigo?

—¡Sí!

—Muy bien, vamos a pasear un poco —lo puso en el suelo y él le dio su manita. Lo sujetó bien y se fueron caminando hacia el salón despacio, hasta que se toparon con unas piernas espectaculares enfundadas en unas botas de cuero chulísimas—. Vaya, por Dios, mira quién está aquí.

—Hola, mi amor —exclamó Inés en español, agachándose para coger a Jamie en brazos— ¿No le das un abracito a la tía Inés? Hola, Duncan.

—Acabas de ponerme cachondo.

—Schhh —le ordenó frunciendo el ceño y él sonrió—. ¿Te gusta tu cumple, Jamie? Hay muchos globos. ¿Dónde está mamá?

—Aquí estoy, menos mal que has llegado —Andrea apareció por su espalda y le dio un abrazo—. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien, todo bien, pero tengo mucha hambre de bebés preciosos, así que me voy a comer a este.

—¡No! —dijo Jamie rotundo y ella lo apretujó dándole un montón de besos. Duncan dio un paso atrás sin hablar, sonriendo como un bobo, y de repente se encontró con los ojazos oscuros de Andrea mirándolo con atención.

—¿Dónde está el padre de la criatura? —preguntó con cara de inocente y miró a su alrededor—. Necesito una cerveza.

—Está en el jardín y ahí tienes un barril de *Single Malt*, también están Ewan y mi hermano.

—Genial, Andy, ahora os veo.

Le sonrió y se apartó de ellas, que se pusieron a hablar en español, para salir al jardín trasero de la casa donde estaban sus amigos y un par de niños que no conocía. Había dos matrimonios que tampoco conocía, sentados en el cenador, y los saludó con una venia antes de abrazar a Andrew, a Ewan y a Iñaki, el hermano de Andrea, que llevaba de la mano a una morenita muy guapa.

—¿Cuándo has llegado, tío?

—A Londres ayer, a Edimburgo esta mañana y aquí hace quince minutos. ¿Me pones una cerveza?

—Soy muy fan tuya —susurró de repente la novia de Iñaki con un acento pésimo y él la miró de reojo—. ¿Nos podemos hacer una foto?

—Ahora no, Elena, estamos en familia, por favor —se apresuró a intervenir Iñaki un poco cabreado y él miró con atención a la chica, que lo observaba coqueteando descaradamente.

—Estoy fuera de servicio. Luego, tal vez, Elena.

—Déjalo, tío. Mira que se lo advertí —protestó Iñaki y se disculpó para llevarse a su novia dentro de la casa

—Lleva dos días preguntando por ti, macho, el pobre Iñaki está que trina —susurró Andrew mirando por encima de sus cabezas—. Joder... ¡James!, ¿qué pasa, cariño? No llores, ven con papá.

—¿Qué pasa?

Se giró para ver cómo Jamie empezaba a hacer pucheros en brazos de alguien, y cómo Andrew se le acercaba de dos zancadas, y detrás de ellos divisó a Inés, que estaba en el salón saludando a la gente. Hizo amago de ir a buscarla, pero Ewan lo detuvo por el brazo.

—Le he dado a Inés hasta el 20 de septiembre para darnos una respuesta con respecto a la fundación. Si dice que no, tengo dos candidatos... ¿Duncan?

—Lo que quieras.

—Vale, pues me temo que nos dirá que no, así que...

—¿Cómo que nos dirá que no?

—Han pasado casi tres semanas desde que se lo propusiste y no ha dicho nada. Sinceramente, creo que no le interesa en absoluto.

—Ya veremos, volveré a hablar con ella.

—Mejor déjalo correr, Andrea dice que lo peor que podemos hacer es meterle presión.

—Lo sé, pero esto es importante y... espera un momento.

Dejó a Ewan con la palabra en la boca y entró en la casa al ver que Inés se giraba hacia la cocina sola. Llegó al salón y vio que no iba hacia la cocina, donde estaba la mayor parte de la familia, sino que subía las escaleras a buen ritmo. Perfecto.

La siguió decidido y la vio entrar en un cuarto de baño de la segunda planta, se apoyó en la pared del pasillo y esperó con calma a que saliera secándose las manos con una toalla de papel.

—¡Joder! Qué susto —soltó en español antes de sonreírle— ¿Me estás acosando?

—Sí. Ven... —la metió en una habitación pequeña donde estaban los abrigo y los bolsos de los invitados, y entornó la puerta—. Tengo que contarte algo.

—¿Qué?

—Me acaban de llamar de Nueva York, se han hecho las pruebas de paternidad y han salido negativas.

—¿En serio?, ¿son totalmente concluyentes?

—Al 99% —estiró las manos y la sujetó por las caderas—. Aún no se lo he dicho a nadie, pero mañana lo haremos oficial.

—Vaya, me alegro mucho por ti.

—Bueno, un problema menos. Nunca tuve dudas, pero... en fin... ¿cómo estás? —miró de arriba abajo su vestido corto y negro, sus medias y sus botas, y suspiró.

—Bien, mucho trabajo, como siempre. Aún no he podido hablar seriamente con Hugo, mi jefe, sobre la oferta que me habéis hecho, pero antes del 20 de este mes os daré una respuesta. Se lo he prometido a Ewan.

—Tómame el tiempo que necesites.

—No, porque necesitáis a alguien al frente del barco lo antes posible.

—Eso es verdad. ¿Te vienes a dormir a mi casa?

—No creo, Andrea me mata si no me quedo aquí...

—Aquí hay *overbooking*, no te echarán de menos, sin embargo, yo sí —se la pegó al cuerpo y ella le acarició el pecho con las dos manos.

—Eres como un niño pequeño.

—Solo soy sincero, me muero por... —Inés se puso de puntillas y le dio un beso en los labios, uno inocente que lo pilló un poco fuera de juego, pero reaccionó rápido y la sujetó por el trasero y por la nuca para besarla con ganas, porque encima olía de maravilla.

—El 12 de septiembre nos veremos en Santorini, solo faltan ocho días, y he reservado una suite súper discreta para que alojemos juntos. ¿Tendrás dos o tres días libres después de la fiesta de Ewan?

—No lo sé, pero me los fabrico, anularé lo que haga falta.

—Vale...

Sonrió con los ojos brillantes y él la abrazó muy fuerte contra su pecho, con los ojos cerrados y sintiéndose en la gloria, antes de volver a buscar su boca para besarla mucho rato, deleitándose en su sabor y en su saliva, mordiéndole esos labios tan sexys que tenía, y compartiendo su aliento tibio hasta que un ruido en el pasillo los paralizó y provocó que Inés se apartara de él de un salto.

—¡Madre mía, qué susto! ¿qué hacéis vosotros dos aquí? —preguntó Andrea entrando en la habitación para dejar un par de chaquetas encima de la cama e Inés respondió antes de que él pudiera reaccionar.

—Estábamos hablando sobre la fiesta sorpresa de Ewan.

—¿No te han dicho que ya no es sorpresa?. Andrew tuvo que decirle la verdad ante su reiterada negativa de volar a Grecia ese fin de semana.

—Vaya, pues no... —miró a Duncan con los ojos muy abiertos y él continuó en silencio con las manos en las caderas, sin entender muy bien por qué estaba mintiendo, y por qué él dejaba que lo hiciera.

—Sí, y mejor así, porque dice que odia las fiestas sorpresas, que le parecen una cutrez, así que le hemos ahorrado un disgusto —contestó Andrea mirándolo con los ojos entornados— ¿Estás bien, Duncan?

—Tiene un poco de *Jetlag* —intervino Inés—. Y no me extraña si acaba de llegar de Australia. ¿Te ayudo en algo?

—No, pero bajad si queréis, ahora sacaremos la tarta.

—Claro, vamos...

Salió al pasillo y se giró para mirarlo con cara de disculpa, él siguió en silencio unos minutos más y finalmente las siguió escaleras abajo, sin entender nada de lo que estaba pasando.

10

Entró en la maravillosa terraza del hotel de Santorini donde tenían preparada las mesas para la fiesta de Ewan MacIntyre, y suspiró satisfecha, porque estaba preciosa. Miró de reojo a las chicas de eventos que habían seguido sus instrucciones al detalle y les sonrió.

—Precioso, chicas, muchas gracias.

—¿De verdad te gusta?

—Está todo perfecto.

—Bueno, cuando no hay restricciones con el presupuesto se pueden hacer maravillas —opinó Mariah, la gerente, y ella asintió.

—Eso es verdad, pero, de todas maneras, mil gracias. ¿Está todo el mundo en sus habitaciones?

—Sí, casi todo el mundo, solo falta el señor Duncan Harris, pero está aterrizando en este momento en Thira. Le hemos mandado un coche.

—Vale, perfecto. Voy a subir a ver qué tal todo por ahí arriba. Nos vemos en una hora.

Se despidió de sus compañeras y se fue al ascensor para subir a la planta que había reservado para los invitados, entre ellos Andrea con Andrew, su bebé y sus suegros, que habían llegado la víspera en el mismo avión de Ewan.

Se miró de reojo en el espejo del ascensor y se dio el visto bueno, porque su madre le había dejado un vestido vintage de seda muy bonito y le sentaba muy bien, no podía negarlo. Se acercó para mirarse el escaso maquillaje que se había puesto y pensó, otra vez, en Duncan, que le había contado que odiaba a las mujeres que se maquillaban incluso para ir a la playa.

Movió la cabeza para intentar quitárselo de encima, pero no pudo, porque llevaba mucho tiempo pensando continuamente en él, en concreto desde finales de julio, cuando habían pasado por el triste episodio del peyote. Episodio que había desembocado en algo bastante mejor: dos días muy buenos en Londres, y casi cuatro días inolvidables en Madrid.

Desde ese punto de inflexión su amistad con derecho a roce se había intensificado muchísimo, ella había bajado bastante la guardia y mantenían contacto continuo. Hablaban casi a diario, se habían hecho amigos de verdad, lo estaba conociendo de verdad y le encantada. Era un tío estupendo, divertido, inteligente y muy talentoso, y adoraba llevárselo a la cama, porque era incansable, intenso y muy apasionado, un poco salvaje, los dos lo eran, y aquello no tenía precio.

Compartían, además, el mismo sentido el humor y la hacía reír a carcajadas, y la escuchaba, se interesaba por ella, y desde hacía unos días, desde que habían pasado un fin de semana muy caliente, y muy feliz en Edimburgo, no dejaba de preguntarse si lo suyo no se habría convertido ya, oficialmente, en una relación sentimental.

No sabía lo que estaba pasando, pero se sentía muy bien, estaba feliz, no había salido ni a tomar un café con otro tío, solo pensaba en Duncan Harris, solo le apetecía estar con él, y estaba deseando poder contárselo a alguien, sobre todo a Andrea, a la que le seguía ocultando lo que estaba viviendo más por precaución que por otra cosa.

En Escocia, el fin de semana del cumpleaños de Jamie, se había escaqueado y había conseguido dormir con Duncan las dos noches que se había quedado en Edimburgo, porque su casa estaba llena con la familia, así que la cosa había resultado normal, pero empezaba a sentirse fatal porque no sabía cómo se iba a tomar ella que llevara tanto tiempo, más de tres años, ocultándole que se acostaba de vez en cuando con el mejor amigo de su marido.

En general, Andy era bastante pacífica y comprensiva, pero a veces se cerraba en banda, y no quería pelearse con ella, así que, tarde o temprano tendría que sincerarse y hablar. Alargar el secreto solo lo empeoraba y encima, si todo iba bien y se hacía cargo de la fundación de

Duncan, acabaría viviendo en Edimburgo, y entonces sería casi imposible ocultar lo evidente.

—Hola... —contestó al móvil con una sonrisa al ver que se trataba de él y se detuvo a un metro de la suite de los McAllen—. ¿Ya estás aquí?

—Sí, ¿tú dónde estás?

—Con Andrea, voy a...

—Deja a los Andys y vente conmigo, me he puesto un kilt.

—¿Ah sí?

Se echó a reír a carcajadas, porque desde que le había dicho que le ponían mucho las faldas escocesas había actuado en dos conciertos con su kilt para dedicárselo a ella, y movió la cabeza decidiendo si dejar todo tirado y volar corriendo a la suite presidencial o portarse como una persona adulta y posponer los juegos para más tarde.

—Ya estoy aquí con ellos y, además, tengo trabajo pendiente, luego te veo y te quito tu kilt a mordiscos.

—No me lo voy a poner para la fiesta, nena, no soy tan paleta.

—¿Paleta?, es muy sexy.

—Bodas o ceremonias oficiales, para mis conciertos, pero no para una fiesta de cumpleaños en Grecia.

—Bueno...

—No importa, me voy a dar un baño y te veo abajo, por cierto, me encanta la suite. Muchas gracias.

—De nada. Hasta dentro de una hora.

—Ok.

Le colgó con mariposas en el estómago, tocó la puerta de la habitación de Andrea, ella le gritó que entrara, pasó y se la encontró de espaldas frente a un espejo de cuerpo entero, luciendo un vestido de punto fino precioso, con toda la espalda al aire, y el pelo oscuro suelto hasta la cintura.

—Vaya, tía, estás espectacular, nadie diría que vas camino de los siete meses de embarazo.

—¿Ah no? —se giró hacia ella con cara de angustia y tocándose el vientre—. Pues yo me siento inmensa, no sé si es el calor que hace.

—Estás preciosa, por detrás sigues teniendo el mismo tipazo de siempre, es increíble ¡Hola, Jamie!, ¿cómo estás, mi amor? —se inclinó al ver al pequeño jugando en el suelo a unos pasos de su madre, y él la miró con sus ojazos azules muy abiertos— ¿Vienes con la tía Inés?

—No creo, está un poco mal genio, ya tiene sueño. En seguida se lo llevan los abuelitos a dormir.

—¿Y Andrew?

—En el cuarto de baño. ¿De verdad me queda bien este vestido o me pongo...?

—Estás radiante, tía, te lo digo en serio.

—Tú sí que estás radiante —la miró con atención y ella le sostuvo la mirada con ganas de contarle lo que le estaba pasando, pero Jamie gateó por la alfombra y se le agarró a las piernas llorando, con lo cual Andy dejó de prestarle atención de inmediato.

—Mamiiiiiiii...

—¿Qué pasa, cariño?, ¿tienes mucho sueño? —se agachó y lo cogió en brazos para mirarlo a los ojos.

—Sí.

—Vale, pero no llores, ahora te vas a la camita, ¿quieres?

—¿Qué pasa, James? —Andrew salió del cuarto de baño en medio de una nube de vapor, solo con los pantalones puestos, e Inés lo saludó con una venia—. Hola, Inés.

—Hola.

—¿Qué te pasa, hijo?, ven con papá. Ahora te llevo a ver a los abuelos para dormir con ellos, ¿sí? Dame un abrazo —se lo quitó a Andrea, la miró a los ojos y le pegó un beso en la boca—. Estás preciosa, amor, ¿te sientes bien?

—No sé, tengo mucho calor.

—Eso se puede arreglar —susurró Inés y se acercó al termostato del aire acondicionado—. ¿Lo tienes apagado?, por eso hace tanto calor. Enciéndelo

un rato hasta que te sientas mejor. Si no necesitáis nada más os dejo, tengo cosas que hacer. Luego os veo. Adiós, Jamie.

Salió de allí dejando a la familia feliz a solas y caminó por el pasillo como flotando en una nube, deseando que llegara la hora de mirar a la cara a Duncan Harris, ese guapísimo morenazo de ojos negros, agarrarlo por el cuello y besarlo hasta que no pudieran seguir respirando.

Le encantaba besarlo, porque lo hacía a las mil maravillas, y fantaseó con ese momento, al final de la noche, cuando al fin pudieran estar a solas, lejos de todo el mundo, solo ellos dos y sus ganas locas de hacer el amor hasta el amanecer.

—Nos hemos escapado demasiado pronto —entraron en la suite presidencial besándose como locos y al cerrar la puerta lo detuvo por el pecho y lo miró a los ojos—. Son solo las diez de la noche, Duncan.

—¿Y?, ¿qué más da?. A nadie le importa. Madre mía, ¿cómo se puede estar tan buena?

Deslizó los tirantes de su vestido con cuidado y se inclinó para besarle los hombros y el cuello. Inés suspiró acariciándole el pelo y cerró los ojos sintiendo como la desnudaba en un santiamén. Le agarró la cara y buscó su boca para besarlo despacito.

No quería correr, aunque llevaran dos horas mirándose y rozándose a la primera oportunidad en medio de todos sus amigos, no quería ir con prisas, sin embargo, su cuerpo no estaba por la labor, así que mandó al carajo sus buenas intenciones y lo tiró encima de la cama para sacarle esa camisa blanca de hilo tan bonita que llevaba y los vaqueros de un tirón.

—Esta noche estás especialmente guapo, ¿qué quieres?, ¿matarme?

—¿Y tú a mí? Llevo empalmado desde que te vi en la terraza, y encima no me dejas tocarte en público, así que...

—Schhhh —se le puso encima rozándole el pene, acariciandoselo con mucha calma, pero él de repente se sentó, la agarró por la cintura y la tendió sobre la cama.

—Hoy mando yo, ¿eh, nena? Que tenerme a dos velas y escondido de tus amistades lo pagarás muy caro.

—¿Ah sí?, qué miedo...

La penetró con una sonrisa y la besó como solo él sabía hacerlo, haciendo que se humedeciera entera, y se estremeciera, y lo buscara y le pidiera más y más, mientras él se movía con mucha energía dentro de su cuerpo.

Hicieron el amor mirándose a los ojos, y lo acarició y lamió, y disfrutó como una loca, y tuvo ganas de decirle que estaba empezando a sentir muchas cosas por él, pero no se atrevió, se contuvo y se limitó a pasarlo bien, y finalmente, cuando ya no pudieron retrasarlo más, llegaron a un clímax compartido que los dejó exhaustos y dormitando, ella abrazada a él, mientras él le acariciaba la espalda y le besaba el pelo.

—¡Joder, Duncan Harris! ¿qué coño haces en Santorini?

—¿Qué? —Inés saltó del susto y se sentó en la cama vislumbrando la figura de una mujer dentro de la habitación. El corazón se le subió a la garganta y se tapó con el edredón.

—¿Mimi?, ¿qué coño haces tú aquí?, ¿cómo has entrado? —preguntó Duncan muerto de la risa e Inés lo miró con cara de espanto.

—Todo es posible pagando a la persona adecuada, cariño —contestó ella encendiendo la luz y poniéndose las manos en las caderas—. Vaya, qué preciosidad. ¿Quién es?, ¿una *groupie*? —preguntó mirándola a ella con descaro y Duncan estiró la mano y le acarició la cabeza.

—No, es mi amiga Inés y estamos ocupados, como verás, así que, si no te importa, Mimi...

—Claro que me importa. Estaba en el hotel por casualidad, me comentaron que alojabas aquí y ya que te he encontrado, no pienso retirarme, cariño —respondió coqueta, sacándose los zapatos y la falda e Inés, por un segundo, pensó que se trataba de una broma, pero en seguida se dio cuenta de que esa mujer, que le sonaba un montón, no bromeaba y estaba decidida de verdad a meterse en su cama—. Podemos jugar los tres, no será la primera vez y ella es una monada.

—¿Duncan? —Lo miró con los ojos muy abiertos y él le sonrió conciliador.

—Es un buen plan, te encantará, confía en mí, Inés. Mimi es una vieja amiga y...

—¡¿Qué?! —agarró el edredón y saltó de la cama tapándose como pudo—
¿Tú estás loco?, ¿quién coño te crees que soy?

—¿Nunca has hecho un menaje a tres, cariño? —le preguntó la tal Mimi ya completamente desnuda y con un acento malísimo, y ella la miró con ganas de asesinarla.

—Se dice *ménage à trois* —corrigió indignada y se agachó para recoger su ropa—. Y no, muchas gracias.

—Vamos, nena, no seas así —soltó Duncan sin moverse de la cama y ella lo miró entornando los ojos—. No me puedo creer que no te apuntes, será divertido, Inés... ¡Inés!

Ya no oyó nada más, porque salió de la suite agarrando su mochila y sus zapatos, y porque lloraba como una estúpida magdalena.

Llegó al final del pasillo y se vistió como pudo, temblando entera y sintiéndose idiota, ridícula y gilipollas por haberse dejado llevar por ese tío que, siempre lo había sabido, no tenía nada que ver con ella.

Entró en el ascensor imaginándose lo que ya estaría haciendo Duncan con esa mujer que, estaba segura, era una actriz muy famosa, británica para más señas, y pulsó la planta de administración deseando, en el fondo de su alma, que él apareciera para detenerla, disculparse y abrazarla, pero no lo hizo, ni lo haría, estaba claro, así que lo único que le quedaba por hacer era salir huyendo de allí antes de que la viera alguien.

Entró en el área de empleados, se metió en un despacho y llamó al gerente del hotel para informarle que alguien de su equipo había aceptado un soborno y había dejado entrar a una persona sin autorización en la suite presidencial.

Estaba tan cabreada que lo pagó con sus compañeros, gritó y puso firme a todo el mundo y, cuando alguien le informó que el señor Harris andaba preguntando por ella en la terraza, miró la hora y comprobó que ya había pasado más de una hora desde el incidente, ordenó que le dijeran que

ella había abandonado las instalaciones y que, si necesitaba algo, acudiera a la directora de eventos.

Fin de la historia.

11

—¿Cómo que ha dicho que no?

Se apoyó en la encimera de la cocina y miró el patio de su casa de Edimburgo con una desazón enorme en el centro del pecho. Tomó un sorbo de café y esperó a que Ewan, que lo estaba llamado desde Londres muy temprano, acabara de contarle lo que había pasado con Inés Allard.

—Me lo dijo antes de ayer después de la fiesta, le pedí que lo habláramos con calma pasado el fin de semana, y ahora acaba de llamarme desde Madrid para ratificar su negativa. No quiere o no puede hacerse cargo de la fundación, así que, a otra cosa, mariposa. He pensado en Julie McCameron, es una antigua compañera del Edinburgh Business School, lleva un montón de años trabajando en logística y captación de recursos... ¿Duncan?, ¿me estás escuchando?

—No puede negarse ahora, creí que ya estaba todo solucionado, si incluso me había dicho que le apetecía instalarse en Edimburgo para estar cerca de Andrea y los niños.

—La gente cambia de opinión, a lo mejor su jefe le hizo una contraoferta que no pudo rechazar. Eso ya no es asunto nuestro, lo que sí es asunto nuestro es nombrar a un gestor de inmediato y Julie me parece la mejor opción después de Inés. ¿Qué opinas?

—Lo que tú digas.

—No estás mostrando mucho interés en algo tan serio, tío.

—Tengo interés, es que acabo de quedarme perplejo. Sinceramente, pensé que Inés era una tía de palabra y, por lo que a mí respecta, iba a aceptar la oferta y estaba decidida a meterle mano al proyecto de inmediato. Si estuvimos visitando las oficinas de Victoria Street hace dos semanas y parecía muy ilusionada.

—No lo sé, si quieres habla con ella, yo no voy a insistir más.

—Dame veinticuatro horas, trataré de ver que ha pasado y si no tiene solución, o no quiere dar su brazo a torcer, contrata a Julie McCameron, ¿ok?

—¿Pasa algo con Inés que yo no sepa?

—Es una larga historia.

—¿Qué clase de historia?

—Nos enrollamos y...

—Ok, suficiente. No voy a contratarla, aunque la convenzas de que se venga con nosotros, así que dejémoslo correr.

—¿Perdona?

—Aprecio un montón a Inés, me parece una tía cojonuda, lista y brillante, para mí es familia, creía que para ti también, pero si has pasado la barrera de la amistad para llevártela a la cama, esto acaba de cambiar de cariz y prefiero no mezclar negocios con placer.

—Es mi puta fundación —se enderezó, empezando a cabrearse por el tono condescendiente, pero Ewan, que era más duro que una piedra, se mantuvo impertérrito.

—Será tu puta fundación, Duncan, pero la ha creado mi equipo, así que las decisiones prácticas las tomó yo, y si no estás de acuerdo, perfecto. Nosotros nos retiramos y haz lo que quieras con ella.

—Independientemente de lo que haya pasado con Inés, sigo creyendo que es la persona más idónea para el puesto.

—Y yo, pero visto lo visto, ahora tengo clarísimo porqué se ha echado atrás... ¿Qué coño le has hecho? —soltó muy serio y él se quedó en silencio—. Es obvio que algo ha pasado entre vosotros, en estas últimas setenta y dos horas, que la ha hecho rechazar sin explicaciones y de forma tan tajante un proyecto en que un principio la tenía tan ilusionada.

—Sería muy decepcionante que un tema personal la hiciera cambiar de opinión.

—Es que la gente es así, hermano, las personas mezclan las cosas y al final estallan cuándo menos te las esperas. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, tampoco es que seamos novios, solo nos vemos de vez en cuando y... —pensó en Mimi Craig y su gloriosa aparición en Santorini, y se pasó la mano por la cara—. Coincidimos con una amiga mía en Grecia y al parecer le sentó un poco mal.

—¿Con Mimi Craig?

—Sí, pero, no veo el drama. Ella es la primera que pone barreras, oculta lo nuestro y no quiere ceder ni un centímetro de su intimidad con nadie, menos conmigo, así que no entiendo qué problema puede tener.

—¿Cuánto tiempo hace que os veis?

—Al menos tres años, aunque estos últimos meses con más regularidad.

—¡¿Qué?!, ¡¿tres años?!

—Sí, macho, y espero que no se lo digas a nadie o me mata, ¿de acuerdo?

—Tendrías que habérmelo advertido, si lo hubiese sabido jamás...

—Es igual, seguro que no cambiará de opinión y no tendrás que verme mezclar negocios con placer.

—Joder, Duncan...

—Vale, dame tu palabra de honor de que no soltarás prenda, menos a los Andys, porque Andrea no sabe nada y no seremos ni tú ni yo los que... ¿Ewan?

—Ok.

—Ok, voy a dejarte, me recogen en una hora para llevarme al aeropuerto.

—¿Dónde vas?

—Los Ángeles y Nueva York.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Lo vas a preguntar con o sin mi consentimiento, así que dispara.

—¿Te gusta de verdad Inés o solo es un rollo sexual?

—Es un rollo sexual con algunas implicaciones muy agradables.

—¿Cuáles?

—Es mi amiga, confío en ella, es divertida y cariñosa, no sé, me siento muy cómodo a su lado, y está buenísima, así que lo pasamos muy bien

juntos. Eso es todo y no voy a decir nada más, porque tampoco hay nada más que decir.

—Lástima que sea como una hermana para Andrea.

—Qué tendrá eso que ver.

—Si no eres capaz de verlo, piensa un poco. Te dejo, tengo una reunión en diez minutos. Adiós.

Le colgó y él se quedó pensativo unos treinta segundos, pero al final reaccionó, giró hacia el pasillo y subió las escaleras hacia su cuarto para acabar de vestirse y bajar la maleta.

Por supuesto, sabía que liarse con alguien cercano siempre acarrea problemas, porque emponzoñaba relaciones de años, y que haberse acostado con la mejor amiga de Andy, que era como una hermana, había sido un poco arriesgado, pero eran adultos, independientes y libres, y consideraba que Inés tenía suficiente criterio y cabeza como para poder confiar en ella, porque, ante todo, era una tía lista y madura. Una que sabía exactamente lo que quería y cómo lo quería, y esa era una base estupenda para divertirse y disfrutar juntos sin mayores consecuencias.

¿O no?, consideró de repente bajando al jardín para jugar un rato con Luke.

Desde luego, lo había dejado sin habla cuando se había molestado tanto con la presencia de Mimi en la suite y su propuesta de montar un trío. Estaban en Santorini, en un hotel cojonudo y eran liberales, por el amor de Dios, ¿por qué no divertirse un poco más? No lo había sabido gestionar y al final se había largado indignada y ofendida, y no había vuelto a saber nada de ella. Una lástima, porque le gustaba un montón y si esa noche, en lugar de salir huyendo despavorida, hubiesen hablado como personas normales, seguro que habrían acabado entendiéndose, mandando a Mimi de paseo y continuando con su fin de semana especial en Grecia.

Sin embargo, había desatado un pequeño drama y lo había dejado tirado sin explicaciones. Ya habían pasado tres días de aquello y seguía sin coger el teléfono, seguía comportándose como una novia insufrible y por ahí sí que no estaba dispuesto a pasar, menos aun sabiendo que acababa de mandar todo a la mierda rechazando la oferta de trabajo de su fundación, y

a través de Ewan, ni siquiera a través de él, que era quién le había hecho la propuesta.

Eso ya colmaba bastante el vaso, y él no solía tener ni pizca de paciencia, así que agarró el teléfono y marcó su número decidido a zanjar el tema de inmediato. Esperó con calma los tonos de llamada y habló cuando saltó el contestador automático.

—Inés, acabo de enterarme de tu rechazo a nuestra oferta de trabajo. Estoy muy sorprendido y espero que esto no sea fruto de tu cabreo por lo que pasó en Santorini. Si es así, sería una tremenda decepción, porque creía que eras de otra pasta, y si no es por eso, entiendo que al menos me merezco una explicación. Llámame.

12

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó Andrea desde Edimburgo y ella se apartó de la mesa para ver mejor la videollamada.

—Gracias.

—Espera... mándale un beso a la tía Inés, cariño. Vamos.

—Becho —dijo Jamie pegándose a la pantalla del teléfono para tirarle besos e Inés se puso una mano en el pecho.

—Ohhh, mi niño precioso. Un beso muy grande para ti también, mi vida, y muchas gracias por llamarme.

—Felicidades, Inés —Andrew apareció por detrás de Andy y la abrazó acariciándole la tripa— ¿Qué tal estás?

—No tan bien como vosotros, pero bien, gracias. ¿Qué tal la pequeña Charlotte?

—Ella muy bien, haciéndose notar —besó a su mujer en la cabeza y se apartó—. Os dejamos charlar tranquilas, y feliz cumple. Vamos, hijo, ayúdame a recoger el desayuno.

—Adiós —se despidió Andrea siguiéndolos con los ojos y luego la miró a ella sentándose en un sofá— ¿Dónde estabas anoche, cumpleañosera?, esperé hasta las doce para ser la primera en felicitarte, pero tenías el móvil apagado.

—Tuve un viaje horrible y me acosté temprano, lo siento. Siento que tuvieras que trasnochar.

—Ya, la verdad que para nosotros esas horas son la madrugada ¿Dónde estás ahora?

—En Malta, he tenido que venir para finiquitar el cierre de nuestro hotel aquí. Un fastidio, pero alguien lo tenía que hacer. ¿Cómo estás tú?, ¿qué tal el curro?

—El curro bien, adelantando mucho trabajo desde que Jamie va a la guardería de la universidad, así que acabaré dos libros antes del parto y eso me tranquiliza un montón.

—¿Cuántas horas está yendo?

—Desde esta semana tres y media. Andrew lo deja a las ocho y media y yo lo recojo a las doce. Se ha adaptado muy bien y se lo pasa en grande, además, lo más importante, me libera tres horas enteras por la mañana y eso me permitirá cumplir con todo antes de dar a luz.

—Genial, ¿así que la pequeñita bien?

—De momento todo bien, a punto de entrar en los ocho meses y sumando —se acarició la tripa y le sonrió— ¿Sabes la última novedad?, ¿hace cuánto que no hablamos?

—No sé ni en qué día vivo, Andy, igual una semana o más.

—Ok, pues, Iñaki ha roto con su novia y ha sido un dramón, porque estaba muy enamorado, o eso dice. Y todo se desató en la fiesta de Santorini. ¿Tú no te enteraste de nada? Nosotros no, porque a la una ya nos habíamos ido a la cama, pero, al parecer, de madrugada, se montó la de Dios y con Duncan de por medio.

—Ni idea, me fui a dormir pronto —se atusó el pelo y se puso de pie para mirar por la ventana.

—A eso de las cuatro Elena, la novia de Iñaki, agarró a Duncan por banda y empezó a acosarlo descaradamente. Mi hermano, que casi se muere de la vergüenza, se la tuvo que quitar de encima casi con agua caliente, ella se puso hecha una furia, Duncan pasó y se fue a la cama, y ellos acabaron como el rosario de la aurora. Volvieron por separado a España y al llegar Iñaki la echó de su casa. Ahora dice que no quiere volver a verla. Está hecho polvo. Pobrecillo.

—Sí, pobre Iñaki, lo siento mucho —susurró, sin querer oír nada más del tema, ni de nada relacionado con Duncan Harris y respiró hondo— ¿Hoy no ha ido Jamie a la guardería?

—No, Andrew no tiene clases y no lo ha llevado. ¿Estás bien?, te veo tristonera, ¿no vas a celebrar el cumpleaños?

—Lo que estoy es cansada, necesito unas vacaciones, unas muy largas y no quería, pero sí voy a celebrar el cumple porque me he encontrado con mi amigo Étienne, ¿te acuerdas de él?

—Claro, Étienne Balzac, Celia intentó ligárselo.

—Exacto, mi hermana siempre buscando el mejor partido, aunque en teoría saliera conmigo —sonrió—. La compañía de Étienne es la que ha comprado nuestro hotel, así que nos hemos encontrado aquí y saldremos a cenar. Estoy medio muerta, pero me haré el ánimo para celebrar los treinta y uno.

—Me alegro mucho, Étienne es un tío estupendo, mándale un beso.

—Lo haré... —oyó la vocecita de Jamie llamando a su madre y de fondo a Andrew también llamando a su mujer, y le dijo adiós con la mano—. Tus chicos te reclaman, guapa. Mañana hablamos y gracias por llamar. Un abrazo.

Colgó e intentó retomar el hilo del trabajo. Se sentó delante del escritorio y miró la pantalla del ordenador dónde varios periódicos se hacían eco del multitudinario concierto que Duncan Harris había dado la víspera en el Wembley Stadium de Londres, delante de noventa mil personas.

Todo eran alabanzas por su puesta en escena, por su banda, por su música, y porque había donado la recaudación a las víctimas de la pandemia del coronavirus que había asolado el planeta.

Movió el cursor y pudo leer sobre su fundación, que era la que gestionaba el dinero y se hacía cargo del reparto de recursos, y luego miró unas imágenes suyas en el escenario, primero vestido completamente de negro, y después luciendo su kilt. Su falda tradicional escocesa confeccionada con el tartán del clan MacLeod, su clan, que procedía de Harris, la parte sur de una isla de las Hébridas Exteriores, al Oeste de Escocia.

De repente, parpadeó sorprendida de saber tanto al respecto (pero es que él le había hablado mucho sobre los orígenes de su apellido, su clan y su familia) e hizo amago de cerrar los periódicos, pero no pudo, y amplió las imágenes para admirar esa pinta espectacular que tenía, sonriendo o

estando serio, con sus enormes ojos negros brillantes y sus manos tan bonitas tocando la guitarra eléctrica...

Tragó saliva y lo admiró solo un segundo más, porque estaba guapísimo, y luego cerró Google y tomó un sorbo de café para intentar retomar el control de sus actos.

Se alegraba de su éxito y de que le fuera tan bien, y de que su Fundación Duncan Harris Scotland estuviera ya funcionando a pleno rendimiento, pero no necesitaba saber nada más de él, nunca más, porque había cortado todo vínculo con esa persona aquel 12 de septiembre en Santorini, cuando la había dejado completamente fuera de juego al pretender que entrara al trapo con una de sus novias y se sumara a un *ménage à trois* alegremente y sin rechistar.

Ella había planeado al milímetro ese fin de semana especial para los dos. Había variado radicalmente su comportamiento habitual y en un alarde de ilusión romántica absurda, había soñado con disfrutar juntos en Santorini de la intimidad de una pareja normal, pero todo se había derrumbado como un juego de naipes, y en el fondo se alegraba, porque había empezado a perder los papeles y había estado a un tris de hablarle de sus sentimientos, y eso sí que habría sido el mayor error de su vida.

Duncan Harris no era un hombre del que una se podía enamorar. Era espectacular para el sexo, para pasarlo bien y divertirse, pero estaba muy lejos de ser un Andrew McAllen, es decir, estaba muy lejos de ser un tío estable y emocionalmente saludable, y por eso más le valía alejarse de él, y eso hacía, gracias a Dios y a esa tristemente célebre noche en Grecia.

Tras pasar la noche en blanco, encerrada en un despacho de administración, y antes de salir del hotel a las nueve de la mañana con lo puesto, porque había dejado su ropa en la suite presidencial, se había encontrado con Ewan MacIntyre en la recepción y había decidido cortar con todo de una vez por todas. Lo había mirado a los ojos y le había informado que no podía aceptar su oferta de trabajo. Él, que era un tío estupendo, le había pedido que se lo pensara un par de días, pero ya lo tenía decidido, así que dos días después, a primera hora, lo había llamado al móvil para decirle que, sintiéndolo mucho, no podía dejar su trabajo de

casi diez años por la fundación de Duncan, pero que agradecía que hubiesen pensado en ella y les deseaba mucha suerte con el proyecto.

Esa decisión aún le dolía en el alma, porque su intención hasta ese momento había sido dejarlo todo para dedicarse en cuerpo y alma a la fundación, y había pasado unos días muy ilusionada ante semejante desafío que suponía gestionar fondos benéficos, cambiar de aires y encima poder vivir en Edimburgo. La oferta había sido perfecta, el sueño de su vida, pero la extraña relación personal que había establecido con Duncan Harris había acabado por estropearlo todo, y lo último que podía pretender era seguir adelante con el proyecto y trabajar con él. Eso era inviable.

Si no le hubiese importado nada, o le hubiese importado menos, podría haberlo intentado, pero la cruda realidad es que le importaba demasiado como para pasar por alto lo que sentía por él, lo que habían compartido y lo mal que llevaba todo lo ocurrido.

Ella era una tía profesional, tal vez la más profesional del universo, y por eso sabía que había cruzado una barrera invisible que no se podía solventar tan fácilmente. Tal vez en el futuro sí, cuando se le pasara la tontería por Duncan, pero, de momento, era mejor retirarse una temporada y tratar de recuperar la cabeza, el sentido común y la tranquilidad... que aún se seguía preguntando cómo y en qué momento exacto las había perdido.

Estaban a 22 de octubre, su treinta y un cumpleaños, habían pasado cuarenta días desde Santorini, y aún seguía dándole vueltas a todo, se había ensimismado en una nube bastaste oscura, y no le gustaba nada vivir así. No le gustaba sentirse frágil y vulnerable, porque ella no era así, como tampoco era una estrecha o una intolerante, lo cual contradecía bastante su reacción ante la oferta del *ménage à trois* con la tal Mimi.

Por supuesto, le encantaba el sexo y desde los diecisiete años llevaba una saludable, activa y rica vida sexual sin compromiso ni complejos. Era abierta, muy liberal y le encantaba aprender y experimentar, pero, estaba claro, en pareja. Nunca había participado de tríos, ni camas redondas, ni nada parecido. Nunca le había ido ese rollo, pero tampoco se había escandalizado, ni había salido corriendo despavorida como esa noche en Santorini, y haber respondido así la mortificaba un montón.

Vergüenza le daba haberse comportado como una mojigata, como una persona inmadura y llena de prejuicios, pero no había podido evitarlo. No había podido porque se lo había propuesto él, que parecía encantado con la idea de sumar a esa chica tan guapa a su intimidad, y eso la había desarmado y la había dejado fuera de juego de inmediato.

Que un tío estupendo, que te encantaba, te volvía loca en la cama y con el que creías estar estableciendo una relación sexual y personal única, se apuntaba a la primera de cambio, sin pestañear, a meter a una tercera en discordia entre tus sábanas no era nada normal, ni agradable. No lo era, y ella no había podido disimularlo.

Desde entonces no sabía nada de él, bueno sí, al poco rato de hablar con Ewan le había dejado un mensaje seco y bastante borde recriminándole que rechazara el trabajo en su fundación, pero nada más. Ella tampoco lo había llamado, ni lo haría jamás, solo le había mandado un mensaje escueto y formal explicándole los motivos (profesionales) que le impedían aceptar su oferta y se había despedido dándole las gracias. Fin de la historia.

Habían pasado unos meses geniales viéndose, acostándose, hablando por teléfono y tonteando, habían quedado en Santorini para asentar “eso” que había empezado a consolidarse entre los dos, al menos ella lo había leído así, sin embargo, al final todo había sido una quimera y la realidad le había pegado de lleno en la cara: Duncan Harris solo era un rollito sin importancia, a la larga un problema que le podía costar muy caro, así que más le valía salir corriendo.

13

Doce de noviembre y medio Edimburgo en su club para celebrar la presentación de la Fundación Duncan Harris Scotland. Y no solo parte de Edimburgo, sino también mucha gente llegada de otros rincones de Escocia, de Irlanda, de Inglaterra, de Europa y de los Estados Unidos.

Se asomó a la terraza de la segunda planta, la zona VIP, para mirar lo que se cocía abajo, y vio a un montón de amigos tomando champagne y divirtiéndose entre risas y charlas de lo más animadas. Localizó con los ojos a Ewan y lo vio seguido de cerca por su nuevo fichaje, una chica guapísima y muy lista, licenciada en Oxford para más señas, que era su nueva mano derecha o eso pretendía él, que cambiaba de ayudantes y asistentes con una ligereza asombrosa.

Deslizó los ojos hacia una zona más tranquila y pudo ver a los Andys charlando con algunas autoridades locales y con el rector de la universidad de Edimburgo, el jefe de Andrew, que había propiciado que pudiera hacer la presentación formal de su fundación en el aula magna de la universidad. Algo que le había hecho muchísima ilusión, aunque ahora había llegado la hora de divertirse, así que les hizo señas con la mano para que subieran a reunirse con él en la zona VIP dónde había zumos y agua y todo lo necesario para agasajar a Andrea que, aun estando embarazadísima, no había querido perderse el evento.

Los siguió con los ojos y sonrió al ver cómo Andrew agarraba a su mujer por el cuello, se inclinaba y le pegaba un beso en la boca antes de darle la mano para conducirla escaleras arriba. Le enternecía mucho ver lo enamorados que estaban, lo cariñosos que eran, y lo protector que siempre se había mostrado él con ella. Además, era un padrazo feliz y entregado y, como siempre, solo por un segundo, sintió un pellizco de envidia por todo el cuerpo.

Ewan solía decir que Andrew era el que menos dinero ganaba de los tres, pero que era el más rico de los tres. Y tenía toda la razón, porque además de haber encontrado a la mujer perfecta, haberse enamorado y haberla conseguido, había logrado fundar la familia que siempre había soñado, tenía el hogar que siempre había anhelado y el trabajo para el que había nacido, así que, en la práctica, tenía mucho más de lo que él o Ewan habían conseguido jamás y por eso, en esos términos, Andrew McAllen era multimillonario.

Suspiró y sonrió a las personas que lo saludaban desde lejos, y por un momento creyó ver entrar por la puerta a Inés. Se puso tenso y se apoyó en la barandilla para ver mejor a la recién llegada, pero en seguida comprobó que no era ella. Claro que no era ella, no iba a viajar hasta Edimburgo para acompañarlo en un día como ese si no tenía nada que ver con el proyecto, ni tampoco con él, así que era absurdo imaginar que en un alarde de amistad se presentara allí por voluntad propia.

Hacía ya dos meses que se había esfumado de su vida de forma radical. Durante más de tres años se había acostumbrado a que apareciera y desapareciera, a que pasara de él y no le cogiera el teléfono, a que lo ignorara sistemáticamente y a que luego se dejara ver, lo besara, se enrollara con él y le dedicara algunos minutos de su tiempo. Ese comportamiento se había asentado en sus vidas, pero tras el incidente con el peyote en su casa de Londres parecía que habían establecido una relación de amistad más sólida y sincera, y habían compartido un par de meses muy intensos, y muy divertidos.

Sin querer se había acostumbrado a ella, a llamarla por teléfono para charlar tranquilamente, a tontear con ella, a verla y a hacer el amor durante horas, así que la añoraba un montón y lamentaba, desde el fondo de su corazón, que se hubiese apartado de su vida así, por una estupidez, porque ya estaba convencido de que todo se había desatado el 12 de septiembre en Santorini, cuando Mimi había tenido la mala idea de meterse en su habitación.

Comprendía que le hubiese sentado mal, ok, podía entenderlo, pero no le parecía un motivo de peso suficiente para mandar su amistad al carajo, su oferta de trabajo al carajo, y todo lo que tenían a la mierda.

Ninguna persona adulta podía ser tan jodidamente drástica, no era nada normal, ni justo, ni maduro, y por eso a veces se alegraba de haberla perdido de vista, porque a personas así de intransigentes y rígidas prefería tenerlas lejos, pero otras veces, como esa misma noche, la echaba de menos y deseaba con todas sus fuerzas que se materializara de repente a su lado.

—¿Por qué no alternas con el personal, tío? —Ewan le palmoteó la espalda y él se giró para mirarlo a los ojos.

—Estoy descansando. ¿Has visto a los Andys?, venían subiendo hacia aquí, pero...

—Se han quedado en la escalera charlando con tus padres.

—¿Te estás tirando a tu ayudante?

—¿Qué? —Ewan dio un paso atrás y frunció el ceño— ¿A qué viene eso ahora?

—No sé, está buenísima, igual si tú no te animas, yo...

—Ni en broma, Duncan, es el mejor fichaje que he hecho en años. Me ha costado muchísimo encontrar a alguien de su perfil, así que no quiero historias raras. Mantente alejado y todos en paz.

—¿O sea que te la estás tirando?

—¡No!, por supuesto que no. Yo no mezclo trabajo y...

—Y placer, lo sé, pero es una preciosidad y...

—Solo me interesa su currículum impecable y su profesionalidad, porque es muy eficiente y me está facilitando mucho las cosas —lo miró entornando los ojos y Duncan movió la cabeza.

—Está como un tren.

—Cómo te acerques a ella te parto las piernas, y como insistas y la cagues, te demandaré, así que mejor cuidadito.

—¿Demandarme?

—Sí, por daños y perjuicios. Recuerda que te las llevas al huerto, las enamoras, las desilusionas, las abandonas y se acaban largando, así que mejor mantente alejado de mi fichaje estrella o atente a las consecuencias.

—Madre mía, hermano, qué imagen más jodidamente lamentable tienes de mí.

—La que es. Nos conocemos, así que el que avisa no es traidor.

—Nunca he hecho nada de eso.

—¿A no?, mira a Inés.

—¿Inés?, no sé a qué te refieres.

—Sabes mejor que nadie que rechazó nuestra oferta de trabajo por tu culpa.

—Dudo mucho que Inés me tuviera en cuenta a la hora de tomar decisiones. Nunca le he importado una mierda, así que asume que nos rechazó por voluntad propia.

—¿Te duele? —lo miró con una media sonrisa y él parpadeó confuso—. No me lo puedo creer, estás realmente jodido por lo que pasó con Inés...

—¿Qué pasó con Inés? —Andrea apareció como por arte de magia a su lado y los dos la miraron con cara de inocente.

—Nada, solo le estaba diciendo que es una lástima que rechazara dirigir la fundación. En realidad, fue una faena. Los dos ya contábamos con ella, porque nos hizo creer que se apuntaba y, bueno, seguimos creyendo que era la persona más idónea para el puesto —se apresuró a responder Ewan.

—Yo también lo creo, y me hubiese encantado que se mudara a Edimburgo, pero ella os dio motivos muy sólidos para no poder abandonar su trabajo ¿no? No fue nada personal. Encima, Julie McCameron parece perfecta para...

—La verdad es que no nos dio ningún motivo sólido —se oyó decir en voz alta y Andrea le clavó los ojos negros—. Y Ewan sí cree que fue un asunto personal.

—¿Por qué?

—Porque llevábamos unos tres años viéndonos de vez en cuando, un par de meses saliendo de forma más regular y un desencuentro absurdo en Santorini mandó todo al carajo, su relación conmigo y su compromiso para dirigir la fundación. Esa es la pura verdad.

—¿Salíais juntos? —preguntó Andrew incrédulo y miró a su mujer con los ojos muy abiertos— ¿Tú lo sabías?

—Yo no sabía nada... —ella dio un paso atrás y se atusó el pelo—, pero supongo que tendría sus motivos para no contármelo.

—¡Claro que tenía sus motivos!, te los podría enumerar por orden alfabético, pero mejor que te los explique tu amiguita del alma.

—¿Qué te pasa, tío? —Andrew lo miró poniéndose las manos en las caderas—. No le hables así.

—¿Así cómo?

—Está cabreado y ofendido, no se lo tengas en cuenta, Andy —intervino Ewan mirando a Andrea—. No lo quiere reconocer, pero lo ha dejado un poco jodido.

—Jodido o no, no es necesario alzar la voz y mucho menos a mi mujer —Andrew respiró hondo sin quitarle los ojos de encima y luego estiró la mano hacia Andrea—. Vamos, amor, es tarde.

—Ok.

—Andrea, lo siento, siento mucho si he sido un poco borde, no me he dado cuenta. Discúlpame, pero...

—No pasa nada —se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Y enhorabuena otra vez, disfruta de tu gran noche.

—Si queréis mañana podemos quedar tranquilamente y te lo explico todo, yo...

—No hace falta que me expliques nada, Duncan. Buenas noches. Adiós, Ewan.

Andrew ni lo miró, abrazó a Andy por la cintura y desaparecieron por la escalera en silencio. Él levantó los ojos y se encontró con los de Ewan, que lo estaba mirando entre incrédulo y divertido. Respiró hondo y cogió al vuelo una copa de champagne de la bandeja de uno de los camareros.

—Estupendo, tío, ahora Inés no solo estará cabreada contigo por lo de Santorini, lo estará, y con mucha más razón, por dejarla en evidencia delante de su mejor amiga. Cojonudo, Duncan, cojonudo.

14

—No sé ni qué decir, Andy, nunca debí ocultarte algo así, pero, no sé... no tengo excusa, salvo que me daba un poco de vergüenza...

—¿Vergüenza?, ¿por qué?

Andrea la miró a través de la videollamada con los ojos muy abiertos y ella, que acababa de recibir un jarro de agua fría encima, se pasó la mano por la cara y respiró hondo.

—No creo que salir con Duncan pueda ser motivo de vergüenza, y la verdad es que tampoco te estoy recriminando nada, solo te pregunto qué ha pasado, porque esta noche delante de él me quedé completamente fuera de juego y fue muy raro porque no pude defenderte, ni...

—¿Defenderme?, ¿de qué?

—Es una forma de hablar.

—No, dime qué ha pasado, por favor.

—Ellos, Ewan y él, piensan que rechazaste dirigir la fundación por motivos personales, no profesionales, y que encima fue de repente y tras hacerlos creer que sí te apuntabas al carro. Yo me quedé perpleja, pregunté por qué decían eso y entonces va Duncan y me suelta la bomba. Es lo que mi abuela hubiese llamado “quedarse con el culo al aire”.

—Madre mía, lo siento, yo...

—¿Qué ocurrió en Santorini?

—¿También te contó lo de Santorini?

—No, pero achaca tu decisión de dejarlos tirados a algo que pasó allí.

—Llevábamos desde finales de julio viéndonos con regularidad, la cosa parecía ir por buen camino y yo, que soy idiota, aproveché la fiesta de Ewan para reservar la suite presidencial para los dos, para pasar todo el fin de semana juntos en Santorini, pero la primera noche se presentó una de

sus novias por sorpresa y me propusieron hacer un *ménage à trois*. Yo me negué, él insistió y todo se fue a la mierda. Así de simple y sí, tiene razón, eso precipitó que rechazara su maravillosa oferta de trabajo.

—Vaya, qué putada, lo siento.

—Nunca han interferido esa clase de chorradas en mi vida laboral, tú lo sabes, pero me pareció arriesgado y poco profesional aceptar un puesto en que el tendría que colaborar con él a diario, preferí cortar por lo sano y pasar a otra cosa.

—¿Por qué te has enamorado de él?

—¡¿Qué?!, yo no he dicho nada de eso.

—Si Duncan te importara poco o menos, te hubiese dado igual lo de Santorini, su novia y su trío, Inés. El trabajo era el trabajo de tus sueños, me lo dijiste un montón de veces, y solo algo personal muy fuerte pudo haberte hecho dar la espalda a la oportunidad profesional de tu vida.

—Lo de Santorini fue demasiado chungo, de pronto me sentí muy incómoda y vi bastante claro que no quería trabajar con alguien así, no hay nada más.

—Vale.

—Siento mucho que te enteraras así, es un capullo integral y no tenía ningún derecho a emponzoñar mi relación contigo.

—Nadie podría emponzoñar nuestra relación, Nini, sabes que te quiero más que a una hermana, no le des más vueltas a eso. Solo lamento que hayamos pasado tanto tiempo sin cotillear sobre Duncan Harris —le sonrió y ella se estiró en la cama un poco más tranquila—. ¿Tres años?, ¿en serio?, es un montón de tiempo.

—Ya, pero tampoco era algo regular, solo eran encuentros esporádicos...

—¿Y cuándo empezó?

—Cuando tú rompiste con Andrew y Duncan, Ewan y yo estábamos en vuestra casa para intentar ayudar un poco, ¿recuerdas?... pero tú ya habías decidido irte, en fin... nos pilló a todos muy bajos y no sé, nos fuimos a su club, nos pasamos charlando toda la noche, Ewan se fue a su casa, Duncan me invitó a quedarme en la suya y... y lo demás ya es historia.

—Increíble.

—Ya te digo, el tiempo pasa volando y así pasaron tres años.

—Y ¿desde julio os veías con más regularidad?, ¿por qué?

—Porque yo estaba en Londres cuando tuvo un percance de salud, me ofrecí a ayudar, fui hasta su casa de Surrey y me quedé con él un par de días. Eso nos unió un montón y...

—¿Qué percance de salud?

—Había consumido peyote, bastante, y estaba inconsciente. Vivien no se podía hacer con él, así que fui hasta allí y ayudé a despertarlo, entonces...

—¿Peyote?, ¿eso no es un alucinógeno?

—Es un cactus alucinógeno, aunque se usa de forma terapéutica en muchas partes del mundo.

—Duncan es un exdrogadicto, no puede consumir ese tipo de cosas.

—Lo sé, él también lo sabe y desde julio, desde el susto que se pegó, no ha vuelto a tocarlo, aunque se lo había recetado un terapeuta de California para fomentar su creatividad, para la ansiedad y otras cosas más.

—Madre mía, estoy segura de que Andrew no sabe nada de eso.

—Prefiero que no se lo digas.

—Vale, tampoco quiero preocuparlo —la miró y levantó las cejas—. Joder, qué de cosas han pasado sin que yo me enterara de nada. Aunque llevaba meses intuyendo que algo pasaba, no llegué a imaginarme que fuera tan gordo.

—Lo sé, cariño, lo sé y lo siento, pero me metí en la dinámica de mantener en secreto a Duncan Harris y todo lo relacionado con él y al final, pues, me acostumbé a no decirte nada.

—Ahora tendrás que mantenerme al día.

—Ya no, ya no está en mi vida, ya no tiene nada que ver conmigo, así que no habrá nada que contar, y mejor así.

—¿Estás segura? —le clavó los ojos negros y ella desvió la mirada hacia la pantalla de la tele que tenía encendida—. Esta noche lo vi muy afectado por todo este tema y te estoy viendo a ti en la misma sintonía.

—No te negaré que durante una temporada he perdido un poco el control de las cosas y he estado muy descolocada, pero ya estoy bien, todo eso pasó y ya estoy concentrada en otras cosas.

—Vale, lo que tú digas, pero... ¿llegaste a pensar en él cómo algo más?, ¿cómo...?

—No, por Dios —la interrumpió muy convencida—. ¿Con Duncan?, ¿don tiro al aire? Ni de coña. Me molaba estar con él, porque es un tío guapísimo y sexy, y muy divertido, pero siempre he tenido claro que es un veleta y una persona poco fiable, nada leal y muy inmadura.

—Conozco a pocos hombres más fiables, y más leales que Duncan. Él, Ewan y Andy son los mejores y más fieles amigos del planeta.

—Eso es con sus amigos, a los que adora, pero no lo es con sus ligues, y menos conmigo.

—¿Menos contigo?, ¿por qué?

—Porque solo soy un insignificante grano de arena en la amplia y fabulosa playa que es su vida.

—Inés...

—¿Qué? —la miró enjugándose una lágrima inoportuna y su amiga le sonrió.

—Creo que estás pilladísima por él.

—De eso nada.

—Te conozco desde la primaria y nunca, jamás, me habías hablado así de un tío.

—¿Así?, ¿cómo?

—Con el corazón.

15

—¡Ay, madre mía, si es preciosa! —tiró la mochila al suelo y se acercó a Andrew para ver mejor a Charlotte, su hijita, que había nacido hacía sólo seis horas y a la que acunaba contra su pecho con una gran sonrisa en la cara.

—Lo es, es igual que Andy.

—Es igual que James, así que será igual que tú —susurró Andrea desde la cama e Inés la miró asintiendo.

—Es más chiquitita que Jamie, pero se parecen mucho —le rozó la mejilla con la yema del dedo y levantó los ojos para observar la cara radiante del padre, que estaba exultante y no dejaba de sonreír—. ¿Tú qué tal estás, amiga?, yo te veo estupenda, pero...

—Estoy bien, solo estoy un poquito cansada.

—Bueno, pero eso se pasa —dejó a Andrew y se acercó a la cama para darle un beso en la mejilla—. Nadie diría que acabas de parir. ¿Dónde está Jamie?

—Se lo han llevado mis padres a casa, estaba un poco insufrible.

—El pobre está muy desconcertado —opinó Andrew—. No entiende mucho eso de que su hermanita sea un bebé tan pequeño.

—¿En serio?. Ay, pobre. Le he traído un regalo, a ver si mañana se lo puedo dar.

—¿No vas a dormir a nuestra casa?, solo están mis padres porque Andrew se queda esta noche aquí.

—No te preocupes, esta vez tengo hotel.

—¿Hotel?, ¿por qué?

—No he venido sola —se concentró en ordenarle el pelo y Andrea le sujetó la mano.

—¿Con quién has venido?

—Con Étienne, estaba con él en París cuando Andrew me avisó de que te habías puesto de parto y, bueno, quiso acompañarme a Edimburgo. No conoce la ciudad, así que...

—¿De verdad?, no sabía que ibais tan en serio —le habló en español e Inés la miró encogiéndose de hombros.

—En serio no, simplemente no conoce Edimburgo y así aprovecho de enseñárselo...

—Hola.

Oyó el golpecito en la puerta y un segundo después la voz de Duncan Harris. Se le tensó todo el cuerpo, pero se mantuvo impertérrita y bajó la cabeza escuchando cómo él hablaba en susurros acercándose a Andrew.

—Vaya, qué preciosidad. Te salen de puta madre los niños, hermano, ya es un hecho. Hola, Charlotte... qué guapa eres, por Dios. Andy, ¿tú qué tal estás, princesa? —se acercó a la cama y se dirigió a Andrea ignorándola a ella—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, gracias, solo un poco cansada. Qué alegría verte y gracias por las flores. ¿De dónde vienes?

—Estaba en París por la promoción y un concierto. He venido en cuanto he podido.

—¿París?, Inés también viene de París.

—¿Ah sí? —la miró con atención y ella levantó los ojos para sostenerle la mirada, pero él volvió a ignorarla de inmediato—. Qué coincidencia. ¿Dónde está mi ahijado?

—Se lo han llevado mis padres a casa.

—Amor, ¿quieres comer algo?, deberías tomar algo ligero e intentar dormir —Andrew se le acercó con la niña y le acarició la cabeza con la mano libre.

—¿Cuándo piensas dejarla en la cuna?.

—Está perfectamente con su papá, es lo que quiere y necesita. Tú no te preocupes por eso.

—Serás liante, Andrew. Déjala dormir un rato en la cuna.

—No... ¿qué te apetece comer?

—Solo tengo sed, me apetece un batido o algo así.

—Yo voy a por él —Inés se adelantó y se agachó para recoger su mochila—
¿Tú quieres algo, Andrew?

—He traído batidos de vainilla y chocolate, es lo único que tomaba últimamente, así que están en la maleta. No te preocupes.

—Seguro que quiere uno del Starbucks, ¿no, cariño?

—Ay, sí, por favor... ¿no te importa ir a por uno de vainilla con mucha nata?

—Por supuesto que no, hay uno muy cerca. Ahora vuelvo.

—No, si eso ya voy yo —Andrew hizo amago de dejar a la niña en el moisés y ella levantó una mano.

—No, ¿estás loco?, voy yo, no tardo nada.

—Ya voy yo —anunció Duncan muy serio—. Hace un frío de muerte.

—Que no, hombre, que ya voy yo, ha sido idea mía. Ahora vuelvo.

Salió con prisas de la habitación, encantada de perder de vista al dichoso Duncan Harris, y al llegar a la sala de espera se detuvo para buscar a Étienne con los ojos. No había mucha gente y lo encontró en seguida sentado en un rincón, trabajando con el portátil sobre las rodillas. Se le acercó, le tocó el hombro y él se puso de pie de un salto.

—¿Qué tal están?

—Perfectas, aunque la feliz mamá un poquito cansada, a ver si mañana puedes saludarla.

—¿Entonces nos vamos?

—Sí, pero antes voy a bajar al Starbucks que hay en la esquina a comprar un batido para Andy, le encantan y es lo único que le apetece tomar. Espérame aquí, está lloviendo y hace mucho frío.

—Inés... —oyó a su espalda y frunció el ceño, se giró despacio y se encontró con Duncan, que la miró un segundo antes de ignorarla para fijar los ojos oscuros sobre Étienne—. Hola, soy Duncan, ¿qué hay?

—Hola, Étienne Balzac, encantado —Étienne le ofreció la mano y se la estrecharon rozándole el brazo, así que dio un paso atrás y miró a su amigo con una sonrisa.

—Dame diez minutos y nos vamos, ¿ok? —le susurró en francés, él asintió y ella se dio la vuelta para salir a la calle, pero antes de llegar a la puerta principal el vozarrón escocés de Duncan la detuvo en seco.

—¡Inés!

—¡¿Qué?!

—¿Podemos hablar?

—Ahora no, Andrea está esperando su batido.

—Ok, vamos... —salió a la calle y se puso una gorra con visera observando como ella abría el paraguas—. Aquí es inútil usar paraguas, hay mucho viento.

—¿Qué quieres? —pasó del comentario y echó a andar muy rápido—. Y ve al grano, por favor.

—Al grano: ¿Te parece normal insultarme y decirme de todo en un mensaje telefónico y esperar a que no quiera hablarlo y defenderme? ¿Qué edad tienes?, ¿doce?

—Yo nunca te he insultado.

—¿Ah no?, ¿lo escuchamos y clasificamos las palabrotas?

—Eres insufrible, tío, en serio, y no tengo porqué pasar por esto. Solo estoy aquí para estar con Andrea y los niños, no para tener que tratar contigo, así que, por favor, déjame en paz.

—¿No podemos hablar como la gente normal?.

—Pues no.

—¿Qué? —soltó una risa y luego movió la cabeza—. Lo que tú digas, yo solo intento ser conciliador por Andrea, porque ella me ha pedido expresamente que...

—¿Cuándo te lo pidió?, ¿antes o después de traicionarme y contarle todo lo nuestro? —se detuvo en la puerta del Starbucks, lo miró un segundo a los

ojos y al ver que no respondía, entró para comprar el dichoso batido de vainilla.

—Siento haberme saltado nuestro “acuerdo de confidencialidad”, pero...

—Afortunadamente, ella y yo nos entendemos y nos perdonamos todo, pero fue muy desagradable tener que explicarle algo que nunca imaginé que iba a tener que contarle, así que, muchas gracias.

—Mira, yo...

—Un batido grande de vainilla, por favor, con mucha nata —pidió el batido y observó cómo la dependienta miraba a Duncan con los ojos muy abiertos.

—Mis disculpas, pero no creí que algo que ya estaba superado te causara problemas. Llevabas dos meses sin hablarme, después de largarte de Grecia sin despedirte, y de rechazar nuestra oferta en la fundación, así que, disculpa que diera por hecho que ya no importaba que Andrea se enterara de lo que había pasado entre nosotros.

—¿Perdona? —lo miró de frente y él parpadeó—. Tú no eres nadie para decidir qué es lo que me importa o me deja de importar, mucho menos si tiene relación con Andrea. La cagaste, traicionaste un acuerdo que teníamos y me dejaste en evidencia delante de mi mejor amiga. Fin de la historia. No tengo nada más que hablar contigo.

—¿De dónde viene tanta ira, Inés?

—Ay, madre, qué pesado —soltó en español y recogió el batido observando cómo la gente del local les prestaba demasiada atención—. Muchas gracias.

—Perdone, señor Harris, ¿nos podemos hacer una foto?

De repente, como si alguien hubiese dado una señal, las tres dependientas y los cuatro clientes que había en el local los cercaron y miraron a Duncan con los teléfonos móviles preparados. Él sonrió y accedió a regañadientes a hacerse unas fotos, momento que ella aprovechó para salir huyendo de ahí con el batido gigante para Andrea, que ya llevaba demasiado tiempo esperando.

Entró de nuevo en el hospital, se metió en un ascensor y llegó a la habitación corriendo, con el pulso acelerado y decidiendo sobre la marcha irse de inmediato al hotel para no tener que volver a ver al pesado de Duncan Harris, al que había vapuleado un poco por teléfono después de enterarse de la metida de pata que se había marcado con Andrea y Andrew, a los que les había soltado alegremente que llevaban tres años acostándose y al menos dos meses casi saliendo.

Una cagada antológica, que ella daba por hecho que había cometido de forma consciente y con muy mala leche, y que había acabado provocando un pequeño desencuentro con Andy. Por suerte, Andrea no había montado un drama y en seguida había entendido sus motivos para ocultarle semejante historia, pero no había sido plato de buen gusto, al contrario, había sido violento y muy injusto, así que al final había agarrado el móvil y le había dejado un mensaje poniéndolo de vuelta y media. Faltaría más.

Era lo menos que podía hacer, así que no pretendía dar explicaciones, ni disculparse, ni discutirlo con él. No lo había hecho en su momento, no lo iba hacer ahora, un mes después y en medio de un acontecimiento tan importante como el nacimiento de la pequeña Charlotte.

No tenía ni ganas, ni la más mínima intención de hablarlo con él, así que pensaba pasar de su cara como lo venía haciendo desde hacía tres meses. Era lo mejor para todo el mundo.

—Ay, madre mía, qué rico, Inés. Muchas gracias —Andrea, que tenía a la niña dormida sobre el pecho, cogió el batido y estiró la mano para acercarla y darle un beso—. Eres la mejor.

—Tú disfrútalo. Andrew, ¿necesitas algo?

—No, gracias, le pedí a Duncan que me trajera un sándwich —se estiró cuán alto era y la miró con ojos de agotamiento—. ¿No lo has visto por ahí?

—Sí, lo dejé en el Starbucks haciéndose *selfies* con sus fans.

—Es que en Edimburgo no debería pisar la calle.

—Ya te digo. En fin, me voy, os dejo descansar y disfrutar de la pequeñaja. Mañana vengo temprano. Si necesitáis algo, llamadme —se acercó y besó a madre e hija en la frente—. ¿Sabéis cuándo os dan el alta?

—Seguramente mañana a mediodía, las dos están bien y no nos dejarán más de lo necesario.

—Perfecto, pues mañana os llamo pronto y ya me contáis. Estoy en el Scotsman...

—Hola —Duncan entró por la puerta con una bolsa de papel del Starbucks y la miró a ella con cara de asesino—. Gracias por dejarme a mi suerte, Inés. Todo un detalle.

—¿Perdona?

—Ok, me han regalado un surtido de sándwiches y café, Andrew. Todo tuyo.

—Gracias, tío.

—Hasta mañana —susurró Inés con la intención de salir corriendo, pero ese energúmeno dio un paso y la sujetó por la muñeca.

—No, un momento, aún no he acabado contigo. Andys —miró a la pareja y les sonrió—. Enhorabuena otra vez por la preciosa princesita, ahora descansad un poco y mañana nos vemos. Adiós.

La sacó de la habitación casi a rastras y ella miró a Andrea con cara de disculpa antes de plantarse en el pasillo y quitarle la mano de un tirón. Él dio un paso atrás y entornó los ojos.

—Sinceramente, Inés, ¿con quién coño crees que estás tratando?

—¿Y tú?, ¿con quién te crees que estás tratando?, ¿con una de tus amiguitas de quita y pon?. Te equivocas mucho conmigo, tío, en serio, muchísimo, y es mejor que te apartes y me dejes pasar o...

—¿O qué?, ¿vas a llamar a tu amigo el franchute, que no tiene ni media hostia, para que me dé una paliza? ¿En serio?, ¿quieres que lo parta por la mitad?

—¿De qué siglo sales, chaval?, ¿cómo puedes ser tan... tan...?

—¿Bruto?

—Tan neandertal. Capullo... —masculló cada vez más cabreada y él le cortó el paso levantando las manos en son de paz.

—Ok, empecemos de nuevo, solo quiero hablar.

—¿Por qué?, no tenemos nada de lo que hablar. ¿Te maldije un poco por teléfono?, vale, estaba en mi derecho, pero si te ofendió tanto, mis disculpas. ¿Paso de ti y no me apetece hablar contigo?, también estoy en mi derecho. No sé de qué diantres quieres hablar.

—¿Qué tal si empezamos por Santorini?

—Eso ya es agua pasada, hombre.

—Si fuera agua pasada no estarías tan ofuscada conmigo. Venga, hablemos, te invito a cenar.

—No estoy sola, ¿sabes?, me voy a cenar con Étienne.

—Dile que se venga, no me importa.

—Claro que no te importa, te molan los tríos.

—Eso es, ahí está la madre del cordero. Empecemos por Santorini y mi amiga Mimi, sigamos por estos tres meses de silencio a los que me has condenado y acabemos con tus insultos telefónicos. Tengo toda la noche libre.

—No, gracias —lo bordeó y se metió en el ascensor, él la siguió y se le puso al lado, muy cerca.

—¿Por qué tienes tanto miedo de hablar conmigo?, ¿por qué prefieres huir de mí y no mirarme a la cara?. ¿Por qué no podemos charlar y discutir como el resto de los mortales? No es saludable guardárselo todo.

—Qué pesado.

—Soy muy persistente y cabezota, Inés, soy escocés. No pienso rendirme contigo.

—¿Por qué?, ¿eh?, ¿por qué no piensas rendirte conmigo? —bajaron del ascensor y se detuvo para mirarlo a los ojos— ¿Qué te ha hecho pensar que yo quiero ser tu amiga?, ¿por qué no lo dejas correr?, ¿por qué no me dejas en paz?

—Porque, aunque me cabrees y me saques de quicio, me importas, te echo de menos y no quiero perderte.

—Inés...

Étienne apareció por su espalda y la llamó caminando hacia ellos. Ella no se movió, enganchada en los ojos oscuros de Duncan Harris, que tampoco hizo amago de reaccionar, hasta que su amigo le tocó el hombro y la hizo saltar.

—Chérie, ¿te piensas quedar aquí?, si es así, no pasa nada, pero yo me voy al hotel. Me muero de hambre y estoy muy cansado.

—No te preocupes, Étienne, ya he terminado por aquí. Vamos.

Se giró y se le agarró al brazo muy segura, respiró hondo y echó a andar sin mirar atrás.

16

Leyó el último informe que le había mandado su abogado sobre la elección, necesaria decía él, de un “agente de gestación subrogada”, y se apoyó en el respaldo del sofá respirando hondo. Llevaba más de un año dándole vueltas al tema de una posible paternidad en solitario, esa era la verdad, pero el nacimiento de Charlotte, la segunda hija de Andrew, le había despertado un montón de instintos, había precipitado la necesidad de tomar decisiones y ya daba por hecho que lo haría, es decir, ya daba por hecho que sí contrataría un vientre subrogado para ser padre antes de empezar a sentirse demasiado viejo.

En noviembre, hacía dos meses, había cumplido los cuarenta y uno, tenía salud, medios económicos, tiempo libre, voluntad y un montón de amor que dar. Nada le impedía ser padre y, aunque lo ideal era formar una familia con una mujer maravillosa, la cruda realidad es que eso no iba a pasar. No había pasado antes, menos iba a pasar ahora, en la cuarentena, cuando ya no creía en nada, ni confiaba en nadie, y sus relaciones sentimentales o sexuales estaban destinadas al fracaso.

La tremenda ironía es que vivía rodeado de “pretendientes”. Abría sus redes sociales y miles de chicas le juraban amor eterno, se presentaba en un lugar público y al menos dos o tres féminas le tiraban los tejos descaradamente. Miraba la agenda de su móvil y tenía como poco ocho mujeres que le gustaban, a las que podía llamar para no estar solo, para viajar o para encerrarse en un hotel una semana entera a follar y divertirse. Tenía todo eso, pero no tenía amor, ni complicidad, ni confianza ciega con ninguna, así que lo suyo estaba claro, estaba jodido, y si quería empezar a crear su propia familia ya era hora de espabilar, dejarse de remilgos y hacerlo él solo.

Podía hacerlo, podía conseguirlo y sabía que se le daría de maravilla.

Estiró las piernas y miró el techo del hotel, ese hotel tan clásico del centro de Madrid donde lo había aparcado Vivien para evitar a las fans y a la prensa, aunque en la puerta ya había gente esperándolo con pancartas y regalos, y se pasó la mano por la cara un poco inquieto, luego miró el teléfono, abrió el email y le dio el Ok a Tom para que consiguiera un agente de gestación subrogada y empezara de una maldita vez con los trámites.

Su madre iba a poner el grito en el cielo, incluso sus amigos, Andrew más que Ewan, iban a cuestionar su decisión, pero le daba igual. Necesitaba tener una familia, necesitaba centrar su vida. Quería hijos, no solo uno, y estaba en el momento óptimo para emprender la aventura. No le cabía la menor duda.

—Hola, ¿qué hay?

Vivien entró en la suite y lo miró de reojo dejando su bolso en una mesa antes de entregarle un paquetito muy mono. Él lo miró con curiosidad y no lo tocó.

—No muerde, es una porción de tarta de zanahorias. El restaurante dónde he comido es famoso por su tarta de zanahorias y, te lo digo en serio, es sublime.

—Muchas gracias —lo abrió y miró la buena pinta que tenía—. Un poco de azúcar me vendrá de perlas.

—¿Qué tal las pruebas de sonido?

—Nunca me ha gustado la acústica de ese sitio, pero ha ido bien. Fred y Bob se han quedado al mando.

—¿Has comido?, ¿te ha gustado el japonés de...?

—Estaba bien, gracias. ¿Qué tal tu comida?, ¿cómo está la señorita Allard?

—¿Cómo sabes que he comido con Inés?

—No lo sabía, solo era una sospecha, pero acabas de confirmármelo.

—Muy suspicaz.

—¿Cómo está?

—Bien, como siempre.

—¿Qué tal su novio el franchute?

—No sé de qué me hablas.

—¿Las mujeres no habláis siempre de vuestros novios?

—Esa pregunta es tan tonta y fuera de lugar que paso. Mañana tenemos el jet disponible a partir de las nueve, esta noche no tiene permiso para despegar.

—Pues vaya mierda, quería dormir en mi casa después del concierto.

—Hemos hecho lo que hemos podido, pero hay restricciones y... ¿sabes quién se casa con Joe Wilkins? —de repente se quedó quieta y lo miró a los ojos sonriendo—. Brittany Strong.

—¿Joe Wilkins, el productor? —ella asintió—. Tiene al menos sesenta años.

—Ya, pero está forrado. Han anunciado su boda en la prensa de Nueva York. Si no recuerdo mal, se lo presentaste tú.

—Creo que sí —pensó en ese tío que era una estrella en el mundo de la producción musical estadounidense y sonrió—. Me alegro por Brittany, al fin ha encontrado a su vellocino de oro.

—Igual es amor —sonrió y lo miró de arriba abajo—. La estilista llega en una hora y media, ¿qué quieres hacer?, ¿vas a dormir?, ¿ensayar un poco?...

—Dile a la estilista que paso. Voy a tocar delante de quince mil personas, da igual cómo me vista —se puso de pie y se estiró—. Unos vaqueros y una camiseta son suficientes, soy *rockero*, por el amor de Dios.

—Vale, tú mismo.

—Necesitaré un recambio, el kilt, y en paz.

—Ok.

—Voy a ser padre, Vivien, eres la primera en saberlo.

—¡¿Cómo dices?! —se giró y lo miró con la boca abierta—. Estás de coña.

—No, no es broma. Voy a solicitar una gestación subrogada en los Estados Unidos, ya le he pedido a Tom que inicie los trámites.

—Vaya —se acercó a un sofá y se sentó en el reposabrazos— ¿Por qué?, eres un tío joven y lleno de oportunidades, ¿por qué no buscar una buena chica

que...?

—¿Una buena chica?. Las mujeres no me aguantan ni dos asaltos, Viven, lo sabes. Las buenas chicas huyen despavoridas de mí, mira a tu amiga Inés.

—¿Qué pasa con mi amiga Inés?

—Nada.

—¿Cómo que nada?, ya que has tirado la piedra, no escondas la mano.

—Solo te diré una cosa: aunque yo fuera el último hombre que pisa la tierra, una buena chica nunca me daría una oportunidad en serio, así que ya es hora de que me empiece a buscar la vida. Tengo cuarenta y un tacos y muchas ganas de ser padre.

—Siempre te pasa lo mismo cuándo conoces a un bebé nuevo. Te pasó con su sobrino Ian, con Jamie y ahora con Charlotte.

—Ojalá solo fuera un impulso pasajero, pero no lo es, llevo mucho tiempo dándole vueltas a esto.

—Vale, pero, no sé... conozco al menos a veinte mujeres que matarían por hacerte padre, no sé por qué tienes que acudir a una gestación subrogada.

—No compartiría un bebé con ninguna de ellas.

—No lo sabes.

—Lo sé, y no quiero estar dentro de nada peleándome por la custodia de un niño o sufriendo porque está en manos de una madre inestable o irresponsable. Lo he vivido con muchos amigos y eso es lo último que quiero para un hijo mío.

—Ok, lo entiendo. Me alegro mucho por ti —se acercó y le dio un abrazo—
¿Cuánto tarda el proceso?, ¿puedo ayudar en algo...?

—No sé cuánto tarda, pero no más de un año, me imagino. Todo está en manos de Tom, que se ocupará de contratar una agencia que lo gestione.

—Vaya noticia, Duncan, es increíble.

—Por supuesto, tenemos que llevarlo con una discreción absoluta. No le diré nada a mis padres o a los chicos hasta que todo esté atado y bien atado.

—¿No lo has hablado con Ewan o Andy?

—No, de momento no, pero sé que se alegrarán por mí.

—Eso seguro.

—Voy a echarme media hora, luego me doy una ducha y me visto. Que no me moleste nadie hasta la hora del concierto, por favor.

—Claro. Duncan...

—¿Qué? —se giró y la miró a los ojos.

—Inés no tiene ningún novio franchute, el chico que conociste en Edimburgo es su amigo Étienne, llevan años viéndose sin ningún compromiso, y creo que ahora ha roto definitivamente con él.

—No es asunto mío, te he preguntado por ella para incordiar un poco.

—No es verdad, prácticamente vivo contigo, te conozco. A mí no me engañas.

—No sé de qué me hablas.

—Te encanta Inés, estás loco por ella, se te nota. Fuiste muy feliz esos dos meses en que os comportasteis casi como una pareja normal, y pareces otra persona desde que te dejó tirado en Santorini, así que, lamento mucho que no tengas lo que hay que tener para ir a por ella.

—¿Perdona?

—Eres uno de los tíos con más huevos que conozco. Actúas ante veinte mil personas y ni parpadeas, te cruzas el planeta entero trabajando y nunca te quejas. Contestas entrevistas, sonríes a los paparazzi, atiendes a tus fans, vives tu fama con una tranquilidad pasmosa. Te tomas tu trabajo con una profesionalidad increíble. Cuidas de toda tu familia, matas por tus amigos, ahora has dado el paso de ser padre soltero, pero...

—¿Qué?

—Eres incapaz de plantarte delante de la chica que te gusta y decirle que te has enamorado de ella.

16

—En serio, Andy, es una preciosidad, parece una muñequita. Podrías ganar mucha pasta dejando que hiciera publicidad —contempló a Charlotte, que a su mes de vida era una cosita lindísima, y luego miró a Andrea, que la tenía acurrucada contra su pecho y no podía dejar de sonreír.

—Ya, ya —la miró a través del Skype y le guiñó un ojo.

—Si Jamie y a Charlotte hicieran anuncios de pañales, colonias o juguetes, os retirarían. Nunca he visto unos niños tan guapos, aunque, claro, no podía ser de otra manera con los padres que tienen.

—Eso es porque nos miras con buenos ojos.

—Es una opinión objetiva. ¿Qué tal lleva Andrew el permiso de paternidad?

—Bien, aunque ha empezado a leer Tesis, a escribir artículos y a colaborar un poco con la facultad a distancia, la mayor parte del tiempo está disfrutando de los enanos. Ya sabes cómo es.

—Un padrazo.

—¿Qué me cuentas tú?, ¿por qué no fuiste anoche al concierto de Duncan?. Iñaki me mandó un mensaje esta mañana diciéndome que fue la bomba, que los trataron de maravilla en la zona VIP y que se fueron de fiesta hasta las tantas.

—No se me ha perdido nada en un concierto de Duncan Harris. Qué pereza.

—¿Todavía estás enfadada con él?. Ya dura mucho ese cabreo ¿no? En el hospital se cortaba la tensión con un cuchillo. Andrew opina que tenéis muchas cosas pendientes que resolver.

—Andrew está muy equivocado.

—Yo estoy de acuerdo con él. Deberíais...

—Ay, Andy, te quiero, pero no pienso hablar de eso, en serio. Solo te he llamado para ver a los niños. ¿Dónde está Jamie?

—Mira, ahí viene. Hola, mi amor, ven y saluda a la tía Inés. ¿Te has comido toda la fruta?

—¡Hola, Jamie! —lo vio aparecer gateando por la cama y esperó a que Andrea le diera un beso en la frente antes de volver a hablar—. ¿Qué estabas haciendo?

—Manchana.

—¿Comiendo manzana?, qué rico, ¿te lo pasas bien con tu hermanita?

—Es un bebé.

—Sí, es una bebé pequeñita, pero ¿se porta bien?

—Sí.

—Tiene el pelo larguísimo —su madre intentó organizarle los rizos rubios y él le quitó la mano.

—Es igual que su padre —susurró Inés viendo aparecer a Andrew en la pantalla—. Hala, hablando del rey de Roma. ¿Qué tal, chaval?

—Bien, gracias ¿y tú? —se sentó al lado de Andrea y estiró la mano para acariciar la carita de Charlotte.

—No tan bien como vosotros, pero bien.

—Duncan vio ayer a todo el mundo en Madrid, menos a ti.

—No tengo tiempo para conciertos, estamos hasta arriba de trabajo. Alguien tiene que levantar el país. De hecho, debería dejaros en vuestro paraíso particular y volver a mi curro, me están llamando.

—Vale, llámame esta noche, cuando los niños estén dormidos, y así charlamos más tranquilas.

—Vale, Andy, adiós, Andrew. Adiós, mi amor... —le tiró un beso a Jamie y colgó la videollamada.

Si no fuera porque conocía muy bien a Andrea, la adoraba, quería a Andrew y a sus bebés de anuncio, verlos así de guapos, felices y enamorados, era una especie de pesadilla, porque parecían una pareja de mentira, de película, rodeados de amor y dulzura desmedida. Sin embargo, sabía que nada había sido fácil para ellos, que los dos se curraban mucho lo que tenían y que además estaban agotados con dos bebés en casa, como

todo mortal de a pie, así que eso los reconciliaba con el mundo, los hacía más humanos, provocaba que los quisiera aún más e incluso que, en el fondo de su corazón, los envidiara un poquito.

Ella nunca se había planteado la maternidad en serio, ni un matrimonio en serio, eso no había entrado jamás en sus planes, pero si alguien le podía garantizar algo de lo que había conseguido Andrea tal vez, en un futuro, se replanteara las cosas y empezara a abrir la puerta a nuevas opciones, entre ellas la pareja y los hijos. ¿Por qué no? No era de piedra, le gustaban los niños, la idea de la familia y anhelaba encontrar al hombre perfecto, enamorarse y fundar un hogar, como todo el mundo.

Claro que la cosa estaba complicada, porque tenía treinta y un años y todas sus “relaciones” acababan como habían empezado, es decir, sin mucha convicción y sin ninguna implicación por su parte, así que solo un milagro podía cambiar la curva y regalarle una oportunidad verdadera.

Si incluso Étienne, el soltero convencido, se había reencontrado con su novia del instituto, habían vuelto a enamorarse y ya tenían fecha para su boda. Incluso él, y muchos más, pensó de repente, repasando a varios ligues que la habían llamado o mandado emails durante el último año para contarle que se casaban o se iban a vivir con alguien.

Un par le habían propuesto ir en serio con ella y si ella aceptaba, mandar al traste a la novia de turno, pero salvo esos dos impresentables, lo cierto es que cada vez más conocidos empezaban a sentar la cabeza y suponía que era cuestión de la edad, porque todos cumplían años y el paso del tiempo era implacable.

Se estiró en la butaca y miró la pantalla del ordenador, movió el ratón y de pronto aparecieron muchas fotos de Duncan Harris en el WiZink Center de Madrid, dónde había actuado ante miles de personas, entre ellas, mucha familia y amigos de Andrea.

Vivien le había reservado un pase VIP e incluso se había ofrecido a enviarle un coche para que asistiera al concierto, pero no había querido aparecer por ahí. No se le había perdido nada en el WiZink Center, ni le apetecía nada reencontrarse con él que, la última vez en Edimburgo, le había soltado que le importaba y no la quería perder.

Esa noche en el hospital la había dejado completamente fuera de juego, no obstante, en seguida había recuperado la perspectiva y había comprendido que le había salido con esas simplemente porque Étienne estaba delante. Si ella hubiese estado sola, seguro que no hubiese abierto la boca, pero, claro, los hombres como Duncan Harris adoraban los retos y tener a otro tío en el partido solo había provocado que quisiera marcar territorio. Afortunadamente, había leído bien la jugada y había salido corriendo de allí.

No era la primera vez que veía enfrentarse a dos machos alfa por ella, o eso creían ellos, porque ella no estaba ni de lejos interesada en ese tipo de personajes y normalmente acababa cortando con los dos, así que sabía de qué iba la movida. Ya había pasado por ahí, no estaba dispuesta a creerle, y había logrado ignorar sus palabras y sus ojos oscuros brillantes.

Esa prueba la había superado con nota, pero aún lamentaba haber bajado la guardia con él (el hombre menos adecuado) durante casi dos meses. Se arrepentiría toda la vida de haber traspasado la barrera y haberse dejado llevar hasta la hecatombe de Santorini, así que ese no la volvía a pillar despistada, ni él, ni nadie, eso por descontado, por lo tanto, lo último que iba a hacer era ir a ver un concierto suyo en Madrid.

—Inés, preguntan por ti —una de las secretarias se asomó a su despacho y le sonrió bastante nerviosa.

—¿Quién?, no he quedado con nadie, que yo sepa —abrió la agenda del ordenador y vio que tenía el día limpio de reuniones—. Si no tiene cita, no puedo recibir a nadie, tengo mucho que hacer, quiero ir a comer bien por una vez y encima hay que mandar el informe a... ¿qué te pasa? —la miró con atención y ella se le acercó estrujándose las manos.

—No te lo vas a creer, es Duncan Harris, el cantante. Anoche lo estaba viendo en concierto y ahora... madre mía, es guapísimo...

—¿Duncan Harris? —preguntó poniéndose de pie y sin querer se miró la ropa que llevaba puesta.

—¿Lo dejo pasar?. No lo puedo mandar de paseo, es Duncan Harris —insistió con los ojos muy abiertos y a ella se le contrajo el estómago.

—La madre que lo parió —soltó finalmente en francés y agarró su abrigo y su bandolera—. No te preocupes, ya lo atiendo yo.

Salió de la oficina observando la pequeña revolución que se estaba montando entre sus compañeros, y en dos minutos llegó a la recepción donde la estrella ya se estaba haciendo *selfies* con la gente.

Se cruzó de brazos viendo cómo hasta los más tímidos lo abrazaban para salir juntitos en las fotos y dio un paso atrás recorriéndolo con los ojos porque, efectivamente, era guapísimo, eso no lo podía negar.

Iba vestido con vaqueros y una camiseta negra, botas de cowboy y un fular negro alrededor del cuello. Era alto, fuerte, tenía un cuerpazo y un aspecto muy viril. Era muy varonil, y muy sexy, y él lo sabía, conocía perfectamente los estragos que era capaz de provocar y los manejaba a su antojo, así que ella movió la cabeza con resignación, observando cómo sonreía o guiñaba un ojo dejando a más de uno al borde del desmayo, hasta que la descubrió y entonces se apartó del grupo para sonreírle de oreja a oreja.

—Señorita Allard.

—¿Qué haces tú aquí?

—Ayer tuve un concierto.

—No me refiero a... me refiero a aquí, en mi puesto de trabajo.

—Quiero llevarte a comer.

—No soy tu mascota, no tienes que llevarme a ninguna parte. Y deberías haber llamado antes.

—¿Por qué eres tan borde?, ¿eh? ¿Siempre es tan borde? —preguntó a su público entregado y ella bufó con ganas de matarlo.

—Ok, vamos.

Lo agarró por un brazo y lo llevó hacia los ascensores en silencio, esperó a que uno abriera sus puertas y lo metió dentro poniéndose las manos en las caderas.

—¿Cómo se te ocurre aparecer aquí sin avisar, Duncan?.

—Quería verte antes de volver a Londres.

—¿Y no podías llamar?

—¿Para qué?, si no me lo vas a coger —se le pegó al cuerpo y ella retrocedió.

—Esta es mi oficina y vienes tú, que eres una puñetera estrella a la que conoce todo Dios, y preguntas por mí. ¿Sabes cuántas semanas de cotilleo acarreará esto?

No pudo seguir quejándose, porque él la pegó contra la pared metálica, bajó la boca y le atrapó los labios. De pronto sentir su aliento caliente y delicioso la dejó sin fuerzas y no hizo ningún intento por apartarse, al contrario, separó los labios, le mordió la lengua y lo besó.

Besarlo siempre era un placer, porque besaba muy bien, parecía que te estaba devorando, y ella se dejó hacer mucho rato, con los ojos cerrados, simplemente sintiéndolo tan cerca, saboreando su saliva y aceptando, aún en contra su voluntad, que llevaba demasiado tiempo echándolo de menos.

—¿Inés? —preguntó alguien a lo lejos y no le hizo caso hasta que notó que el ascensor llevaba tiempo detenido. Se apartó de Duncan de un salto y miró a su jefe a los ojos.

—¿Hugo?, lo siento, estaba...

—Ya, ya hemos visto que estabas ocupada —sonrió e Inés descubrió detrás de él a su marido y a su secretaria, así que se puso roja como un tomate—. Las puertas se han abierto hace unos cinco minutos. ¿Qué tal estáis?

—Lo siento, yo...

—¡Tú eres Duncan Harris! —exclamó ignorándola y extendiendo la mano hacia Duncan—. Nos conocimos hace un par de años en Ibiza, en uno de los hoteles, soy Hugo y este es mi marido, Jordi. Ella es mi ayudante, Olga.

—Hola, sí, lo recuerdo, ¿qué tal estáis?

—Vaya, me encanta ese acento escocés, aunque apenas lo pillo —comentó Olga e Inés sintió cómo él se le pegaba al cuerpo y la sujetaba por la cintura.

—Sí, es lo que tiene ser de Edimburgo, el acento... —bromeó tan relajado e Inés los miró a todos comprobando que nadie se movía.

—Bueno, Hugo, me voy a comer, luego termino con...

—No, cariño, tómate la tarde libre, seguro que lo que tengas pendiente puede esperar —los recorrió a los dos con los ojos y luego fijó a vista en Duncan—. Trabaja demasiado, a ver si consigues que desconecte un poco, y encantado de verte de nuevo. Adiós.

Adiós, se despidieron y se apartaron para dejarlos entrar en el puñetero ascensor. Inés pensó que no había sentido tanta vergüenza en toda su vida, y arrancó a caminar de prisa hacia la calle, hasta que él llegó a su lado, la agarró de la mano con total naturalidad y la miró desde su altura poniéndose las gafas de sol.

—En tu casa o en la mía, estoy en el Ritz y está a dos pasos. Tú eliges.

18

Colgó el teléfono a su productor y se giró hacia la cama para contemplar a Inés, que estaba durmiendo como una princesa de cuento, entre las blanquísimas sábanas de esa cama también de cuento, de su suite del Ritz.

Era preciosa, tenía la piel resplandeciente, el pelo castaño largo y ondulado, y un cuerpazo sexy y femenino. Estaba delgada y en forma, pero tenía curvas, y aquello lo volvía completamente loco, porque desde bien jovencito le habían gustado las mujeres, mujeres. Es decir, prefería unas buenas caderas y un culo redondeado a las piernas escuálidas e interminables de una modelo de Victoria's Secret, aunque se hubiese acostado con más de una.

Se fue al minibar y sacó un zumo de piña, se lo sirvió en un vaso de cristal y se sentó en una butaca junto a la cama para pensar y disfrutar de las vistas.

Fuera hacía mucho frío, pero estaba despejado y el sol brillaba, y dentro el ambiente era inmejorable, estaba caldeado y tenía a una diosa de ojos verdes desnuda en su cama. No se podía quejar, menos aún porque no le había costado nada llevársela al hotel para quitarle la ropa, empujarla sobre la cama y hacerle el amor como un salvaje, bueno, los dos eran un par de salvajes, y el resultado había sido de diez, como siempre.

Respiró hondo y pensó en que se moría de hambre. Miró la mesa dónde aún quedaban restos de la comida ligera que les habían subido y se levantó para coger un poco de pan y de fruta, aunque lo que le verdad le apetecía era pedir un servicio de té y llamar a Vivien para que le reservara un buen restaurante para cenar. Una buena opción, no obstante, salir del hotel no era buena idea, no le apetecía nada y menos aún correr el riesgo de que una vez en la calle Inés decidiera largarse y dejarlo tirado.

Era imprevisible, pero su tendencia a salir huyendo era legendaria, así que no quería correr riesgos.

Regresó al sofá, agarró el teléfono del hotel y llamó al servicio de habitaciones para pedir el té, algo de picar y zumos naturales. Colgó y de soslayo observó cómo ella empezaba a espabilarse. Se inclinó, apoyó los brazos en las rodillas y esperó pacientemente a que abriera los ojos, se estirara y lo mirara con cara de sueño.

—Hola, ¿qué hora es?

—Las cinco de la tarde, la hora del té. Acabo de pedir que nos suban un servicio.

—Aquí no tomamos el té, aquí merendamos.

—Lo que sea, me apetece un té y hablar contigo.

—Ok... —se sentó en la cama, se tapó con las sábanas y se despejó el pelo de la cara—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, solo necesito hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

—¿Nosotros?, no tenemos nada que hablar sobre nosotros, ya te dije en Escocia que...

—Ya sé que Santorini es agua pasada, que no quieres darle más vueltas a eso, ni hablar conmigo... pero yo...

—Mira, Duncan... —suspiró y lo miró a los ojos—. Hasta hace cuatro horas no quería ni volver a verte, me había hecho la promesa de borrarte de mi vida. Había dado por cerrado este capítulo, así que, sinceramente, no me apetece nada hablar de nosotros, porque no hay ningún nosotros.

—Pero estás aquí conmigo.

—Porque soy así de débil —sonrió, pero él se mantuvo serio.

—Y... ¿qué pasa con lo que yo pueda sentir?

—¿Perdona?

—Ya sé que a ti no te gusta que yo te guste, pero resulta que tú a mí sí me gustas, muchísimo, me importas y no puedo cerrar ningún capítulo, al

menos no así.

—Madre mía —se abrazó las rodillas y respiró hondo.

—He estado pensando mucho en esto, lo que sea que tengamos y, sinceramente, me gustaría que fuera más “normal”. Me gustaría que intentáramos tener una relación adulta y que dejáramos de hacer el gilipollas.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué me dice estas cosas ahora?

—Tal vez porque llevo más de tres años haciendo equilibrios con alguien que no es ningún ligue, ni ninguna amiga con derecho a roce. Eres mucho más que todo eso, lo sabes, y yo ya me hartado de ocultarlo.

—... —guardó silencio sin mirarlo a la cara y él estiró las piernas y se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Qué soy yo para ti?

—Me lo he preguntado muchas veces y sigo pensando que no quiero hablar sobre esto.

—¿Por qué?, ¿te avergüenza reconocer lo que sientes?

—No me avergüenzo de nada.

—Es lo que parece.

—No es verdad.

—Haces lo que sea para que no te relacionen conmigo, para mantener las distancias conmigo, para que nadie sepa que cuando estamos solos somos felices, en realidad, somos la bomba, y nos llevamos de maravilla.

—Pero eso no es porque me avergüence de lo que siento, es porque... en fin... si no es algo serio y estable, no hay necesidad de involucrar a nuestro entorno, ni pregonarlo a los cuatro vientos.

—Si no tenemos algo estable es porque nunca lo hemos intentado.

—Eres una puñetera estrella del rock, Duncan, vives en otra dimensión, no necesitas relaciones estables, ni historias serias, ni yo necesito quedarme en casa esperándote —se levantó de la cama y se envolvió con el edredón.

—Eres de las pocas personas en el mundo que me conoce de verdad, que sabe exactamente quién soy, cómo es mi vida real, mi vida familiar o mi

intimidad... ¿cómo te atreves a dar por hecho que no necesito estabilidad, ni historias serias?

—Bueno, a lo mejor la que no necesita nada serio soy yo.

—Ok, de acuerdo, pues yo te estoy pidiendo una oportunidad para cambiar eso.

—¿Para qué?, ¿vas a dejar a tu ristra de Mimis Craigs y vas jugar a las casitas conmigo?

—Siento mucho lo que pasó en Santorini, Inés, pero me gustaría que tuvieras en cuenta que yo no lo planeé así, ni lo provoqué, ni lo esperaba. Fue una sorpresa y si no te hubieses ido de ese modo, habríamos resuelto el tema de una forma bastante más serena.

—Te pasaste casi dos horas con ella después de que yo me marchara de la suite.

—No fue tanto tiempo y luego bajé a buscarte, pero ya fue imposible hablar contigo.

—¿Te acostaste con ella?

—No, pero sí hubo sexo oral.

—Perfecto, a los cinco minutos de salir yo de tu cama. Por cosas así mantengo las distancias, no concibo nada serio y, por supuesto, procuro que no me relacionen contigo.

—Inés...

—Soy una tía fuerte, sí, y con experiencia, pero no pienso pasar por algo semejante nunca más, fue horrible, así que, dejémoslo correr. De hecho, debería irme, aún me puedo pasar un rato por la oficina.

—¿No confías en mí?, ¿todo se reduce a eso?

—A las pruebas me remito.

—Ok, *touché*, tienes razón, pero ahora, por primera vez desde que nos conocemos, te estoy pidiendo estar juntos y eso implica una estabilidad, un compromiso y, por supuesto, una relación en exclusiva. Soy un tío de palabra ¿sabes?, creo que puedes confiar en mí.

—¿Y tú confías en mí?

—Absolutamente.

—Sigo sin entender a qué viene esto ahora.

—Ayer Vivien me sugirió que te buscara y acabara de una vez por todas con nuestras tensiones y nuestro distanciamiento. Me dijo que nunca me había visto más feliz que durante esos dos meses que estuvimos juntos. Me animó a aceptar lo que me estaba pasando y... bueno... yo... después de un concierto ante diecisiete mil personas anoche en Madrid solo quería verte a ti, Inés, solo me importaba que tú no estuvieras allí, así que no puedo seguir negando lo que siento.

De pronto el servicio de habitaciones llamó a la puerta y ella aprovechó para meterse en el cuarto de baño, así que se giró para recibir al mayordomo y a la camarera que entraron con un carrito lleno de delicias, y esperó con calma a que sirvieran el té mientras miraba de reojo hacia el dormitorio, rogando al cielo porque Inés no saliera vestida y dispuesta a marcharse de inmediato después de la encerrona que le estaba haciendo.

La había pillado a traición y sin paños calientes, pero algo le decía que con ella no se podía hacer de otra manera, así que confió en su instinto, se sirvió una taza de té y antes de poder echar mano a un bocadillo de pepino sintió su voz a la espalda. Tragó saliva y se volvió para mirarla a los ojos.

—Vale, mira... No tengo nada que reclamarte, ni reprocharte, ni mucho menos exigirte, Duncan. Lo de Santorini ya es agua pasada, no tenías ningún compromiso conmigo y el plan era divertido y muy normal entre amigos, aunque a mí no me gustara, de hecho, me dejó hecha polvo, y por esa razón prefiero olvidarlo. No tenemos nada más que hablar sobre el tema, ni nada que discutir al respecto y por lo demás...

—Pero es que lo que yo quiero —la interrumpió y ella frunció el ceño—. Lo que me gustaría, es que me reclames y me reproches, me exijas explicaciones y me pidas todo lo que necesites de mí.

—¿Perdona?

—Nunca me pides nada y eso resulta frustrante.

—No entiendo.

—Es frustrante que nunca, jamás, en ninguna circunstancia, me necesites.

—Madre mía —se desplomó en un sillón y se restregó la cara con las dos manos.

—Yo te necesito y me gustaría que empezáramos algo. Ya es hora de que dejemos las aprehensiones aparte y nos demos una oportunidad.

—Podemos seguir viéndonos, si es lo que quieres, porque, aunque no te llame o te reclame atención o explicaciones, a mí también me gusta mucho verte y pasar tiempo contigo.

—Vaya, al menos eso es un paso, pero lo que te estoy proponiendo requiere un poco más.

—¿Qué más?

—Quiero que aceptes que te gusto de verdad, y así yo podré decirte que estoy enamorado de ti.

Se oyó decir aquello en voz alta y sin querer dio un paso atrás con el corazón bombeándole con fuerza contra los oídos. No había reconocido algo similar desde los catorce años y comprendió que ya no había marcha atrás, que ya estaba vendido y a su merced, así que se pasó la mano por la cara un poco incómodo, luego miró a su alrededor y finalmente bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Ok, ya lo he dicho, haz lo que quieras con esta confesión, pero, por favor, no cojas tus cosas y salgas corriendo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, hizo un puchero y se echó a llorar agarrando un cojín, él se acercó y se arrodilló a su lado para abrazarla.

—Oye, no te agobies, solo necesitaba verbalizarlo. Ni siquiera había planeado decírtelo hoy, solo quería verte, hablar y empezar de cero, pero, joder, somos adultos. Tengo cuarenta y un años, no tengo que justificarme y tampoco puedo seguir ocultando lo que siento. ¿Inés?

Siguió sin decir nada, hasta que de repente lo agarró de la mano y lo obligó a ponerse de pie para abrazarse a su pecho muy fuerte.

Él la estrechó y le besó el pelo tratando de mantener la calma, y tratando de contener el tsunami que había desatado, porque confesar amor a alguien que no sentía lo mismo por ti podía llegar a ser un problema de

dimensiones astronómicas. Lo sabía, lo había vivido mil veces desde el otro lado, y no le gustaba nada pensar en lo que haría ella a partir de ese momento.

—Oye, no pasa nada. Tranquila, solo estamos hablando.

—Yo no sé lo que siento, si es amor o simplemente algo muy parecido —soltó al fin apartándose para mirarlo a los ojos—. Pero sí sé que nunca he sentido algo tan fuerte por nadie. Sé que raramente puedo dejar de pensar en ti y que te añoro a todas horas, a pesar de lo cual, he aprendido a controlarlo, a relativizarlo, a no esperar nada porque es cierto, no me fío de ti, ni de tu vida, ni de esa existencia de locos que llevas.

—Ok, pero yo...

—Es difícil confiar en alguien que tiene el mundo a sus pies y que solo te busca para llevarte a la cama —sonrió enjugándose las lágrimas—, pero supongo que nada es inamovible y que las cosas pueden cambiar y mejorar, quiero decir, que yo tampoco soy perfecta, pero al menos podríamos intentarlo.

—O sea que... ¿quieres ser mi novia? —le sonrió para relajar un poco el impacto y ella movió la cabeza.

—Novia me parece una palabra muy seria, pero podemos empezar por salir juntos.

—Me parece perfecto.

19

—Me importa que acudas a la gestación subrogada, pero no por una cuestión egoísta o porque me ponga celosa o... yo no soy así... —salió del cuarto de baño con el cepillo de dientes en la mano y lo miró muy seria. Él, desde la cama, apartó el portátil y le prestó atención—. Es porque tengo algunas dudas sobre el tema, sobre el papel de esas mujeres, obviamente sin recursos, a las que se les paga por alquilar su vientre. Es una cuestión más bien ética, porque no sé hasta que punto es justo que la gente rica consiga un bebé aprovechando las carencias de otras personas.

—Lo haremos de forma completamente legal y con todas las garantías éticas y morales posibles.

—¿Y por qué no la adopción?

—No la descarto, pero a mi edad solo me darían un niño ya mayor y no me siento capaz para enfrentarme a eso de la noche a la mañana.

—Vale...

Le sostuvo la mirada unos segundos y luego regresó a ese inmenso cuarto de baño para terminar de lavarse los dientes.

Acababa de llegar a Edimburgo procedente de Madrid tras una semana de locos en el trabajo. Hugo había decidido comprar un par de casas rurales en Extremadura y le había tocado supervisar los planos de las reformas y aprobar presupuestos, entrevistar gente por video conferencia y estar a la altura, aunque lo único que le apetecía era correr a Escocia para abrazar a Duncan, meterse en su cama y no levantarse nunca más.

Necesitaba unas largas vacaciones y lo necesitaba a él, a su escocés “persistente y cabezota”, que hacía más de un mes la había sorprendido en Madrid confesando sus sentimientos por ella.

Cada vez que recordaba aquel momento en el hotel Ritz se le ponían las piernas de lana, y se le contraía el estómago, porque había sido muy impactante, y la había hecho llorar durante un día entero, porque, a pesar

de su consuelo y sus abrazos, se había pasado hecha un mar de lágrimas muchas horas, y le había costado una semana entera recuperarse de la impresión.

Ni en sus mejores sueños podría haber imaginado que le importaba de verdad, que la quería de verdad y que estaba enamorado de ella. Era lo más insólito que le había pasado en la vida, y por esa razón le había costado unos días asimilarlo, y le seguía siendo imposible decir en voz alta lo que ella también sentía por él. Seis semanas después de aquello, se mantenía en sus trece, sin decirle que también lo quería, porque necesitaba tiempo. Tiempo para comprobar que su amor por él era libre y sincero, y no estaba influenciado por su declaración de amor repentina y tan bonita en Madrid.

Por supuesto, era consciente de que llevaba mucho tiempo, seguramente desde que lo conocía, bebiendo los vientos por él. Era obvio que estaba loca por sus huesos, que adoraba hacer el amor con él y pasar tiempo juntos, que lo echaba de menos y que la afectaba mucho más que cualquier otro ser humano del planeta, pero eso era una cosa y otra muy diferente era gritar a los cuatro vientos que lo amaba y que estaba enamorada de él. Eso requería un poco de calma y, afortunadamente, él se la estaba dando.

Al menos habían conseguido traspasar una barrera invisible y desde ese mismo momento las cosas habían variado de la mejor manera para los dos. Desde esa tarde en el Ritz no habían vuelto a discutir por tonterías, se veían todas las semanas, hablaban cuatro o cinco veces al día, ella había dejado de huir y esconderse, y él se había relajado y se había convertido en una especie de novio atento y entregado.

Lo primero que había hecho había sido prometerle fidelidad y una relación en exclusiva. Ella no se habría atrevido jamás a exigirle nada, pero él había hecho esa declaración de intenciones confesando que no necesitaba de nadie más, que estaba enamorado y que solo quería estar con ella, que necesitaba y quería ser fiel, y ella había aceptado la promesa comprometiéndose a lo mismo.

Desde ese punto habían rehecho sus “acuerdos” y todo funcionaba de maravilla. Se sentía plena, segura y feliz, le había dado la llave de su piso

y a veces llegaba del trabajo y se lo encontraba allí haciendo la cena por sorpresa, o coincidían en Londres ajustando al milímetro sus agendas de trabajo, o lo mejor de todo, quedaban en Edimburgo donde se encerraban en su casa, a una manzana de Andrea y Andrew, para pasar unos días calientes y muy intensos a solas, ensimismados el uno en el otro, ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor.

Su abuela Colette siempre decía que en la vida hay dos cosas que no se pueden ocultar, "el amor y el dinero", y tenía toda razón, porque a los pocos días de la declaración de Duncan, Andy la había mirado a los ojos a través del teléfono y le había sacado sin mucho esfuerzo una confesión. Dos preguntas y le había acabado contando todo y habían llorado juntas y ahora, mes y medio después, ya compartían abiertamente su relación con todo el mundo, por supuesto con Vivien, los Andys, con Ewan o sus respectivas familias.

En el fondo se trataba de normalizar las cosas, decía Duncan, que no pretendía ocultarle a nadie lo suyo, y ella poco a poco estaba empezando a mencionarlo en voz alta, incluso a sus padres o en el trabajo, y empezaba a aceptar que él, el tío más increíble y guapo del universo, se había convertido en su chico, el hombre de sus sueños, seguramente el gran amor de su vida.

—¿Qué pasa? —de repente apareció por su espalda y la abrazó mirándola a través del enorme espejo del baño—. Si no te parece bien, no lo hago.

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué?, ¿la puta gestación subrogada, Inés?

—No he dicho nada, solo estaba dando mi opinión, y si quieres hacerlo, estupendo. Hugo y su marido tienen dos niños gracias a ese método y son muy felices.

—Pero ninguno de los dos es una mujer, no les quedaba otro camino.

—Hay muchos heteros que lo están haciendo, por mi parte no tengo nada que decir, al contrario, si vas a hacerlo te apoyaré en lo que necesites, como todos los demás, tu familia y tus amigos.

—Mi madre dice que si lo hago me retira la palabra.

—Bueno, pero nos tienes a nosotros, no estarás solo con esto —le sonrió y dejó el cepillo de dientes en su sitio—. ¿Has hablado con Andrew?, les he dicho que mañana la cena la organizamos aquí, así pueden traer a los niños, ¿te parece bien?

—Sí, claro.

—Puedo hacer sopa de ajo o algo así, a mi madre le queda de cine, le pediré la receta —se giró y lo miró a los ojos acariciándole el pecho desnudo—. Si crees que andarás muy justo de tiempo lo dejamos para pasado mañana.

—No, está bien, solo voy a Glasgow, a mediodía estaré de vuelta.

—¿Qué te pasa? —se le pegó al cuerpo buscando sus ojos y él bufó apartándose de ella.

—Ni por una milésima de segundo se te ha ocurrido pensar que en realidad lo que quiero es tener hijos por el método tradicional. Ver a mi mujer embarazada, participar en el proceso, acudir al parto o sentir a mi hijo desde el primer momento, desde que da la primera patada o desde la primera vez que se mueve dentro de su madre.

—¿Qué quieres decir, Duncan?

—¿No quieres darme hijos?, ¿esa posibilidad es desde todo punto de vista imposible?

—¿Qué? —sintió igual que un jarro de agua helada encima y se cruzó de brazos. Él la miró con los ojos entornados, se giró y se volvió al dormitorio sin hablar—. Duncan...

—Déjalo, Inés, no te estoy presionando, solo era una pregunta. En este momento de mi vida necesito ver las opciones con las que cuento, nada más, no te preocupes.

—¿No te parece muy precipitado estar hablando de hijos cuando acabamos de empezar a...?

—Te conozco desde hace diez años, llevo enamorado de ti no sé cuánto tiempo, no tengo ninguna duda de que tendría hijos contigo, ni la más mínima, pero es igual. Vamos a pasar, no quiero discutir.

—Yo tampoco quiero discutir, pero...

—Ok, buenas noches. Mañana me recogen a las siete, así que debería dormir.

Se metió en la cama, se tapó con el edredón y le dio la espalda. Ella miró a su alrededor con una desazón enorme en el centro del pecho sabiendo, fehacientemente, que su sueño de amor y amistad perfecta podía empezar a resquebrajarse por ese flanco, y dio un paso atrás con ganas de decir algo coherente y tranquilizador, pero no pudo. No pudo porque acababa de empezar a abrir diques y el de la maternidad seguía estando a años luz de distancia.

Se sentó en la cama y lo acarició por encima del edredón, pero él no reaccionó, la ignoró porque estaba esperando de ella mucho más de lo que ella era capaz de dar, así que se acomodó a su lado sin moverse, cerró los ojos y se durmió.

—¡Inés!

—¿Qué? —se sentó en la cama y se encontró con Andrea, que llevaba a Charlotte en brazos, de pie junto a la cama. Parpadeó confusa y trató de situarse— ¿Qué haces aquí?

—Tenemos llaves. Te hemos estado llamando y no había forma humana de que contestaras, así que he venido a buscarte mientras Andy lleva a James a la guardería.

—Apagué el teléfono, pero... ¿qué pasa?

—Duncan ha tenido un accidente, su coche volcó llegando a Glasgow.

—¿Qué?! —miró a su lado y no lo vio, volvió a mirar a Andrea y de repente recordó que estaba en Edimburgo y que Duncan se había marchado muy temprano y sin despedirse. Apartó el edredón y se levantó de un salto— ¿Cómo está?

—Lo están operando. Andrew se va a Glasgow, sus padres están en Alicante, sus hermanos no sé dónde y Ewan viene desde Londres, así que...

—¿Operando de qué?

—No lo sé, cariño, es pronóstico reservado, al novio de Vivien tampoco le han querido decir nada.

—Vale, vale... —respiró hondo y la miró a los ojos—. Voy a vestirme, dile a Andrew que me voy con él, por favor, que me dé diez minutos.

Se dio una ducha rápida y se vistió a mil por hora rezando y pidiendo a Dios que estuviera bien. Nunca rezaba porque de normal, ante cualquier crisis, solía mantener la calma, el aplomo y la tranquilidad, pero esa mañana su legendario autocontrol la dejó tirada y un miedo irracional empezó a subirle por todo el cuerpo, y cuando bajó corriendo a la primera planta y cogió un termo pequeño de café que Andrea le había preparado, ya iba llorando angustiada, así que se abrazó a ella muy fuerte antes de salir a la calle dónde Andrew la estaba esperando en su coche.

Lo demás había sido una verdadera tortura, porque el tráfico en hora punta era espantoso en Edimburgo, igual que en Madrid o en París o en la Conchinchina, por eso Duncan se había ido tan temprano esa mañana, porque a las nueve en punto recibía un Doctorado Honoris Causa en el Real Conservatorio de Glasgow.

Ella no había hecho nada por acompañarlo y él no se lo había pedido porque acababa de llegar de Madrid y porque pensaba volver en seguida, le había dicho, porque aquello era un honor, pero principalmente era un trámite en medio de su apretada agenda y pensaba salir corriendo en seguida, en cuanto tomara algo en el cóctel de rigor; y esa circunstancia, el no haber ido con él, el no haberse ni siquiera despedido, le machacó la cabeza y el corazón todo el trayecto hasta allí, la hora y media que tardaron en llegar al Queen Elizabeth University Hospital de Glasgow, donde Andrew entró con su serenidad y firmeza habitual pidiendo hablar con los médicos y exigiendo un informe exacto del estado de salud de Duncan Harris.

—Ha sufrido un neumotórax por impacto, tiene varias costillas astilladas, una fractura limpia de tibia y peroné. Le estamos haciendo pruebas neurológicas y una valoración general más exhaustiva. Fue un accidente muy aparatoso, pero, afortunadamente, de momento, está fuera de peligro —les explicó un médico muy joven y ella se adelantó y lo miró a los ojos.

—¿De momento?

—Está en un quirófano, señorita, todo es susceptible de empeorar, o no. Lo importante es que en este momento ya ha superado el colapso del pulmón y...

—¿Y las pruebas neurológicas? —intervino Andrew y el doctor asintió.

—Al ingresar se le hizo un TAC para descartar lesiones de importancia, pero después de la operación se le hará una resonancia magnética.

—Ok, gracias y ¿se sabe algo de lo que pasó? Porque la policía no nos ha dicho nada en concreto.

—Al parecer fue una colisión frontal con un vehículo de grandes dimensiones, pero será mejor que lo consulten con la policía. Imagino que pronto aparecerán por aquí.

—¿Y los demás pasajeros? —preguntó Inés pensando en Vivien y él movió la cabeza mirando al infinito.

—Todos están siendo asistidos. Informaremos a sus familiares puntualmente.

—Gracias.

—En cuanto pase a la UCI les avisaremos.

—Muchas gracias... madre mía... —masculló en español impotente y luego observó a Andrew, que se estaba restregando la cara con las dos manos—. Seguro que se pondrá bien, Andy.

—No tengo la menor duda, es más duro que una piedra.

—Sí, claro que sí...

—No te preocupes, saldrá de esta, como de otras tantas, y esta vez con mayor razón porque tú lo estás esperando —ella asintió haciendo un puchero y él se acercó y le dio un abrazo antes de apartarse sacando el teléfono móvil—. Voy a llamar a Andrea, ahora vuelvo.

—Ok...

Lo observó salir con paso firme hacia la entrada y luego entró en la sala de espera buscando el termo en la mochila para tomar un sorbo de café. Se sentó en un rincón notando cómo le temblaba la mano y el cuerpo entero, y se tapó la cara echándose a llorar.

No servía de nada que llorara, pensó sacando los pañuelos de papel. No ayudaba que se asustara y preocupara a los demás, porque lo único que importaba en ese momento era estar firme y serena para Duncan, para cuando saliera sano y salvo del quirófano y necesitara ánimos y cuidados, no a una tía llorona, temblorosa e inútil a su lado. Así que debía serenarse y ser positiva, debía recuperar el control de sus actos y debía ser valiente, aunque el alma se le estuviera haciendo trozos.

Pensar en él asustado y herido tras el accidente, ensangrentado o inconsciente, sufriendo dolores o con dificultades para respirar, la paralizó de repente, se le contrajo todo el cuerpo y el corazón se le subió a la garganta, porque contemplar la idea de que Duncan Harris era tan frágil y vulnerable como los demás la aterraba.

Él era el tío más saludable y fuerte que conocía, el más divertido y alegre, con tanta energía y tanta pasión, y si le pasaba algo, si estaba sufriendo, ella se podía morir... si le pasaba algo grave se moriría de verdad, estaba completamente segura.

—Mis padres ya están en casa con Andy y la niña, cualquier excusa es buena para ver a los nietos —bromeó Andrew sentándose a su lado—. Ewan acaba de aterrizar.

—¿Cómo te enteraste del accidente?

—Llamaron a Ewan, es su contacto para emergencias.

—Pues yo había apagado el teléfono porque necesitaba dormir, llevo unos meses con tanto trabajo que... ni siquiera me despedí de él, salió muy pronto y encima estaba un poco enfadado conmigo y yo... si le pasa algo, Andy... si llegara a pasarle algo, yo...

—Vamos, no llores, se pondrá bien, es como un toro... —le acarició el brazo y ella se sonó.

—¿Tú siempre quisiste ser padre? —le preguntó sin venir a cuento y él parpadeó antes de clavarle los ojos azules.

—¿Si siempre quise ser padre? Bueno, sí, aunque no lo tuve claro hasta que no conocí a Andy. Con ella la necesidad se hizo concreta, ¿por qué?

—Duncan está medio obsesionado con la idea de la paternidad y yo lo apoyo con el tema de la gestación subrogada, pero anoche me dijo que

quería tener hijos conmigo y yo... yo no contesté lo que él quería y se enfadó, se fue a dormir enfadado y ahora me arrepiento tanto.

—Seguro que podréis volver a hablar sobre eso mil veces, Inés...

—Acabamos de empezar, para mí es en realidad mi primera relación en serio... no puedo plantearme ni en sueños un escenario con niños y familia, y me encantan los niños, pero como quién dice nos acabamos de conocer.

—Vale.

—No sé por qué te cuento esto, Andrew, lo siento, estoy nerviosa.

—No pasa nada.

—Duncan es lo más importante para mí, pero no puedo perder el control de mi vida.

—Hay momentos en la vida en los que no es necesario controlarlo todo, porque es imposible contener lo inevitable. A eso se le suele llamar amor.

—Eso es muy poético, pero yo no sé vivir de otra manera.

—Todos, alguna vez, experimentamos ese instante mágico en el soltamos amarras y aprendemos a vivir de otra manera.

—Hola.

Ewan apareció de la nada y Andrew se puso de pie para darle un abrazo, ella hizo lo mismo y luego se volvió a sentar un poco mareada, pensando en las palabras de Andrew, porque tenía toda la razón. Se había pasado toda la vida poniendo controles y manejando los hilos, y de repente todo se había descalabrado en ese “instante mágico”, en el que ese escocés insólito y maravilloso, que ahora la tenía muerta de preocupación en un hospital, había arrasado todo su universo y le había roto todos los moldes.

Esa era su realidad, su nueva vida, y continuara o no luchando contra los elementos, tendría que empezar a asimilarla. Tendría que empezar a aceptar lo inevitable.

—Los familiares de Duncan John Harris —anunció de pronto una enfermera desde la puerta y los tres saltaron y la siguieron hacia un pasillo lateral.

—¿Cómo está? —preguntó Ewan y la mujer forzó una sonrisa leyendo la carpetita que llevaba en la mano.

—Ha salido del quirófano, está en la UCI y fuera de peligro, el pronóstico es bueno. Ha superado la operación con éxito y se recuperará. Dentro de un tiempo prudencial podrá entrar una persona a verlo y los demás podrán hablar más detenidamente con el médico.

—Gracias a Dios —susurró y Andrew la abrazó por los hombros.

—Podéis subir a la segunda planta y esperar en la sala de familiares. ¿Quién entrará a verlo primero? —preguntó con el boli en el aire y los tres se miraron con cara de pregunta.

—Que pase Inés —resolvió Andy—. Seguro que prefiere verla a ella primero. Ya pasaremos nosotros más tarde.

—¿Usted? —la miró a los ojos y ella asintió— ¿Quién es?

—Inés Allard, soy su novia.

20

Seis meses después.

Cielos despejados en Edimburgo a principios de septiembre.

Se acercó al espejo de cuerpo entero que había instalado la estilista y se dio el visto bueno. Pensaba hacer dos cambios de vestuario y los dos incluían un kilt. Estaba en su tierra, en Escocia, y pensaba homenajear sus raíces, además, a Inés le encantaba ese *look* y si ella lo quería, se lo daría.

Dio un paso atrás y se tocó la pierna. Llevaba cuatro meses sin escayola y haciendo rehabilitación, estaba en plena forma, pero le preocupaba un poco sobrecargarla, así que llamó a su *manager* para recordarle que necesitaba una silla alta en el escenario. Sabía que estaba perfectamente preparado para volver a actuar en directo, pero esa sería su primera vez desde el accidente, y prefería mantener algunas precauciones.

Gracias a Dios, los huesos le molestaban cada vez menos, sus pulmones estaban perfectos, después de muchos ejercicios con su profesora de voz y siguiendo los consejos de su médico, y físicamente estaba incluso mejor que antes. Estaba fuerte y saludable, se sentía bien, solo le fallaba un poco la cabeza, porque los recuerdos del accidente y de todo aquello aún lo atormentaban de vez en cuando, pero, por lo demás, la vida lo estaba tratando de maravilla. Había superado dos operaciones en la pierna, una recuperación un poco larga y dolorosa, y una rehabilitación draconiana, pero se podía considerar afortunado.

Se sentó en un sofá y miró los atriles con sus guitarras, luego desvió los ojos y observó con calma el camerino que el habían preparado en Murrayfield, el estadio al oeste de Edimburgo donde esa noche retomaba sus directos, delante de sesenta y siete mil personas, entre ellas, muchos familiares, vecinos y amigos.

Su primer concierto tras ganar The XFactor, hacía más de veintidós años, lo había hecho allí, cerca de casa y con los suyos, así que había decidido que era el mejor sitio para volver a subirse a las tablas tras

superar la experiencia más traumática de su vida. Porque estaba claro, el accidente, esa lluviosa mañana a mediados de marzo, lo había enfrentado a la muerte, pero lo peor había sido el dolor, el miedo y la indefensión que había experimentado, y aquello no lo podría olvidar en la vida.

Llovía un montón esa mañana en Glasgow y conducía uno de sus escoltas cuando un camión enorme se les había echado encima de repente. El conductor no había podido esquivarlo y el impacto había sido espantoso, los había hecho dar varias vueltas de campana, y a él el airbag del copiloto se le había incrustado en el pecho. En seguida supo que la cosa era grave, porque cuándo despertó no podía respirar y tenía la pierna izquierda hecha un cisco, y la desesperación empezó a apoderarse de él y se desmayó varias veces, muerto de dolor, hasta que los servicios de emergencias los sacaron de entre los hierros y lo entubaron y despertó en una UCI del Queen Elizabeth University Hospital de Glasgow.

Eso era todo lo que recordaba, aunque en sueños veía otras cosas, y se repetía el dolor y la impotencia, el miedo puro y duro, y lo pasaba fatal. Era el schok postraumático, le decía todo el mundo, y él lo sabía, pero odiaba sentirse así, así que prefería no hablar del tema con nadie, solo lo hablaba con Inés, porque ella lo había acompañado desde el minuto uno y con ella se sentía libre para quejarse y dar mil vueltas al tema, y llorar y desahogarse.

Inés, su preciosa diosa de ojos verdes.

Pensar en ella lo reconfortó de inmediato, porque Inés Allard no solo era su chica, su amante, su amiga y su compañera, también había sido su enfermera, su sicóloga, su sostén, su mano firme en los momentos de dolor, su paciente e incansable escolta, su bastión, todo lo que había necesitado, y por eso la amaba incluso más que antes, y la respetaba, y trataba de hacerla feliz.

Lo primero que había visto al despertar en la UCI habían sido sus ojos verdes. Estaba llorando y un poco despeinada observándolo con cara de angustia, pero ahí estaba, preciosa y a su lado, y ese detalle lo había conmovido hasta lo más profundo de su ser, y se había echado a llorar y ella le había cogido la mano, y desde ese mismo instante no se la había vuelto a soltar.

Desde ese mismo instante su amor había estallado muy por encima de lo que él era capaz de explicar, de expresar con palabras, y su relación frágil y llena de precauciones del principio había florecido al fin, se había situado, se había asentado, y había dejado de ser solo un proyecto, una quimera, para convertirse en una realidad mucho más concreta y feliz.

Sin que él se lo pidiera, mientras aún estaba en la UCI, ella había decidido solicitar todas las vacaciones que le debía su empresa y quedarse con él en Escocia, primero en Glasgow y luego cuando lo trasladaron al hospital de Edimburgo, para estar a su lado firme como una roca, tomando decisiones, atendéndolo y cuidándolo las veinticuatro horas del día, hasta que lo llevaron a casa un mes después, y entonces retomó el trabajo a distancia, a través de Internet. Un invento que le duró solo otro mes, momento en que su jefe le puso un ultimátum y la obligó a tomar una decisión irrevocable: volver a su oficina y a sus viajes, o dimitir y, contra todo pronóstico, una buena mañana, decidió dejar a Hugo y sus hoteles para siempre.

Nadie podía imaginarse que haría algo así, pero ella le aseguró que no solo lo hacía por él, por quedarse a su lado, también lo hacía porque tras diez años de duro trabajo y entrega absoluta a la empresa de Hugo Aguirre, él no había sabido estado a la altura, no la había apoyado lo suficiente en un momento personal tan delicado e importante, y la había decepcionado un montón.

Poco tiempo después supo que Aguirre le había bajado el sueldo y la había chantajeado de mil formas para que volviera a Madrid. Motivo más que suficiente para que lo mandara de paseo y se olvidara de ellos para siempre.

Ese traspie profesional, motivado principalmente por su culpa, aún le reconcomía el alma, pero a Inés parecía no importarle. En seguida se hizo cargo de algunas tareas de Vivien, que estaba de baja también, aunque afortunadamente había salido mucho mejor parada del accidente, y había empezado a colaborar desde casa con su fundación.

En medio de ese nuevo escenario, a los tres meses de estar en Escocia, viajó un día a Madrid y cerró su piso alquilado, recogió sus cosas y se instaló en su casa de Edimburgo con total naturalidad. A los cuatro

aceptó la oferta de Ewan de trabajar oficialmente con la fundación Duncan Harris Scotland y desde entonces codirigía el patronato con su talento y eficacia de siempre. Ewan estaba encantado, ella parecía muy feliz, Andrea no cabía en sí de gozo y todo parecía haberse recolocado.

Por supuesto, a nivel sentimental, el tenerla con él era mucho más de lo que podía desear. Se amaban, se respetaban, se entendían, también se peleaban y discutían, claro, porque ambos tenían mucho carácter, pero, por sobre todas las cosas, se habían acoplado a las mil maravillas, estaban cada día más enamorados, él estaba loco de amor por ella, y el privilegio de poder amarla era la mayor recompensa que le había podido regalar la vida.

Ya no necesitaba de nada más en el mundo para ser feliz, solo a ella cerca y sonriendo, amándolo en silencio o regañándolo y poniéndolo firme para que no decayera el ánimo y siguiera con la rehabilitación o las terapias. Incluso había olvidado su afán de ser padre, había anulado todo aquello de la gestación subrogada, que de pronto le pareció completamente fuera de lugar, y se concentró en la pareja, en su chica, en la nueva vida que tenían juntos. Una existencia más tranquila y serena, pero una igualmente caliente e intensa en la intimidad de su dormitorio, porque en seguida tras el hospital habían retomado el sexo único y salvaje que les gustaba tanto, y se habían vuelto a divertir como en sus mejores tiempos.

Andrew solía decir que a veces los planetas se alinean de forma violenta, como en su caso, para ordenar las cosas y ponerlas en su sitio, pero que al final, tras el drama y el remezón inicial, los resultados suelen ser sólidos, felices y afortunados y, como siempre, tenía toda la razón.

—Hola, capullo... —Ewan y Andrew entraron en el camerino y de repente prestó atención al ruido de instrumentos afinándose y de la gente que llegaba desde bien cerca. Miró la hora y comprobó que le quedaba muy poco para subir al escenario— ¿Qué tal lo llevas?

—Bien, ¿habéis visto a Inés?

—Estaba con vuestros padres haciendo de intérprete, tus suegros hablan español y francés, pero poquito inglés.

—Ya te digo, la cena de anoche fue un guirigay. ¿Tenéis lo mío?

—Sí... —Ewan sacó la cajita de Harry Winston de su bolsillo, él la abrió, comprobó el contenido, la cerró y se la metió en el *Sporran* (1)

(1) *Sporran*: es un complemento tradicional del traje típico de las Tierras Altas de Escocia, similar a la faltriquera o a un zurrón, una especie de riñonera que se lleva sobre el kilt.

—Genial, muchas gracias.

—¡Diez minutos, Duncan! —gritó su *manager* asomando la cabeza y él asintió— ¿Todo bien, tío?

—Todo en orden, pero ¿puedes ir a buscar a...? Nada, ahí está. ¿Dónde te habías metido, nena? —fijó los ojos en Inés, que llegaba preciosa, vestida con unos pantalones negros muy ceñidos y una blusa del mismo color, y le sonrió embobado.

—Estaba con mis padres y... ¿qué os pasa? —los miró a los tres entornando los ojos y nadie dijo nada.

—Ok, nosotros nos vamos yendo a la zona VIP. Mucha mierda, tío

—susurró Andrew y tiró de Ewan hacia el pasillo.

—¿Estás bien?, ¿te sientes bien? —Preguntó Inés mirándolo de arriba abajo, y él la agarró por la cintura y tiró de ella para abrazarla con todo el cuerpo.

—Ahora perfecto —hundió la cara en su pelo y ella se le acurrucó en el pecho muy fuerte.

—Billy ha previsto cuatro descansos, por favor, espero que pares si te duele o...

—Estaré bien, cielo, solo necesito que te quedes en el *backstage*, ¿de acuerdo?

—¿No estorbaré en medio de tanto lío?

—En absoluto, ¿cómo vas a estorbar tú? —se inclinó y le pegó un beso en la boca, le separó los labios y la besó mucho rato, hasta que volvieron a llamarlo y no le quedó más remedio que ir hacia el escenario—. Ok, vamos.

—¿No estás nervioso? —le preguntó bien agarrada a su mano, y él la miró y le guiñó un ojo sintiendo cómo la gente se ponía a chillar a la par que se apagaban las luces de todo el recinto.

—Solo lo justo. Te quiero —llegó a la escalera donde lo esperaba parte de su equipo, se inclinó y volvió a besarla—. Hasta ahora.

—Te quiero. Disfruta mucho.

La miró por última vez, sintiéndose el tipo más afortunado del planeta, y saltó al escenario encendiendo la guitarra, lo que provocó la locura total del público. Tocó el primer acorde y fue como volver al hogar, se puso delante del micrófono, se encendieron las luces y todo empezó otra vez, salvo que esta vez la tenía a ella, que no se esperaba para nada lo que venía preparado desde hacía semanas.

—¡Es un placer volver a Murrayfield después de tanto tiempo! —Gritó a mitad del concierto, cuando paró todo para hablar con el público, y la gente aplaudió y chilló hasta que lo dejaron continuar con el discurso—. Estoy muy orgulloso de ser escocés, de ser de Edimburgo, y volver a subirme a un escenario aquí era lo justo y necesario. Hace seis meses volví a nacer, hace seis meses casi me quedé en la carretera, pero gracias a Dios estoy aquí. Gracias a Dios y a todas las personas que cuidaron de mí y me sostuvieron en los momentos más difíciles.

—¡Duncan, Duncan! —aplaudió la gente y él les hizo un gesto para que esperaran un poco.

—Quiero agradecer a todos vuestro apoyo, a mis médicos, a mi familia, a mis amigos. A todos y cada uno de vosotros, muchas gracias, pero hoy, además, quiero homenajear a la persona más importante de mi vida, a la mujer de mis sueños. Ella no se ha separado de mi lado en estos últimos meses, me ha sostenido, querido y aguantado en los momentos más difíciles, y os pido un fuerte aplauso para ella. Nena, ven aquí —se giró hacia el *backstage*, la localizó con los ojos, pero ella negó con la cabeza retrocediendo—. No quiere venir, pero necesito que venga. Vamos, ayudadme, se llama Inés.

—¡Inés, Inés! —empezaron a gritar sesenta y siete mil personas y a ella no le quedó más remedio que asomarse y luego salir con mucha timidez al enorme escenario entre los aplausos y los chillidos del público.

—Ven aquí, ya me matarás después —se le acercó, la agarró de la mano y le dio un beso en la boca—. Esta es mi chica y quería... esperad un momento.

Abrió el *Sporran*, sacó la cajita con el anillo y el estadio casi se vino abajo, Inés se tapó la cara con las dos manos y dio un paso atrás.

—No huyas de mí, por favor —la sujetó otra vez y la puso en el centro del escenario. Cogió el micrófono de mano que le tenía preparado Bill y sonrió, sintiendo los *flashes* de cientos de móviles encima— Solo quería decirte delante de toda esta maravillosa gente, de mi gente, muchas gracias, eres lo mejor que me ha pasado nunca. Te amo, eres la mujer de mi vida, la chica de mis sueños y de mi futuro. Inés Collette Allard —puso rodilla en tierra y la miró a los ojos. Ella se echó a llorar temblando como una hoja, pero él no se echó atrás, estiró la mano y le sujetó la suya— ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Siiiiiiiiiii! —gritaron todos, pero ella no se movió, hasta que de repente asintió y lo hizo levantarse del suelo para abrazarlo de un salto.

—Claro que sí, mi amor. Aunque no sé si saldrás vivo de esta.

—Valía la pena intentarlo.

—Te amo.

Le susurró al oído y él la hizo girar antes de posarla en el suelo con el corazón a mil, mientras cientos de globos de colores comenzaban a caer sobre el escenario y lo empezaban a llenar todo entre la algarabía general y los aplausos, las fotos, los gritos y la música de su banda, que empezó a tocar una canción de amor, a la par que Inés se ponía el anillo y después lo miraba a los ojos moviendo la cabeza, radiante y preciosa, y él pudo sentir, de forma concreta por primera vez en toda su vida, que era completamente feliz.

EPÍLOGO

Año nuevo en Las Maldivas. Un lujo de faraones, pensó, saliendo a la terraza de su bungalow para mirar el mar azul, las arenas blancas, la playa casi desierta, y la preciosa terraza jardín del complejo hotelero donde se alojaban, y donde a esas horas de la tarde su familia y amigos disfrutaban del frescor de la piscina, los zumos de frutas y la agradable brisa marina.

Aquello era un sueño hecho realidad, y la deformación profesional la hizo calcular cuánto habría costado montar aquello, cuánto costaría mantenerlo y quién sería el genio que lo había diseñado.

El hotel, sus bungalow, sus instalaciones, su personal, su comida, sus servicios, su discreción y la absoluta intimidad que aseguraban a sus célebres clientes, valían su peso en oro, por eso cobraban una fortuna por una semana de estancia allí, pero cobraban lo que cobrarán valía la pena pagarlo, porque aquello era el paraíso, y por un momento envidió a la cadena hotelera de Étienne Balzac, que eran los dueños del invento.

Respiró hondo, pensando en que la clave del éxito de un hotel estaba precisamente en eso, es decir, en ser tan bueno que a un cliente no le importara nada pagar una fortuna por alojarse allí, y se apoyó en la barandilla para mirar mejor a Andrew, que estaba acostado en una tumbona balinesa enorme, en bañador y jugando con Charlotte que, vestida solo con el pañal, gateaba por encima de él tan contenta.

Sonrió observando cómo se la comía a besos y la hacía reír a carcajadas, y por el rabillo del ojo divisó a Andrea, preciosa con un bikini negro, que llegaba hasta ellos con Jamie de la mano. Los dos pequeñajos estaban enormes, Charlotte, que era rubita, pero tenía los mismos ojazos oscuros y almendrados de su madre, acababa de cumplir un año y Jamie, que seguía siendo un querubín adorable, tenía dos años y cuatro meses. Crecían muy de prisa y, aunque sus padres estaban decididos a aumentar la

familia hasta los tres o cuatro retoños, de momento eran el centro único y absoluto de sus vidas.

Ninguno había parado o ralentizado su trabajo, pero la prioridad era su familia, esos dos bebés a los que Andrea dedicaba toda su energía. A ellos y a Andrew, con el que seguía manteniendo una intensa y feliz relación amorosa, no había más que verlos.

Observó cómo se organizaban para dar la merienda a los niños y miró más allá dónde Ewan trabajaba con el portátil bajo una sombrilla enorme. Era increíble lo que trabajaba ese hombre, nunca desconectaba, pero tampoco se alejaba de los suyos, hacía lo posible por participar en sus planes y ahí estaba, en Las Maldivas, donde acababan de celebrar la Nochevieja y dónde pensaban pasar una semana entera de vacaciones todos juntos.

La idea había sido de Duncan, cómo no. Él siempre estaba dispuesto a montar juergas, celebraciones o escapadas a cualquier parte. Al parecer no tenía suficiente con su trabajo y no tardaba nada en decir que sí a un viaje o a un fin de semana en un spa noruego. Era un juerguista, y después de su accidente nadie lo culpaba, así que llevaban una temporada muy movidita.

Por supuesto, después del calvario que habían pasado con sus operaciones y su rehabilitación, con la recuperación de su neumotórax y su paso por hospitales y consultas médicas varias, lo había obligado a reducir su agenda al 25%.

Su accidente de coche no había sido ninguna broma, de hecho, había sido el que peor parado había salido de la colisión, así que ella había tomado las riendas de su vida, dentro y fuera de casa durante unos meses, y había decidido, aún en contra de su *manager*, sus publicistas y su agente, parar la máquina de forma radical.

Él, que estaba fatal al principio y se había entregado como un niño a sus cuidados, no estaba para tomar muchas decisiones prácticas por entonces, así que apoyada por Ewan no había tardado nada en hacerse con el control de la situación y nueve meses después del desgraciado accidente en Glasgow, le había reorganizado calendarios, agendas y compromisos,

había puesto orden y pausa en su vida profesional y el resultado era inmejorable.

Él se había podido recuperar bien, sin ninguna prisa, su público lo seguía adorando y su música se seguía vendiendo con el mismo éxito, así que nadie se podía quejar. Nadie y, aunque hubiese levantado algunas ampollas entre varias personas de su entorno profesional más cercano, nadie podía cuestionar sus decisiones, y si lo hacían, a ella le importaba un pimiento, porque lo único que le importaba era el bienestar de Duncan y todo lo demás se lo podían pasar por la peineta.

Cada vez que pensaba en las primeras semanas de Duncan tras el accidente se le ponían los pelos de punta. Había sido horrible verlo tan vulnerable, verlo sufrir, pero también había sido un privilegio poder estar a su lado y poder cuidarlo. Ese periodo de tiempo era de las mejores etapas de su vida y seguía emocionándose cuándo recordaba esas noches en vela leyéndole y hablándole para distraerlo del dolor, sus primeros pasos fuera de la cama, su traslado a casa, cuándo al fin se habían quedado solos y habían podido retomar su vida sexual haciendo verdaderas piruetas para no hacerle daño... la primera vez que le había dicho te quiero mirándolo a los ojos en el hospital y él se había echado a llorar como un niño.

Todo aquello los había unido de manera irreversible. Se habían acabado de enamorar cogidos de la mano mientras el fisioterapeuta lo torturaba con sus ejercicios, o el médico lo hacía respirar delante de sus aparatos, o cuando había dado su primer paseo por el jardín sin muletas.

Desde luego, lo habían pasado muy mal, él mucho más que ella, por supuesto, pero la recompensa había sido un amor inmenso y sólido, estable e inquebrantable. Una nueva vida juntos y un nuevo futuro que había empezado hacía casi un año en el hotel Ritz de Madrid y que se abría ante sus ojos con un sinfín de oportunidades.

Respiró hondo y se miró la alianza de matrimonio y el anillo de pedida que llevaba en la mano izquierda.

Llevaban exactamente cuatro semanas casados. A principios de diciembre, solo tres meses después de la pedida de mano multitudinaria en Murrayfield, en medio de un concierto y delante de miles de personas que casi le había provocado un infarto (y que había sido portada en periódicos

y revistas del mundo entero), se habían dado el sí quiero en una ceremonia civil muy íntima en su casa de Surrey.

Él no entendía de esperas, ni plazos, ni planes de boda, ella aceptó que tampoco, así que habían invitado a sus padres, hermanos y amigos íntimos a Londres y se habían casado por sorpresa. Después habían celebrado una cena y al día siguiente se habían marchado a Nueva York, dónde él tenía que cumplir con varios compromisos profesionales.

Todo rápido y sencillo, sin ningún drama, y sin luna de miel, aunque esas vacaciones en Maldivas se parecían bastante a eso.

Miró hacia la playa y localizó a sus padres y a sus suegros caminando juntos por la arena. Unos no hablaban inglés y los otros ni papa de español, pero milagrosamente se entendían a las mil maravillas.

Los padres de Duncan eran bastante más mayores que los suyos, pero eran una pareja educadísima y tan agradable, majísimos y tan adorables como su hijo, así que no era de extrañar que se llevaran tan bien, y se alegró de haberlos invitado a las vacaciones de fin de año. La idea era juntarse todos y celebrar su boda, la Nochevieja y todo lo que tuvieran pendiente de los meses anteriores y, de momento, la cosa funcionaba perfectamente, aunque, claro, en semejante marco paradisiaco era imposible llevarse regular o pasarlo mal.

—Nena... —sintió las manos de Duncan en la cintura y no se movió, le acarició los dedos y le indicó la playa.

—Allá van los Allard y los Harris tan animados.

—Mi madre dice que los han invitado a pasar el verano en España.

—Sí, tienen una casita cerca de Alicante muy agradable. ¿Qué tal? —se giró y lo miró a los ojos— ¿Has dormido bien?

—De maravilla, necesitaba una siesta, pero tú te has marchado en seguida.

—Tenía que solucionar unas cosas con Julia. Había que cerrar lo de la reunión con el ministerio de sanidad.

—Estamos de vacaciones, ¿recuerdas?

—Perfectamente, solo fue una llamada, no habrá más —se puso de puntillas y le mordió la boca—. ¿Cómo se puede ser tan guapo? Espero que cuando

tengamos hijos tengan tus ojos.

—¿Estás de coña?, rogaremos a Dios porque se parezcan a ti, aunque no sé yo si llevaría muy bien tener una hija tan guapa como tú. Creo que me quitaría un poco el sueño.

—Ay, Dios, qué anticuado eres.

—Sí, pero te gusto de todas maneras.

—No te haces una idea.

—¿Ah no? —bajó las manos por sus caderas y le apretó el trasero con las dos manos—. A ver si eres capaz de demostrar eso.

—¿Me estás retando?, porque puedo dejarte KAO al primer asalto.

—Vale, señora Harris, menos lobos y vuelve a la cama. Aún es pronto para cenar y tarde para perder el tiempo aquí fuera.

—Ok, vamos, andando... —se apartó de él y caminó hacia el dormitorio decidida, pero al ver que no se movía se giró y lo miró a los ojos— ¿Qué?

—Te amo.

—Y yo a ti.

—Lo sé, ahora ven aquí y quítate ese bikini.

—Quítamelo tú... no te digo... el matrimonio te está volviendo un poquito vago.

Se echó a reír a carcajadas, miró al cielo y luego le clavó los ojos negros con una media sonrisa. Ella retrocedió sin quitarle los ojos de encima, se giró y entró corriendo en la suite muerta de la risa.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de diez años en el mundo de las celebrities y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas. Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano, y la SERIE ESCOCESSES, dedicada a tres amigos inseparables, ANDREW, DUNCAN Y EWAN. Tres escoceses del siglo XXI que nos sorprenderán por su pasión y su intensa forma de vivir sus vidas.